

11-7-2014


La representación de la masculinidad y la violencia de género en la novela española de la posguerra

Alfredo M. Pastor

Florida International University, apast001@fiu.edu

DOI: 10.25148/etd.FI14110756

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.fiu.edu/etd>

 Part of the [Domestic and Intimate Partner Violence Commons](#), [European History Commons](#), [Gender and Sexuality Commons](#), [History of Christianity Commons](#), [History of Gender Commons](#), [Modern Languages Commons](#), [Modern Literature Commons](#), [Spanish Literature Commons](#), [Women's History Commons](#), and the [Women's Studies Commons](#)

Recommended Citation

Pastor, Alfredo M., "La representación de la masculinidad y la violencia de género en la novela española de la posguerra" (2014). *FIU Electronic Theses and Dissertations*. 1658.
<http://digitalcommons.fiu.edu/etd/1658>

This work is brought to you for free and open access by the University Graduate School at FIU Digital Commons. It has been accepted for inclusion in FIU Electronic Theses and Dissertations by an authorized administrator of FIU Digital Commons. For more information, please contact dcc@fiu.edu.

FLORIDA INTERNATIONAL UNIVERSITY

Miami, Florida

LA REPRESENTACIÓN DE LA MASCULINIDAD Y LA VIOLENCIA DE GÉNERO
EN LA NOVELA ESPAÑOLA DE LA POSGUERRA

A dissertation submitted in partial fulfillment of the
requirements for the degree of
DOCTOR OF PHILOSOPHY

in

SPANISH

by

Alfredo M. Pastor

2014

To: Interim Dean Michael Heithaus
College of Arts and Sciences

This dissertation, written by Alfredo M. Pastor, and entitled *La representación de la masculinidad y la violencia de género en la novela española de la posguerra*, having been approved in respect to style and intellectual content, is referred to you for judgment.

We have read this dissertation and recommend that it be approved.

Santiago Juan-Navarro

Ricardo Castells

Aurora Morcillo

María A. Gómez, Major Professor

Date of Defense: November 7, 2014

The dissertation of Alfredo M. Pastor is approved

Interim Dean Michael Heithaus
College of Arts and Sciences

Dean Lakshmi N. Reddi
University Graduate School

Florida International University, 2014

© Copyright 2012 by Alfredo M. Pastor

All rights reserved.

DEDICATION

A mis padres, Adelina y Manuel, que con amor y palabras me indicaron el camino correcto; a mis hijos Javier y Santiago, the highlight of my days; y, especialmente, a mi esposa Alison, por su impagable ánimo y apoyo.

ACKNOWLEDGMENTS

En la primavera de 2009 tuve la oportunidad de trabajar con el profesor visitante Dr. David W. Foster y asistir al seminario sobre estudios de género que impartía en Florida International University. De sus interesantes charlas y afable trato surgió mi interés por un nuevo campo de estudio y la amistad con una buena persona.

Este trabajo es el resultado de dicha experiencia, de las enseñanzas y del gran apoyo que durante todos estos años he recibido de mis profesores y miembros del comité de tesis: Dra. María A. Gómez, Dra. Aurora Morcillo, Dr. Santiago Juan-Navarro y Dr. Ricardo Castells. A todos ellos les agradezco sus consejos, amabilidad, disponibilidad y, por supuesto, sentido del humor, tanto en sus clases como durante el desarrollo de la tesis.

Agradezco también la ayuda recibida de Florida International University por haberme otorgado las becas DEAF (verano y otoño de 2011) y DYF (primavera y verano de 2014), con las cuales he conseguido el tiempo necesario para investigar y escribir.

Por último, quiero agradecerle de manera muy especial a la Dra. María A. Gómez, directora de mi tesis, todo su empeño y dedicación para que este proyecto haya salido adelante.

ABSTRACT OF THE DISSERTATION

LA REPRESENTACIÓN DE LA MASCULINIDAD Y LA VIOLENCIA DE GÉNERO
EN LA NOVELA ESPAÑOLA DE LA POSGUERRA

by

Alfredo M. Pastor

Florida International University, 2014

Miami, Florida

Professor María A. Gómez, Major Professor

Lejos de ser un fenómeno social contemporáneo, la violencia de género en España es una consecuencia de la cultura machista profundamente arraigada en la sociedad hispánica, como así lo demuestran las producciones artísticas y culturales desde los tiempos de la Edad Media hasta nuestros días. Sin embargo, la violencia actual es considerada como uno de los muchos residuos del legado franquista que aun permanecen después de casi cuarenta años de democracia, como consecuencia de una larga e intensa política educativa que impone la desigualdad en las relaciones de género, enaltece el dominio y poder patriarcal sobre la mujer, y construye modelos de masculinidad hegemónicos y autoritarios que internalizan la violencia al considerarla cualidad inseparable a la hombría y la virilidad.

Esta tesis ofrece un amplio análisis de la masculinidad y la violencia de género en la España de la posguerra (1939-1962), tomando la novela como un importante vehículo cultural alternativo de crítica social y disidencia política contra el nuevo régimen franquista durante una etapa dominada por el silencio y la censura. La primera parte

define los conceptos de masculinidad y violencia de género, clarificando la relación entre ambos. También se compara la situación de la mujer española durante la Segunda República (1931-1939), etapa caracterizada por las conquistas sociales y culturales, con el periodo reaccionario del franquismo donde son despojadas de las libertades y derechos adquiridos. La segunda parte presenta un análisis multidisciplinar de la masculinidad y la violencia de género en tres novelas de la posguerra: “Nada” (1944) de Carmen Laforet, “Juegos de Manos” (1954) de Juan Goytisolo y “Tiempo de silencio” (1962) de Luis Martín Santos.

Mediante la representación literaria de diferentes modelos de masculinidad y de los parámetros psicológicos, sociales, políticos y culturales que fomentan e incitan a la violencia de género, estos autores conceptualizan y expresan su ideología, así como interpretan simbólicamente su visión de la España franquista.

TABLE OF CONTENTS

CHAPTER	PAGE
INTRODUCCIÓN	1
I. ¿QUÉ ES LA MASCULINIDAD?: EL CONFLICTIVO PROCESO HACIA LA CRISIS EN LAS RELACIONES DE GÉNERO.....	11
1. Relaciones objetales y proceso familiar: el origen de la masculinidad agresiva.....	16
2. Protesta masculina e interés social: la devaluación cultural de la feminidad	20
3. Perspectiva feminista sobre el desarrollo de la masculinidad: miedo y objetivación.....	24
4. Masculinidad y psicología social: teoría del rol sexual	26
5. Maternidad, familia y poder masculino: la reproducción del rol sexual	30
6. Antropología, historia y cultura: organización familiar y hegemonía masculina.....	34
7. Crisis de masculinidad y violencia de género: contexto histórico y representación	40
II. MASCULINIDAD Y VIOLENCIA DE GÉNERO: REALIDAD SOCIAL Y LITERATURA TRADICIONAL	46
1. Perspectiva psicoanalítica sobre el origen de la violencia de género: dominio, poder y control	50
2. Factores sociales, económicos y psicológicos en el origen de la violencia de género: hegemonía masculina y otredad	54
3. Masculinidad y violencia de género en la literatura hispánica: desde Homero hasta Pardo Bazán.....	60
III. MASCULINIDAD, FRANQUISMO Y VIOLENCIA DE GÉNERO: REPRESENTACIÓN LITERARIA DE LA EXPERIENCIA HISTÓRICA ..	75
1. La figura del falangista: modelo normativo referencial de masculinidad	77
2. Regeneración masculina y familia autoritaria: el discurso oficial de la desigualdad en las relaciones de género.....	81
3. La mujer española antes de la Segunda República: el deseo de emancipación frente a la realidad de la sujeción.....	85
4. La mujer española y la Segunda República: la transformación del objeto legal en sujeto social	95
5. La violencia de género durante el franquismo: de crimen de estado a asunto familiar	101

IV.	MASCULINIDAD Y VIOLENCIA DOMÉSTICA EN NADA: INTRUSAS, MALTRATADORES Y CHIVOS EXPIATORIOS.....	113
	1. El hogar como escenario del trauma femenino: sinopsis de las conflictivas relaciones familiares.....	115
	2. Origen del enfrentamiento fratricida: el intrusismo de Gloria en la relación entre los hermanos.....	121
	3. El mecanismo del chivo expiatorio: transferencia de la culpa y mímesis de la violencia.....	127
	4. La violencia doméstica desde la perspectiva de las relaciones de objeto.....	133
V.	MASCULINIDAD FEMENINA Y ACCIÓN DIRECTA EN JUEGOS DE MANOS: UN CASO ATÍPICO DE VIOLENCIA DE GÉNERO	141
	1. Novela y compromiso: el reciclaje de la memoria revolucionaria	144
	2. El asesinato simbólico del patriarca: naturaleza, causas y consecuencias de la violencia	154
VI.	LA CONSTRUCCIÓN DISCURSIVA DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO EN TIEMPO DE SILENCIO.....	165
	1. Contra Ortega y Gasset: el idealismo del hombre y el realismo de la hembra (y la gente).....	173
	2. Realismo dialéctico y violencia de género: la importancia de la realidad oculta	180
	3. La experiencia de la violencia de género en los personajes: Ricarda como ejemplo de terapia dialéctica	185
VII.	CONCLUSIONES	193
	BIBLIOGRAFÍA	203
	VITA.....	213

INTRODUCCIÓN

La familia de Pascual Duarte (1941) de Camilo J. Cela, obra que realmente inaugura el panorama novelístico de la posguerra española, desprende un hedor a sudor, estiércol y pocilga. Además del desagradable olor a pobreza, el texto está impregnado de un gran tremendismo rural y testicular que emana de Extremadura, una de las regiones más latifundistas y subdesarrolladas de la geografía española, dominada por una gran estructura patriarcal.¹ Sin embargo, el protagonista de la novela llega a percibir que en el aire de los cafés de la ciudad se entremezclan fácilmente la suave fragancia de la loción de afeitar y el aroma del tabaco rubio con el penetrante olor de la transpiración masculina. Igualmente, advierte que no hay que hacer excesivos alardes de virilidad, de la “testiculina”, para resolver los problemas de mujeres, como ocurre en el campo extremeño. De esta forma, Pascual Duarte está comenzando a comprender algo acerca del ambiguo y abstracto significado de una idea, la masculinidad, como cualidad inherente a la identidad y dependiente de la relación de unos sujetos con respecto a otros. Esta percepción supone un primer acercamiento a las teorías constructivistas sobre el significado de las relaciones de género.

En *Tres ensayos sobre teoría sexual* (1905) Freud establece que los conceptos de masculinidad y feminidad son confusos puesto que la sexualidad y el género no están condicionados únicamente por la naturaleza del individuo, sino que son el resultado de un

¹ El significado de los testículos en la cultura hispánica es el equivalente vulgar al del *falo* en los estudios de género. Ambos términos simbolizan la relación entre masculinidad hegemónica, poder, autoridad, control y dominio sobre otros tipos de masculinidades o grupos sociales considerados inferiores como los homosexuales y las mujeres. La castración animal consiste en la amputación de los testículos y está culturalmente asociada a la eliminación de la masculinidad, la pérdida del apetito sexual y la sumisión.

largo y conflictivo proceso. Hablar sobre la masculinidad no significaría hacer una referencia exclusiva a la heterosexualidad masculina o a un único paradigma conceptual de carácter universal. Sobre este aspecto, Tim Edwards recalca que existen diversas representaciones culturales de la masculinidad debido a su carácter dinámico y abierto (100). Por lo tanto, las diferencias entre los sexos, entre lo masculino y lo femenino, son el producto de factores biológicos y psicológicos. No obstante, las relaciones de género son construidas socialmente y están constituidas en el discurso.

El género es, como observa Raewyn W. Connell, productor y producto de la historia. Nos diferencia de otras especies en cuanto a que no somos únicamente el resultado de una evolución orgánica, sino de largos y conflictivos procesos históricos de interacción social y evolución cultural. La literatura, como medio de difusión de las doctrinas, ritos y costumbres, es el referente historiográfico que posibilita la comprensión del discurso construccionista del género, demostrando que sus relaciones están condicionadas por el conflictivo principio de desigualdad entre hombres y mujeres. Es muy difícil imaginar, como también enfatiza Connell, una estructura social desequilibrada y dominada por un género dominante sin el mínimo uso de la violencia (83). Así, el hecho de que la mayoría de las agresiones sean cometidas por hombres ha desatado uno de los debates más importantes en los estudios de género acerca de la relación entre masculinidad y violencia, específicamente sobre el fenómeno cultural de la violencia de género, la expresión más vehemente de las situaciones de desigualdad entre hombres y mujeres.

Las ideas o los conceptos resultantes de los asuntos referentes al género forman parte de una gran mimbrera científica y cultural donde las tendencias normativistas han prevalecido históricamente sobre otros marcos teóricos debido a la complejidad del objeto de conocimiento. Así, la masculinidad contemporánea es quizás uno de los campos de investigación más abiertos a la interdisciplinariedad, término que nace en Europa durante la conflictiva década de los treinta, cuyo recuerdo se convierte en parte esencial de la naturaleza de la literatura española contemporánea. Por lo tanto, debido a la complejidad que presenta el carácter multidimensional del objeto de análisis –la representación de la masculinidad y la violencia de género en la novela española de la posguerra– esta tesis requiere un enfoque interdisciplinar donde se integren los marcos teóricos adecuados utilizados en los diferentes campos de investigación de la cultura. Las teorías psicoanalíticas constituyen la principal fuente de referencia para desarrollar un marco teórico más preciso. Es importante no caer en la ambigüedad, pues nos enfrentamos a las múltiples perspectivas que nos presentan unas ciencias sociales, “iluminadas” por la cultura freudiana, como la psicología social, la antropología y la historia, además de las teorías sociales y culturales postmodernistas que, como en el caso de la teoría *queer*, retoman el psicoanálisis para explicar la separación entre sexualidad y género.

La tarea no es fácil, pues, como advierte Connell, la ciencia no puede desvelar totalmente el significado del concepto de masculinidad porque está dominada por hombres en un mundo altamente generizado. A ello añade el problema causado por la crítica positivista tradicional, la ineficacia del psicoanálisis para explicar la génesis de la

cultura, la falta de rigor científico de las teorías del rol sexual y el carácter excesivamente transversal de la antropología (6-7). Todas estas circunstancias constituyen un claro ejemplo de la dificultad que ofrece este objeto de conocimiento. Finalmente, nos encontramos con la perspectiva feminista, su énfasis en el carácter conflictivo del género y la crítica hacia la cíclica relación de reciprocidad entre un modelo de masculinidad dominante y opresivo para la mujer, y la reproducción social del patriarcado. Los estudios críticos de la masculinidad desarrollan también la tesis feminista sobre la victimización del hombre a causa de una masculinidad que reprime afectos y emociones.

En este maremágnum interdisciplinar aparece la literatura, ofreciéndonos la posibilidad de reevaluar la historia y redescubrir nuevos aspectos de la cultura que nos conducen al ejercicio de una nueva y profunda reflexión sobre las complejidades de la naturaleza humana. Santos Sanz Villanueva nos advierte de la importancia del trauma de la guerra en la “anormalidad” de la temática de la novela española durante los comienzos del franquismo, llegando a convertirse en una experiencia comunicativa o artística donde resultan irrelevantes los principios literarios o donde a veces “no hay literatura que valga” (11-12). El resultado es una narrativa con sentido utilitario, lenguaje sencillo y claro, cuya función es la de representar la realidad social, según mi opinión, en forma de “estudio interdisciplinar de campo” de la realidad individual o colectiva.²

² El estudio de campo pone a prueba la teoría, estableciendo si es correcta o no y permitiendo avanzar en el desarrollo de nuevos conocimientos. Las novelas analizadas en esta tesis no solo ponen a prueba las teorías sobre la masculinidad y la violencia de género en el contexto histórico de la posguerra, sino que nos permiten descubrir la manera en que los autores expresan su ideología mediante la representación simbólica de la España franquista.

El texto, como medio de expresión cultural, es una forma de mostrar todas las preocupaciones del ser humano; como discurso, es una manifestación de su modo de ser y sentir el mundo mediante un acto comunicativo con significado completo y autosuficiente, formal y pragmáticamente, que incluye también la intención con que ha sido emitido. Sanz Villanueva destaca como principal objetivo de la novela española de la posguerra la intención de escapar a los fantasmas de un pasado muy reciente e imposible de olvidar, reflejando la incertidumbre de la vida a la que conduce la experiencia de la violencia. A esta “anomalía” hay que añadir también la dificultad de los escritores para evitar la censura en “una incierta carrera de fondo en la que los narradores tuvieron que sortear obstáculos, imposiciones y compromisos varios hasta encontrar el camino que condujera a la escritura independiente y a la modernidad; a la escritura de inspiración libre” (19). De todas formas, la voluntad del realismo, con sus pinceladas costumbristas y naturalistas, es la de reflejar una sociedad tremendamente injusta, sin libertad, y con sangrantes desigualdades. Las obras analizadas en esta tesis se centran en las historias humanas particulares y los problemas colectivos. El contenido realista y simbólico del discurso sobre la violencia de género en estas novelas, que contrasta con el tratamiento sensacionalista de los medios de comunicación, es, además, una forma de oposición al franquismo mediante la crítica hacia su política de género.

Este tipo de violencia es invisible para la narrativa épica profalangista que no consigue imponerse a la corriente tremendista y existencialista durante la década de los cuarenta. En este periodo, el trauma de la guerra se impone a la reflexión filosófica, como mejor manera de expresar desgarradamente los aspectos más sórdidos de la naturaleza

humana. La novela de la posguerra se va apartando progresivamente del triunfalismo de la nueva España al prevalecer el fracaso individual expresado mediante la angustia, los impulsos ciegos y los comportamientos irracionales. Mientras el tremendismo comienza a diluirse a finales de los cuarenta, el existencialismo continúa durante la década de los cincuenta, convirtiéndose en “un constituyente básico de la narrativa española en la segunda mitad del siglo XX” (Sanz Villanueva 60). Los escritores de las nuevas generaciones plasman en sus novelas el pesimismo y la resignación de los personajes, víctimas del derrotismo, con una visión sombría de la vida. La influencia barojiana en la forma de ejercer la crítica a la vuelta de la España tradicional, se impone al culto que la novela épico-profalangista rinde a la hipermasculinización del héroe, ideal subvertido por el realismo existencialista donde los personajes, humanos y creíbles, representan el fracaso de un nuevo proyecto cultural de masculinidad.

Esta tesis está dividida en dos partes. La primera consta de tres capítulos que constituyen el marco teórico referencial utilizado en el análisis de las novelas. En el primero explico cómo trasciende en el individuo la inadecuada y problemática definición esencialista y positivista de la masculinidad que debe ser entendida como cualidad, concepto o idea social y culturalmente construida. La teoría freudiana aparece como reacción ante la filosofía positivista, estableciendo la importancia de la relación entre masculinidad y cultura mediante el desarrollo del proceso edípico y los procesos de socialización. Las teorías de las relaciones objetales, desarrolladas después de Freud, demuestran la importancia de la conexión entre la psique individual, la familia y las relaciones sociales, factores que condicionan el desarrollo psicológico y la formación de

la personalidad. Además, constituyen un marco teórico adecuado para entender la relación entre masculinidad y violencia de género junto a otros conceptos como el de “protesta masculina” (Alfred Adler) y “objetivación cultural de la mujer” (Karen Horney). Por otra parte, en este capítulo se demuestra cómo los resultados nefastos de las prácticas del rol sexual, que inculcan la idea de dominio masculino y subordinación femenina, conducen a la desigualdad entre los sexos. Finalmente, el análisis de la maternidad ofrecido por Nancy Chodorow y los estudios antropológicos, históricos y culturales de David Gilmore, que ayudan a entender el contexto español de la posguerra desde la perspectiva de las relaciones de género, completan este capítulo que concluye con una reflexión acerca del debate cultural sobre la relación entre masculinidad y violencia.

El segundo capítulo de esta primera parte ofrece un análisis sobre la relación entre masculinidad y violencia de género desde diferentes perspectivas psicoanalíticas, psicológicas, sociales y culturales. El punto de partida es la consideración del dominio, poder y control masculino sobre la mujer, y su rechazo a un estado de subordinación, como factores que originan las situaciones de violencia. Por ello, profundiza en el estudio de las consecuencias que producen la represión afectiva y emocional del hombre dentro del hogar, la segregación de sexos en la educación, la generización del espacio público (masculino) y privado (femenino) en la sociedad, la pobreza y la imposición de las masculinidades hegemónicas. La cultura tradicional ha construido estos modelos de masculinidad mediante su vinculación a los mitos del machismo, la acción y la promiscuidad sexual. Por último, se ofrece un resumen del trato que la literatura ha

dispensado a dichos mitos y a la violencia contra la mujer desde los tiempos de la antigüedad hasta comienzos del siglo XX.

El tercer y último capítulo de esta primera parte resume la situación de desigualdad entre las mujeres y los hombres españoles desde finales del siglo XIX hasta la posguerra mediante una doble perspectiva historiográfica y cultural. Los ideales de masculinidad y feminidad han sido contruidos de diferente manera durante este periodo bajo la influencia filosófica, religiosa y política de los movimientos obreros y feministas, los gobiernos liberales y conservadores, y la Iglesia. El protagonismo político y social femenino en periodos liberales ha encontrado como respuesta la radicalización de los sectores más reaccionarios. La guerra y el franquismo son ejemplos de cómo la mujer pasa de ser sujeto de derecho a botín de guerra y objeto social de interés nacional como castigo a sus ansias de emancipación social durante la Segunda República. En el nuevo estado franquista, la figura del falangista se erige como modelo referencial de masculinidad a través de la propaganda oficial y la literatura que rinde tributo al nuevo régimen. Sin embargo, la novela realista de contenido disidente destruye este ideal, ofreciendo un escenario diferente dominado por la crudeza de la realidad de la posguerra.

El cuarto capítulo inaugura la segunda parte de esta tesis que consta de un análisis sobre la representación de la masculinidad y la violencia de género en tres novelas de la posguerra. En *Nada* (1944) de Carmen Laforet, la joven Andrea es la protagonista y narradora que describe con detalle el mecanismo de la violencia doméstica. Esta aparece como resultado de las tendencias hacia la crisis en las relaciones de género y mimesis de la violencia de género franquista trasladada al hogar y ejercida contra las mujeres por su

condición de intrusas del espacio masculino y chivos expiatorios del conflicto familiar. En este capítulo explico cómo el significado del concepto de “otredad femenina”, desarrollado por las teorías de las relaciones objetales, nos ayuda a entender el origen de la violencia en la novela como consecuencia de la rivalidad entre los hermanos. A pesar del sufrimiento padecido, Andrea destaca la resistencia femenina ante el maltrato y la rebeldía ante la debida subordinación a los códigos patriarcales de un hogar regido a imagen y semejanza de un estado totalitario, misógino y machista.

El capítulo quinto es una respuesta a la corriente de opinión crítica contra el enfoque heterosexual de la violencia de género y su consideración como tipo de violencia ejercida por el hombre contra la mujer. Según dicha corriente, se ignora el sentido inverso de la agresión así como la violencia existente en parejas homosexuales y lesbianas. Considero que estas últimas situaciones constituyen casos atípicos de violencia de género donde el agresor o la agresora pueden imitar modelos masculinos hegemónicos, dominantes o autoritarios. Por ello, creo conveniente analizar uno de estos casos en *Juegos de manos* (1954) de Juan Goytisolo. La novela es también un ejemplo de “anormalidad” temática en la narrativa española de la posguerra, debido al protagonismo de un personaje femenino en el fallido intento de asesinato de un alto cargo del gobierno. En esta obra el autor construye un modelo de masculinidad femenina que llega a convertirse en un modelo hegemónico al imitar las características de las masculinidades heroicas y utilizar la violencia como medio para conseguir objetivos políticos, lo cual es también una reacción ante la obligada subordinación de la mujer al poder y dominio patriarcal en el estado totalitario.

Finalmente, el capítulo sexto profundiza en el análisis de la construcción discursiva de la violencia de género en *Tiempo de silencio* (1962) de Luis Martín Santos. El multiperspectivismo narrativo de la novela aporta más significado al inacabado proyecto teorizador del realismo dialéctico emprendido por el escritor con su primer gran trabajo literario donde la violencia adquiere un significado fundamental. El proceso de su mecánica y la dinámica de sus contradicciones aparecen en el texto mediante las acciones individuales de los personajes, motivadas por la influencia de múltiples factores psicológicos, sociales y culturales que surgen de un mismo principio de realidad inmutable: el subdesarrollo cultural y económico de la nación española a lo largo de su historia. De esta realidad derivan los mitos imposibles de la masculinidad, el miedo y el silencio ante la injusticia social. La violencia de género aparece como metáfora de la violencia ejercida por el estado patriarcal a través de la cual se ha vertebrado social, política y culturalmente la nación española.

I

¿QUÉ ES LA MASCULINIDAD?: EL CONFLICTIVO PROCESO HACIA LA CRISIS EN LAS RELACIONES DE GÉNERO

Yet it remains the case that far from forming anything homogeneous or conclusive, all this talk about masculinity has often left the notion hanging and inconclusive (Tim Edwards, *Cultures of Masculinity*)

El significado de *masculinidad* en el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española (DRAE) aparece como “cualidad de masculino”, estando presente en el ser “varonil” y “enérgico”, “dotado de órganos para fecundar”. Además, el significado de “género masculino” hace referencia en sus dos acepciones a nombres y pronombres que designan personas del sexo masculino, animales machos, seres inanimados, adjetivos, determinantes y otras palabras que concuerdan con los sustantivos del mismo género. La definición esencialista que nos ofrece el diccionario sobre este concepto, cualidad o idea tan difícil de explicar como fácil de advertir en el contexto de las relaciones de género expone su relación con el conjunto de cualidades supuestamente permanentes e invariables que forman parte de la naturaleza del hombre como la virilidad, la acción y la heterosexualidad. Sin embargo, cuando Richard Dyer opina que la masculinidad “is a bit like air. You breathe it in all the time, but you aren’t aware of it much” (28), está sugiriendo que como objeto de conocimiento de gran interés, su falta de homogeneidad y la diversidad de enfoques en su estudio derivan en definiciones inconclusas, muchas

veces influenciadas por la herencia positivista como ocurre con la definición arriba mencionada.³

El objeto de conocimiento de las ciencias sociales es diferente al de las ciencias naturales. Los métodos de investigación y las formas de explicación de los fenómenos observados son también diferentes. Connell señala que la ciencia social positivista ha definido incorrectamente la masculinidad como “what men actually are” (69), pues dicha consideración establece que se trata de una cualidad inherente al hombre exclusivamente, descartando el conocimiento popular sobre la existencia de “hombres feminizados” o “mujeres masculinizadas”, en cuyo caso deberían ser sus acciones las que se valoraran al establecer dichas clasificaciones. Por lo tanto, los términos “masculino” y “femenino” trascienden a una simple categorización conceptual de la diferencia de sexos para subrayar otra de las maneras en que los hombres y las mujeres difieren entre sí. Esta observación constituye el embrión del fundamento empírico de donde surge el concepto

³ El positivismo es una corriente filosófica que se origina en Europa en el siglo XIX sobre el modo de entender la naturaleza del saber. Establece que los hechos constituyen el único objeto de conocimiento posible. Solo admite el método experimental como procedimiento para llegar al conocimiento científico, rechazando todo concepto universal y absoluto, y estudiando los hechos extraídos de su contexto en forma de hechos aislados. Desde una perspectiva ontológica sostiene que existe una realidad fuera del individuo determinada por leyes naturales y mecanismos inalterables. Por esta razón, el conocimiento es intemporal e independiente de cualquier contexto, lo que permite hacer generalizaciones partiendo de la relación entre causa y efecto. Así, la realidad social tiene un significado objetivo en cuanto a que los fenómenos sociales establecen relaciones de causalidad. Como procedimiento para conocer la verdad e interpretarla, el positivismo desarrolla un método de investigación que combina la lógica deductiva con la observación empírica del comportamiento individual con el fin de identificar leyes causales que puedan ser utilizadas para predecir un modelo general de comportamiento humano. En esta actuación, el investigador mantiene una actitud distante y no interactiva con el objeto de conocimiento. Sin embargo, cuando esto ocurre, los hechos investigados se reducen a la descripción de meros patrones de comportamiento asumidos como modelos condicionados por la influencia de fuerzas externas para que se ajusten a explicaciones científicas convencionales.

del género desarrollado por el pensamiento freudiano cuya base se encuentra en las contradicciones de la personalidad.

Para Freud, la complejidad del género se debe tanto a la inexistencia de una masculinidad en estado puro como a la existencia de la feminidad en la naturaleza del hombre. Recurre, además, al ejemplo de la homosexualidad para afirmar que la masculinidad es una cualidad mental y plantear la hipótesis de que el ser humano es esencialmente bisexual, en cuya mente coexiste lo masculino y lo femenino. Mediante el desarrollo de la teoría edípica, Freud establece que la dinámica de la formación de la masculinidad y la construcción del género es el resultado de un conflicto emocional que estimula en el infante el deseo por uno de los padres y el odio por el otro. Para el varón, el factor que precipita la crisis edípica es el terror de castración provocado por la rivalidad mantenida con el padre que, sin embargo, se resuelve exitosamente cuando consigue identificarse con él. Según la teoría freudiana, el proceso edípico, que desvela el origen de los factores determinantes de la complejidad del género, se inicia a partir de la existencia de una tendencia natural e instintiva en el infante, guiada por el principio del placer, que está orientada a satisfacer las necesidades básicas de nutrición, seguridad y confort.⁴

La teoría de las relaciones objetales se centra en la relación del infante con el cuerpo fantaseado de la madre durante el proceso edípico. Melanie Klein observa que en esta etapa inicial, denominada fase preedípica, aparecen los primeros impulsos sexuales

⁴ Freud documenta sus ideas sobre el proceso que provoca el terror de castración y establece la hipótesis de que los seres humanos son bisexuales en dos de sus estudios de casos en 1909: “El pequeño Hans” y “El hombre de las ratas”.

sádicos y agresivos dirigidos hacia el cuerpo materno convertido en objeto de satisfacción de la necesidad física y el deseo psíquico hacia donde se dirige su energía sexual o libido.⁵ La ansiedad de castración que aparece en la siguiente etapa obliga al infante a ajustarse al principio de realidad: la identificación con el padre como símbolo de virilidad. El terror de castración deja un residuo de ansiedad que es lo que le incita a la constante necesidad de reafirmar socialmente su autoestima masculina. De esta forma, según la teoría psicoanalítica, la cultura de masculinidad surge a través de la relación entre los procesos edípicos y los procesos de socialización, condicionando el desarrollo psicológico de los individuos y determinando la construcción social del género.

Freud documenta esta hipótesis en uno de sus famosos casos clínicos, “El hombre de los lobos”, donde expone que la relación entre el niño y las mujeres de su entorno familiar está influenciada por la existencia de una cultura tradicional basada en la mitología de las fábulas y los cuentos cuya base temática es la relación entre los animales y los hombres, donde suele estar presente la idea de la castración en forma literal (ausencia de testículos en caballos o cerdos) y simbólica (la pérdida del rabo de lobos y zorros).⁶ En este escenario, la figura de un padre ausente y la existencia de un rol materno ejercido por la mujer configuran la dinámica de la formación de la familia, la cual se caracteriza por la educación de los hijos varones mediante la represión sexual y

⁵ “Libido” es un término freudiano que define el deseo sexual, considerado como impulso y raíz de las manifestaciones de la actividad psíquica.

Melanie Klein desarrolla gran parte de su teoría sobre el proceso edípico en tres ensayos: “Early stages of the Oedipus complex” (1928), “The Oedipus complex in the light of early anxieties” (1945) y “Notes on some schizoid mechanisms” (1946).

⁶ Publicado en 1918 con el título “Aus der Geschichte einer infantilen Neurose” después de tratar a Sergei Pankejeff.

emocional cuyas consecuencias en la edad adulta se traducen en la monogamia y la heterosexualidad.

El proceso de construcción de la masculinidad comienza después de la desaparición del temor y los celos del niño hacia el padre, y continúa en la escuela donde recibe una educación basada en los valores patriarcales y en la conducta heterosexual. El impacto emocional de la represión sexual infantil se traslada a la edad adulta, teniendo como consecuencia la inclinación del hombre por las relaciones con mujeres “intelectualmente inferiores”. Este tipo de comportamiento es entendido como una forma de rebelión contra el poder y dominio ejercido por la figura materna durante la infancia. Por lo tanto, la importancia del proceso edípico, que termina con la identificación del niño con el padre y la objetivación de la madre, radica en el descubrimiento de dos patrones de conducta contradictorios en el individuo de atracción o deseo, y miedo o rechazo que a la postre resultan ser factores determinantes en el proceso de construcción del género masculino, junto a la influencia de otros factores sociales y culturales.⁷

Además de la importancia del proceso de identidad sexual que se desarrolla en los primeros años y la interacción existente entre el niño y los objetos o personas durante los primeros meses de vida, la teoría de las relaciones objetales confirma que la cultura es el tercer factor determinante en el proceso de construcción del género. De esta forma, la conexión entre la psique y la experiencia erótico-emocional del individuo, influenciada por la estructura familiar y las relaciones sociales, condiciona el desarrollo psicológico y la formación de la personalidad masculina o femenina. Ambas se desarrollan de forma

⁷ El término “objetivación” surge con la segunda ola feminista durante los años setenta para hacer referencia a la cosificación cultural de la mujer.

diferente ya que aunque los niños y niñas comparten el mismo entorno familiar están, sin embargo, sometidos a patrones culturales diferentes.

1. Relaciones objetales y proceso familiar: el origen de la masculinidad agresiva

Melanie Klein es la precursora del modelo teórico de las relaciones objetales, surgido en los años veinte y desarrollado hasta la década de los cincuenta. Durante este periodo llega a erigirse como componente integral de la teoría de los impulsos instintivos, imponiéndose como referencia importante en el análisis de las relaciones familiares y conyugales que constituyen la matriz del desarrollo biológico y psicológico del individuo.⁸ El núcleo del esquema teórico de las relaciones objetales es la idea del ser humano como ser esencialmente social desde el momento de su nacimiento. Como sujeto, mantiene una interacción recíproca con los objetos que por sí solos no tienen significado, facilitándole la exploración del mundo externo y la experiencia de su propio ser. El concepto de objeto hace referencia tanto a personas reales como a imágenes internalizadas que permanecen en el sistema intrapsíquico del individuo.

Los dos componentes de las relaciones objetales, el sujeto y el objeto, se integran y coordinan para constituir “a functionally ideal, subject-object domain” (Klein, Randall S. 25). Una buena adaptación es el resultado de una armoniosa relación de reciprocidad entre el individuo y el entorno. En este proceso, la función materna es fundamental para

⁸ Inicialmente, la teoría freudiana de los impulsos describe uno que se conoce como instinto vital y es el responsable de una gran parte de la conducta. Más adelante, Freud llega a la conclusión de que este instinto no puede explicar gran parte de los aspectos característicos de la condición humana, por lo que determina que los instintos derivan de dos clasificaciones mayores: el instinto vital y el instinto de muerte (*Beyond*). Melanie Klein reformula la teoría psicoanalítica y mantiene la importancia de los impulsos en la conducta del individuo pero con un significado diferente. Mientras que para Freud, estos son guiados por un deseo erótico, para Klein están motivados por una innata urgencia agresiva y por la fantasía de devorar y destruir el pecho de la madre (*The psychoanalysis*).

facilitarla ya que el primer objeto, el más original y el más significativo, es el objeto materno, presentándose como el objetivo donde satisfacer la necesidad de encontrar gratificación, apoyo, y afirmación. De esta forma, la maternidad constituye el eje de las relaciones objetales y es considerada como un factor clave para entender los entresijos de la naturaleza humana, partiendo del principio de que los seres humanos – la capacidad intrapsíquica – y el mundo – las relaciones externas –, son inseparables.

En su ensayo “Transitional Objects” (1953), Donald W. Winnicott desarrolla el concepto de la “madre suficientemente buena” (“good-enough mother”) entendida como objeto primario que facilita la adaptación del infante al entorno. Una madre ideal sería aquella que procura la atención, cuidado y cariño necesarios para que este desarrolle en su psique el instinto de dependencia hacia ella y pertenencia a la familia mediante el contacto con el cuerpo materno. La importancia de poseer la cualidad de ser “una buena madre” es también compartida por William R. D. Fairbairn, para quien es imposible “to gain any adequate conception of the nature of an individual organism if it is considered apart from its relationships to its natural objects” (139). Así, la relación con la madre es esencial para que el infante consiga satisfacer su necesidad de adaptación y comenzar el desarrollo psicobiológico que, como ser social, depende del entorno adecuado, el cual es proporcionado cuando existe una “buena madre”. Por el contrario, en un estado de soledad, no necesariamente exento de la presencia maternal, el infante desarrolla un sentido de individualidad partiendo de su experiencia como única persona. En este proceso de adaptación es donde el yo se enfrenta al exterior mediante una relación

interactiva y dinámica entre el mundo intrapsíquico y el interpersonal, cuyo resultado es el nacimiento de la persona.⁹

La figura materna, como agente que condiciona la adaptación del infante al mundo externo, es también fundamental para Alice Balint, quien insiste en que el organismo y su entorno necesitan mantener una relación complementaria y dependiente. Si madre e infante se adaptan mutuamente, la gratificación será compartida por ambos (86). Melanie Klein observa además que la importancia de la madre dentro de las relaciones objetales radica en su función como centro de la vida emocional del individuo, ya que la primera relación que este mantiene con el pecho materno está impregnada de los elementos fundamentales: amor, envidia, odio, fantasías, ansiedades y defensas. Una prolongada separación de la madre, debido al mandato del principio de realidad, estimula la conducta activa del infante que comienza a mostrar gran interés por el objeto. De esta forma, se inicia una relación de reciprocidad entre sujeto (infante) y objeto (madre), cuyo desarrollo depende del entorno que la facilite, evolucionando y transformándose durante todo el ciclo vital.¹⁰

El uso activo que el infante hace del objeto, como observa Winnicott, no sólo permite establecer dicha relación, sino que implica también la transformación mental de

⁹ Para Freud, la estructura del aparato psíquico se divide en tres instancias: ello, yo y superyó. El contenido del ello es inconsciente y corresponde a la expresión psíquica de los impulsos y deseos. El yo es la instancia psíquica que actúa y concilia la irracionalidad del ello y las exigencias normativas del superyó, que es la instancia moral surgida a partir de la resolución del complejo de Edipo. Harry Guntrip opina que el conocimiento de las relaciones de objeto es fundamental para entender el desarrollo de la psicología del yo, considerado como “the primary psychic self in its original wholeness, a whole which differentiates into organized structural patterns under the impact of experience of object-relationships after birth” (279). El yo original es un todo íntegro e indivisible que comienza a desarrollarse bajo la experiencia de las relaciones objetales.

¹⁰ En la psicología freudiana, el principio de realidad es el concepto que describe la realidad circunstancial; es la autoridad que guía las acciones emprendidas por el ego.

su deseo en imágenes y fantasías de destrucción de dicho objeto, el cual sobrevive en el subconsciente a la fantasía de ser destruido.¹¹ Si las experiencias recordadas como placenteras ya no son reconocidas del mismo modo, provocándole lágrimas, ¿cómo reacciona entonces en la adultez cuando el valor del objeto ya no satisface la necesidad original de gratificación, convirtiéndose en obstáculo para satisfacer una nueva necesidad? Una de las respuestas a esta pregunta se encuentra en la asociación de los procesos de introyección y proyección en la psique del individuo como consecuencia de la relación entre el sujeto y el objeto original, llegando a constituir un factor determinante para el conocimiento de la dinámica de las relaciones familiares y conyugales.¹² El capítulo cuarto de esta tesis analiza el desarrollo de la violencia doméstica en *Nada* desde la perspectiva de las relaciones objetales, teniendo en cuenta que su principal característica es la continuidad de las agresiones físicas, verbales o psicológicas.

Randall S. Klein enfatiza la importancia de la experiencia en el carácter repetitivo de las relaciones humanas, señalando que “the experience with current objects is contingent on the quality and nature of previous experiences with same objects” (5). Esta observación es importante a la hora de analizar la relación entre masculinidad y violencia de género no sólo porque se pondrían en escena y en conflicto el universo intrapsíquico y las relaciones interpersonales, sino porque algunas de las características de este tipo de

¹¹ Además de personas e imágenes, Balint indica que el concepto de objeto incluye “ideas, sentiments, in fact everything that might be cathected by an instinctual urge” (89). Así, el instinto que condiciona la relación de cathexis, puede ser también de naturaleza agresiva, intensificándose cuando el objeto real aparece representado en la mente del sujeto mediante ideas, sentimientos o aquella parte de su cuerpo que no le produce gratificación.

¹² En el psicoanálisis, el concepto de “introyección” hace referencia al proceso psicológico por el que se apropian los rasgos, conductas u otros aspectos de la personalidad de otros sujetos. La proyección es un mecanismo de defensa por el que el sujeto atribuye a otras personas las virtudes o defectos propios.

violencia, como aparece en la novela de Laforet, son su carácter repetitivo e impunidad cultural, aspectos que han sido internalizados (introyectados) en la mente del maltratador. Por lo tanto, el objeto original no tiene significado negativo en el sentido de que, como objeto de gratificación, satisface las necesidades originales del sujeto. Sin embargo, la reacción de un adulto inmaduro hacia el objeto que ya no satisface dicha necesidad se manifiesta en forma de impulsos emocionales ambivalentes de amor y odio. Esta característica forma parte de la psicología del maltratador y aparece en muchas conductas agresivas donde la significación del objeto radica en su función de mantener el estado de bienestar y el equilibrio interno del sujeto. Por esta razón, y debido al carácter intrapsíquico e interpersonal del objeto de estudio, entendemos que las teorías de las relaciones objetales constituyen un marco teórico referencial interesante para explicar el origen de la masculinidad agresiva y los mecanismos psicológicos que originan la violencia de género.

2. Protesta masculina e interés social: la devaluación cultural de la feminidad

Algunos aspectos de la obra de Alfred Adler también aportan información que ayudan a entender la relación entre la masculinidad y este tipo de violencia desde una perspectiva cultural. Su enfoque en el interés social y en las implicaciones morales del psicoanálisis le obliga a redefinir y reinterpretar conceptos clínicos para integrarlos en la psicología individual, lo que supone una ruptura con Freud. En *The Individual Psychology* (1925), Adler interpreta el significado de libido desde una perspectiva social, desarrollando una teoría sobre la construcción del género que nace de la premisa de que el ser humano es un ser eminentemente social. Reconociendo también la existencia de la

feminidad en el hombre, niega que el impulso sexual motive la acción humana. En su opinión, es más bien la reacción de rechazo contra la parte femenina de donde surge “la protesta masculina”, debido a que la feminidad está devaluada culturalmente por su vinculación a la idea de “debilidad”. Si para Freud la homosexualidad explica la existencia de la feminidad en el hombre, para Adler el lesbianismo es una forma de rebelarse contra la feminidad mediante la protesta masculina. Por lo tanto, dicha tesis explica, desde una perspectiva cultural, lo que la teoría edípica hace desde el psicoanálisis.

Para Freud la ansiedad desarrollada por el infante durante el proceso edípico se debe al terror de castración. La existencia del pene es, sin embargo, motivo de envidia para la niña. Adler describe ambos estados o sentimientos centrándose en la observación de la actitud del infante en un entorno familiar dominado por el significado simbólico de la figura paterna. En un entorno “normal”, tanto el niño como la niña deberían mostrar el mismo interés por ambos padres. Pero las circunstancias externas, como la personalidad autoritaria paterna y el mimo materno, son las que tienden a crear la distancia entre el niño y el padre, dificultándose la expansión de su interés social más allá del ámbito familiar. La distancia emocional entre ambos aumenta si el padre es estricto y autoritario; por el contrario, si este es consentidor, el niño tiende a conectar con él emocionalmente, alejándose de la madre. Si se mantiene apegado a ella, desarrollará un tipo de características en su conducta a las que Adler define como “parasitic qualities” y la buscará constantemente para que satisfaga sus necesidades, incluidas las sexuales (*Social Interest* 45).

El excesivo mimo provoca que el niño desarrolle una personalidad egocéntrica, siendo el entorno familiar donde aparecen los primeros síntomas que señalan su existencia. Más tarde, comienza a mostrar cierta inclinación hacia la satisfacción de los deseos y actitudes dominantes sobre la mujer, estimulando la desigualdad en las relaciones de género. Esta es la razón por la que Adler piensa que aunque el hombre es esencialmente un ser social, no es suficientemente maduro en el aspecto psicológico hasta que no posee la cualidad más importante, definida como “interés social”, “sentimiento social” o “sentimiento comunitario”. El individuo vive plena y satisfactoriamente cuando coopera con otros individuos, desarrollando el interés y la preocupación por el bienestar propio y el de los demás. Para ello, es necesario que haga de la creatividad una herramienta de utilidad y cooperación a partir de la interacción de los tres pilares básicos en la vida, el amor, la amistad y el trabajo, que sirvan para contrarrestar el efecto que la protesta masculina produce en los seres humanos, quienes tienden a exagerar sus complejos de inferioridad y exceder en la compensación.

Adler estima que en una cultura dominada por el hombre o por “lo masculino”, la protesta masculina es un mecanismo de rechazo hacia los complejos de inferioridad mediante la búsqueda del poder o el éxito, llegando a formar la base del desarrollo psicológico del individuo. Esta tesis supone una amenaza para la existencia del concepto freudiano de libido como raíz de una sexualidad infantil que condiciona la acción humana y forma la base de la personalidad. La protesta masculina, como tipo de neurosis que aparece tanto en hombres como en mujeres, se produce por la insatisfacción de tener que asumir roles del sexo opuesto. Esta situación se intenta compensar mediante la utilización

de “medios de protesta masculina”. En el caso del hombre, el deseo de superioridad surge a partir de un complejo de inferioridad motivado por el cuestionamiento de su virilidad, cuya proyección cultural se traduce en la imposición de la desigualdad entre hombres y mujeres, estereotipismo, discriminación sexual, machismo y, en último extremo, llega a configurar la personalidad del maltratador. En el caso de la mujer, la protesta masculina surge como reacción a la insatisfacción de su rol en un mundo masculino. La reacción negativa a la menstruación o al embarazo en algunas mujeres es para Adler un ejemplo de protesta masculina.

La elaboración de este concepto junto el rechazo a la rigurosa interpretación psicoanalítica posibilita la apertura de un nuevo camino hacia el estudio del género desde una perspectiva cultural y constructivista. Los aspectos más importantes defendidos por Adler y tomados de la teoría de las relaciones objetales son los referentes a la relación entre afecto y conducta motivada por el interés social. El afecto es la primera necesidad del ser humano junto al sentido de pertenencia al grupo, familia o comunidad. En cuanto a la situación de desigualdad que sufre la mujer, defiende su independencia social partiendo de la premisa de que todos los seres humanos son iguales aunque hombres y mujeres compitan por los valores masculinos, considerados socialmente como superiores a los femeninos. De esta forma, Adler se convierte en una de las influencias más importante para el psicoanálisis feminista entre cuyas primeras y más importantes aportaciones destaca la interpretación de las relaciones objetales y el constructivismo del género que ofrece Karen Horney.

3. Perspectiva feminista sobre el desarrollo de la masculinidad: miedo y objetivación

Horney ofrece una perspectiva feminista al proceso de construcción de la masculinidad, partiendo de la crítica hacia la teoría freudiana, porque entiende que interpreta incorrectamente el desarrollo de la sexualidad femenina. No obstante, también admite la realidad de la bisexualidad, tan presente en el hombre como en la mujer, y la existencia de una etapa preedípica excesivamente dominada por la influencia materna que marca el desarrollo psicosexual del niño, cuyas últimas consecuencias afectan a las relaciones entre los hombres y las mujeres en la adultez:

I think it probable that the masculine dread of the woman (the mother) out of the female genital is more deep-seated, weighs more heavily and is usually more energetically repressed than the dread of the man (father), and that the endeavor to find penis in women represents first and foremost a convulsive attempt to deny the existence of the sinister female genital.
(352-53)

Horney está de acuerdo en que la existencia de la feminidad en el niño durante la etapa preedípica provoca un sentimiento ambivalente de identificación y celos hacia la madre. El temor hacia la vagina es más intenso, pero a la vez más reprimido, que el miedo a ser castrado por el padre. De esta forma, el sentimiento de falta de adecuación del niño hacia la madre es lo que le incita a enfocarse en sus propios genitales, originándose así la ansiedad de castración. El daño permanente que este proceso produce en la psique del hombre explicaría aspectos de su conducta como la tendencia a elegir mujeres

“socialmente inferiores”, consideradas “objeto de gratificación”, o la costumbre de socavar la autoestima femenina como manera de aumentar la autoestima masculina. Por lo tanto, la masculinidad se construye sobre la base de una exagerada respuesta a la femineidad que desemboca finalmente en la subordinación de la mujer a la autoridad masculina.

Horney explica que la mitología desde donde se construye la cultura europea constituye una analogía del conflicto edípico. En ella abundan los casos en que el hombre huye de la mujer o teme ser castrado por ella. La subordinación femenina a la autoridad masculina se debe a que esta no ha sido suficientemente consciente de dicha situación. Por lo tanto, el hombre escapa a ese temor convirtiendo a la mujer en objeto: “always, everywhere the man strives to rid himself of his dread of women by objectifying it” (349). Su conversión en objeto artístico y científico ha desarrollado una cultura que rinde culto a la supremacía de lo masculino sobre lo femenino como forma creativa de resolver el conflicto psicosexual del hombre entre deseo y temor. De esta forma, la mitología, como base de la creación artística, ofrece múltiples ejemplos de la ambivalencia de la sublimación de los impulsos sexuales masculinos, donde se mezclan deseo y temor por el objeto. Ambos sentimientos no se deben al terror de castración motivado por la influencia paterna, sino por la vagina de la mujer. Horney ilustra esta hipótesis utilizando el ejemplo de la ansiedad que provoca en el hombre el “acto de la desfloración”, culturalmente encubierto gracias a las posibilidades que ofrece la creación artística, donde la adoración y el amor hacia la mujer no es más que una forma de ocultar el temor y aumentar la autoestima masculina.

En resumen, los factores internos y externos que influyen en el conflictivo desarrollo psicosexual del niño permanecen en el inconsciente a lo largo de su vida. Entre ellos se encuentra el temor al rechazo femenino, que para Horney es común a todos los hombres como consecuencia de la herida producida en su autoestima por el rechazo de la madre en la infancia temprana. Esta situación provoca cierta indignación en el niño con su propio rol masculino. Así, de la disputa que debe entablar con su propia masculinidad desarrollará la necesidad de acometer la “conquista” del sexo femenino para superar el rechazo y el dolor producido por la herida narcisista que desemboca en la degradación final del objeto amado. Este proceso crea una cultura de dominio masculino y subordinación femenina, cuyos resultados sociales han sido justificados mediante las teorías del rol sexual.

4. Masculinidad y psicología social: teoría del rol sexual

Las teorías del rol sexual explican la dinámica de la construcción del género y la adquisición de roles sexuales que se inician con el aprendizaje de las diferencias existentes entre el hombre y la mujer dentro de la familia, considerada como centro primario de reproducción de modelos sociales. Este proceso se complementa más tarde mediante la labor de las instituciones educativas. Así, la diferenciación básica que determina el rol sexual es la que se deriva del sexo del individuo, mientras que las nociones de masculinidad y feminidad –que corresponden, respectivamente, al sexo masculino y femenino–, son adquiridas e internalizadas como roles sexuales mediante un proceso de aprendizaje y socialización.

El término *rol*, aparecido en los años treinta, es más bien un concepto técnico utilizado en las ciencias sociales que relaciona la posición que el individuo ocupa en la estructura social con la idea de norma cultural para describir los mecanismos de los comportamientos generales. En los años cincuenta se desarrolla el concepto de *género* tomando como referencia la función de los individuos en los grupos sociales. En este periodo surge la teoría del rol sexual, elaborada por Talco H. Parsons y Robert F. Bales, estableciendo que la diferencia entre rol masculino y rol femenino nace de la distinción entre rol instrumental y rol expresivo dentro de la familia, considerada en las ciencias sociales como el grupo más pequeño. El rol instrumental, tradicionalmente asignado al hombre, hace referencia a su función como procreador, proveedor, y protector del hogar. El rol expresivo de la mujer asocia su capacidad de expresar el afecto a las tareas del cuidado, disciplina y educación de los hijos.

De esta premisa, los primeros teorizadores del rol sexual llegan a la conclusión de que la internalización del rol es un elemento positivo que contribuye a la estabilidad social, la salud mental y el desarrollo normal de las funciones sociales necesarias. Esta idea puede ser extrapolada al contexto cultural del franquismo donde el estado refuerza el poder socializador de las instituciones destinadas a ejercer una labor de construcción de modelos de género. Para ello se toma como base ideológica el nacionalcatolicismo y su énfasis en el determinismo biológico, implantándose el modelo familiar tradicional que promueve la diferencia de roles y la separación entre hombres y mujeres en la sociedad. La descripción de Connell sobre el proceso de adquisición del rol sexual también puede ser trasladada a este escenario. En él distingue tres etapas cronológicas: en la primera, el

proceso de socialización y asignación de roles es ejercido por la familia durante la primera infancia; en la segunda, es ejercido por las instituciones educativas y tiene lugar durante la segunda infancia; en la tercera y última etapa, desarrollada durante la adolescencia, los medios de comunicación ejercen la función socializadora (23). En el estado franquista, donde prevalece la normativización del rol sexual como forma de control social, afectando de manera diferente a hombres y a mujeres, se refuerzan las conductas supuestamente más apropiadas para un género que para el otro.

Así, a los niños varones se les incita a controlar o reprimir las emociones y a participar en actividades que estimulan la agresividad o el interés por la competición, como los juegos con armas o los deportes. Las actividades designadas a las niñas, como los juegos de muñecas, están destinadas a estimular las cualidades afectivas. El fin de esta separación es inculcar el sentido de la masculinidad en los niños –asociada a la hombría y la virilidad– y el de feminidad en las niñas –asociada a la maternidad–. Para ello es importante que compartan tiempo y experiencias con uno de los progenitores. Las niñas deben estar más expuestas al contacto de la madre, las actividades domésticas y las relaciones familiares. En el caso de los niños, se les otorga más independencia y se les inculca la importancia del esfuerzo físico. Finalmente, en todos los casos, las escuelas segregadas por sexos se convierten en los centros de socialización.

La crítica hacia los efectos nocivos de la cultura de la diferenciación de sexos crea una corriente revisionista impulsada por la segunda ola feminista durante la década de los setenta. El feminismo de esta época promueve un cambio radical en la interpretación de la teoría del rol sexual, partiendo de la base de que el rol femenino es una construcción

cultural utilizada como medio de represión y subordinación de la mujer. Este feminismo social llega a España debido a la apertura del franquismo y los cambios socioeconómicos que posibilitan el acceso de la mujer al mercado laboral. Finalmente, consigue implantarse tras el final de la dictadura franquista y la transición democrática.

El Movimiento Democrático de las Mujeres (MDM), vinculado al Partido Comunista de España, se crea en 1965 y llega a ser uno de los más importantes debido al gran número de mujeres agrupadas. A partir de este y otros pequeños grupos se consolida el movimiento feminista español de los años setenta. El objetivo del MDM es organizar a las españolas para que adquieran conciencia de los principales problemas del país: la necesidad de democracia y la solución a los problemas de la mujer. Entre estos se debaten, principalmente, la situación de las amas de casa, además de la discriminación educativa y laboral femenina como consecuencia de la división sexual del trabajo que afecta negativamente a las relaciones entre los sexos.

Durante la década de los setenta surge también un movimiento, cuyas reivindicaciones más importantes coinciden con las de los grupos feministas. *Men's Liberation Movement* proclama, junto a otros grupos menores, que el rol masculino es opresivo y debe ser transformado. Este pensamiento se alinea a las ideas de propuestas de cambio demandadas por el movimiento feminista *Women's Liberation*, denunciando además la conexión entre la subordinación de la mujer y la existencia de una jerarquía de poder dominada por el hombre. La conclusión final a la que llegan los grupos feministas es que si existe un rol femenino que determine el gran desequilibrio histórico entre géneros, ese es, sin duda, el rol materno.

5. Maternidad, familia y poder masculino: la reproducción del rol sexual

Nancy Chodorow ofrece también una perspectiva feminista en su trabajo y utiliza la sociología, el psicoanálisis y los estudios culturales para centrarse en tres aspectos fundamentales en el análisis de los factores y condiciones que posibilitan la reproducción de roles sexuales: la maternidad, que provoca la división del trabajo; la familia, como institución convertida en instrumento de opresión para la mujer; y el poder masculino, paradójicamente surgido de la influencia materna. En *La plaza del diamante* (1962), Mercè Rodoreda asocia la infeliz vida de Natalia a dichas circunstancias. Quimet, su esposo, aparece como hombre obsesivo y dominante, incluso antes del matrimonio, llegando a agredirla, verbal, física y psicológicamente en varias ocasiones. Además, la presencia constante de sus amigos en el hogar intensifica la sensación de hegemonía masculina, reforzando la imposición de autoridad patriarcal y subordinación femenina. La maternidad aparece como consecuencia natural del matrimonio, experiencia que llega a ser traumática, constituyendo el factor determinante en la división social del trabajo. Las habilidades desarrolladas en el hogar propio solo le permiten a Natalia encontrar trabajo fuera de su casa como empleada doméstica, siendo explotada por sus patrones. El abuso que sufren estas trabajadoras es una forma de violencia de género, silenciada por el estado y la sociedad de la posguerra, que incluso continúa existiendo en la España actual.

Chodorow explica el proceso que conduce a la subordinación femenina a partir de la relación que el infante mantiene con su madre durante los primeros años, llegando a provocar un gran impacto social en el futuro. En esta etapa, a la que considera como “no social” o “presocial”, es el padre, percibido por el infante como objeto afectivo de la

madre, quien mejor representa el principio de realidad, cultura y sociedad patriarcal, ya que suele tratar al hijo como si fuera más maduro de lo que realmente es, expresando un tono menos emocional a cómo lo hace la madre. Esta es percibida por el infante como símbolo de sacrificio, abnegación y cuidado, cualidades que asocia a sus propios temores y a la falta de poder. En definitiva, en la infancia se idealizan las virtudes que se derivan de la figura paterna y se rechazan las cualidades maternas.

En *The Reproduction of Mothering* (1978), Chodorow considera que la maternidad no es una función natural en la mujer, sino un rol aprendido: “women’s mothering, like other aspects of gender activity, is a product of feminine role training and role identification” (31). Señala también que existe una gran diferencia entre la imposición cultural de la maternidad y el “oficio de ser una buena madre”. Esta última cualidad no solamente requiere del adiestramiento, preparación o aprendizaje recibidos en el entorno familiar y la instrucción ideológica adquirida en la escuela o a través de otros medios socializadores, sino que es un rol que “consists in psychological and personal experience of self in relation to child or children” (31). La presión social ejercida sobre la mujer por el deber de ser madre eclipsa este último e importante aspecto del rol materno, asumiendo que su gran responsabilidad es la de “tener que producir hombres” que desarrollen un rol instrumental dentro de la familia.

La maternidad, añade Chodorow, no es solo un estado, sino una actividad que se reproduce cíclicamente mediante un proceso eminentemente psicológico: “women, as ‘mothers’ produce daughters with mothering capacities and the desire to mother. . . . By contrast, women as mothers (and men as not-mothers) produce sons whose nurturant

capacities and needs have been systematically curtailed and repressed” (7). El niño es preparado por la madre para ejercer un rol familiar menos afectivo y más social mediante la participación en el trabajo y la vida pública. Por lo tanto, el impacto cultural de un modelo de maternidad que reproduce cíclicamente estas diferencias entre sexos es crucial en la configuración del rol sexual y en la división del trabajo donde la mujer está más obligada a involucrarse en las relaciones afectivas e interpersonales que el hombre. Esta dicotomía es internalizada por las hijas e hijos, desarrollando diferentes procesos psicológicos de aprendizaje que les incitan a la reproducción de estas diferencias de rol sexual en la familia y en el trabajo.

El primer rol aprendido por la mujer es el de la crianza de los hijos y el cuidado de la familia, lo que otorga al hombre más responsabilidad fuera del hogar, traduciéndose en reconocimiento a su autoridad moral. Estos factores se convierten en los pilares de la estructura familiar, condicionan las relaciones entre los sexos y conducen a la creación de una ideología masculina donde la asimetría sexual determina la división social del trabajo. Por esta razón, Chodorow insiste en el hecho de que las teorías de la socialización infravaloran la maternidad al presentarla como función destinada a la procreación dentro del matrimonio, convirtiéndola en un vínculo inseparable entre los conceptos de familia y economía. De esta forma, ofrecen una explicación inadecuada sobre la reproducción y organización social del género. Por lo tanto, los procesos de socialización que toman como referentes estas teorías inculcan la noción de supremacía masculina mediante el dominio, la jerarquía y la desigualdad en las relaciones de género.

Así, Chodorow explica el origen de la violencia de género debido a la adjudicación de la esfera doméstica y privada a la mujer, y el espacio público al hombre. De esta separación derivan la discriminación laboral femenina, como consecuencia de la maternidad, y la situación de inferioridad de la mujer dentro de la familia en una sociedad dominada por el poder masculino. Este es el escenario de la España franquista, caracterizado además por la existencia de un modelo de organización social basado en la desigualdad de género, amparado por el estado y la ley, donde la maternidad está al servicio de la reproducción del orden patriarcal. Al ser considerado el ámbito público como centro de reproducción social y cultural, el hombre está legitimado para crear instituciones desde donde ejercer la supremacía masculina mediante el poder político.

La transformación de la familia tradicional de las sociedades occidentales en núcleo económico primario donde la mujer continúa monopolizando el rol materno, aunque ambos cónyuges trabajen fuera del hogar, constituye uno de los factores por los que el hombre no participa activamente en la vida familiar. Además de esta consideración, Chodorow estima que el nuevo concepto de familia es la consecuencia de la era capitalista industrial, que motiva la salida del hogar de los hijos mayores, abuelos, y otros miembros no familiares, reduciendo el protagonismo del hombre como protector y proveedor del grupo. A pesar de la evolución del concepto de familia, la crianza de los hijos sigue siendo la máxima ocupación de la mujer, debido a la dependencia biológica y emocional del infante hacia la madre. Ambos componen el centro de la estructura afectiva familiar cuyos lazos se transmiten a través de las relaciones particulares y específicas entre los miembros, asumidas como características naturales. Por lo tanto, la

familia sigue constituyendo la institución donde se perpetúa el dominio patriarcal, que se intensifica durante la maternidad mediante la reproducción social de los roles de género, situando al hombre en la esfera pública y a la mujer en la doméstica.

6. Antropología, historia y cultura: organización familiar y hegemonía masculina

El enfoque interdisciplinar ofrecido por David Gilmore, constituido por estudios históricos, antropológicos y culturales, refuerza la tesis de Chodorow sobre la importancia de la maternidad y la familia en el proceso de construcción de la masculinidad. Connell, sin embargo, pone en duda la fiabilidad de la antropología como disciplina adecuada para los estudios de género porque su perspectiva es excesivamente positivista. Así, las generalizaciones transculturales contribuirían al desarrollo de la ciencia positiva. Además, añade, la antropología peca a menudo del uso de la teoría del rol sexual como marco referencial para el análisis. De esta forma, Connell es particularmente crítico con los estudios de Gilmore porque exploran la masculinidad en diferentes culturas y centran su atención en la búsqueda de una base amplia para hacer generalizaciones sobre las diferentes formas en que los individuos consiguen reafirmar su virilidad. Por lo tanto, es difícil analizar la estructura profunda del objeto de estudio y establecer arquetipos globales.

Sin embargo, hay que tener en cuenta la gran aportación que suponen las investigaciones etnográficas y antropológicas de Gilmore en el sur de España para entender el proceso de construcción y significado de la masculinidad, además del origen del machismo y la violencia de género en la cultura hispánica. Algunos de los aspectos

más interesantes de su estudio, como el de la estructura y la organización familiar, la reproducción social de la maternidad y la importancia del linaje y de la casa, son importantes para conocer la composición del contexto político y social en la España franquista.

La familia española presenta una estructura tan patriarcal como la que describe Gilmore, donde el rol sexual está definido por la influencia de la cultura y la tradición. El hombre de la casa es el protector y proveedor de la familia, mientras que la mujer se dedica a las tareas domésticas. Pero la necesidad de adaptación a la nueva realidad social tras la guerra obliga a buscar el sustento económico fuera del hogar, lo que supone una transformación en la dinámica de los roles sexuales que en muchos casos perturba el normal desarrollo de las relaciones familiares. Un ejemplo de esta situación aparece en *Nada*, donde Gloria se enfrenta al rechazo de Juan, su esposo, debido a su celo en contribuir económicamente con el mantenimiento de la familia. Las salidas nocturnas para conseguir dinero jugando a las cartas y la venta de enseres domésticos que han formado parte del patrimonio familiar durante muchos años, provocan la ira del esposo y las palizas que este le propina. Detrás de la desaprobación a la participación de la mujer en una actividad económica marginal se esconde un sentimiento de amenaza a la hombría y virilidad.

Tomando como referencia la opinión de Tim Edwards sobre situaciones similares, la actitud de Juan es producida por una crisis de representación de la masculinidad (15), aunque su caso se da en un contexto social donde la desestructuración y disfuncionalidad familiar atenta contra el modelo patriarcal burgués. Edwards sigue la misma línea de

observación en el entorno urbano que la que Gilmore establece en el contexto rural español donde presenta la tesis de que la hombría es una cualidad que el hombre tiene que demostrar en todo momento. Esta circunstancia le provoca a veces un gran estrés emocional, especialmente durante la pubertad, debido al esfuerzo mental que supone la participación en esferas o dominios sociales masculinos altamente ritualizados. La cultura hispánica está caracterizada por la existencia de una auténtica “ideología masculina” que considera la acción como facultad derivada de la naturaleza del hombre y la esfera pública como su espacio natural.¹³

Del espacio opuesto y destinado a la mujer, Gilmore distingue entre el significado de *familia* y *casa*, dos conceptos fundamentales y diferentes dentro de la sociedad rural andaluza, cuyo modelo de estructura familiar es similar al extremeño de *La familia de Pascual Duarte* o al manchego, llevado al extrarradio madrileño, que describe Luís Martín Santos en *Tiempo de silencio*. La casa como la de Pascual Duarte o las chabolas como la de Muecas constituyen el espacio físico donde habitan los cónyuges, hijos y posiblemente los abuelos. Su concepto trasciende al de *familia*, especialmente en las zonas rurales, porque además de constituir el espacio es el símbolo de la institución que identifica socialmente al grupo. Según Gilmore:

The casa, as a common residence or domicile generates a “private” domestic life within its walls which its inhabitants share and identify with, and which they must protect as a unit from the snooping, gossiping outside

¹³ Desde una perspectiva psicoanalítica, la masculinidad constituiría un mecanismo de defensa contra la regresión a la etapa preedípica donde se produce la identificación del niño con la madre, quien representa la noción de pasividad.

the world. Although cohouseholders share its secrets and act to defend its integrity as a corporate body. . . . Thus the casa unites its members defensively against a hostile world. (*The People* 157)

La casa es la consecuencia del matrimonio. Como propiedad, es también una unidad económica y corporativa con identidad social única donde cooperan leal y económicamente todos los miembros con su salario. Es un espacio privado y un centro cultural intergeneracional donde se reproducen valores sociales. Las personas que viven en su interior comparten vínculos emocionales y un mismo sentimiento de pertenencia. Todos los miembros deben proteger sus sentimientos, secretos y asuntos privados contra la influencia del exterior porque la casa salvaguarda el honor, la virtud y la integridad familiar. Si el comportamiento de la familia se corresponde con dichos valores, llega a ser respetada y hasta venerada dentro de la comunidad.

La fama es el reconocimiento del exterior hacia la casa. Por ello, esta es el primer centro de control social supervisado por la mujer, quien debe mantener los lazos afectivos con todos los miembros y el control sobre los hijos. Ella, además, ejerce una labor de intercomunicación con otras casas, lo cual llega a constituir su papel público más importante en una esfera social dominada por el hombre. Por ello, Gilmore observa que la aparente feminización del hogar se debe a que la división del trabajo genera un mecanismo defensivo contra la hegemonía masculina imperante en el ámbito doméstico. Aunque las familias están subordinadas a una figura paterna y a los valores culturales del patriarcado, los cuales asignan a la mujer roles sociales subordinados, en algunos casos existen auténticos matriarcados donde el hombre juega un papel secundario. Estas

familias presentan una estructura matrifocal y se resisten a la influencia del poder masculino mediante la unión de las mujeres de la casa y el refuerzo que supone la presencia de la figura de la madre o la suegra. Por lo tanto, esta costumbre puede interpretarse como una forma de “protesta masculina” o una reacción de la mujer a un ideal de “hegemonía masculina” normativizado y asociado a la existencia de un “otro” subordinado.

A pesar de esta excepción, la característica más importante de la familia es la división sexual del trabajo, factor condicionado por la influencia que supone la posición de autoridad del hombre dentro del grupo. En las clases altas, estos controlan la economía y las mujeres supervisan el trabajo doméstico de los sirvientes. Así, Gilmore señala que el valor social de la mujer se entiende como “who she is” y no como “what she does” (*The People* 168), lo cual apela tanto a su condición de objeto como a su cualidad pasiva. Pero en las clases bajas, la mujer, además de administrar la economía familiar, también contribuye de manera esencial a su sostenimiento mediante la aportación de su salario por el trabajo realizado fuera de la casa, con lo cual adquiere importancia en el ámbito público.

Gilmore también destaca que la estrecha relación entre madres e hijas es el principal factor que determina el carácter cíclico de la maternidad: “While sons are gradually cutting the maternal apron strings and forming a peer society in the public life of the town, nubile daughters are increasingly cloistered inside the private realm of the casa with their mothers” (*The People* 171). Mientras los niños gozan de un entorno social donde la promiscuidad heterosexual del hombre es altamente valorada, a las niñas se las

prepara para ejercer la maternidad, el cuidado de la familia, la crianza de los hijos, la limitada participación en la esfera pública y el mantenimiento de los lazos afectivos y emocionales con sus madres. Por el contrario, la implicación del hombre en dichas actividades exclusivas de la mujer supone un serio compromiso que pone en entredicho su masculinidad. Así, el machismo aparece como mecanismo de defensa contra la falta de autoestima masculina y una exagerada reacción al poder económico y reconocimiento social que la mujer obtiene por su trabajo fuera del hogar, desarrollando la capacidad de entablar relaciones sociales con otras casas.

Esta reacción es la consecuencia a la existencia de un mundo dividido en dos esferas: la privada, habitada en su mayor parte por mujeres, y la pública, donde los hombres cultivan su identidad y establecen su dominio. El poder del patriarcado surge del tejido de relaciones de poder que permiten al hombre ejercer el control sobre la mujer y perpetuar la idea de que el ámbito público es más importante que el privado. Por ello, Anthony Clare observa que la mujer que intenta escapar al dominio del patriarcado termina también valorando más la esfera pública que la privada (8), lo cual ha motivado que su incorporación al mundo laboral resulte en un conflicto de intereses contra las aspiraciones masculinas de poder y dominio, generando en muchos casos parte del caldo de cultivo de la violencia de género. Las aspiraciones sociales de la mujer se encuentran con el aislamiento que muchas veces proporciona el entorno doméstico y con la idea, fuertemente arraigada en la cultura, de que los conflictos familiares pertenecen al ámbito privado, y como tal deben ser “resueltos en la familia”. El problema de la violencia doméstica ha sido socialmente vinculado a los asuntos de carácter privado y familiar.

7. Crisis de masculinidad y violencia de género: contexto histórico y representación

Una de las cuestiones más discutidas en los estudios de género gira en torno a la relación entre masculinidad y violencia: ¿Es la violencia masculina o es la masculinidad violenta? Sobre este debate, la segunda ola feminista ha centrado gran parte de sus investigaciones en el estudio de las agresiones hacia la mujer, causando tal impacto social que la controversia ha desembocado en la creación de los términos “crisis de masculinidad” o “masculinidad en crisis” para explicar el origen de la escalada de actos violentos y criticar la conducta autoritaria del hombre en el hogar y en las relaciones personales.

Ambos términos se construyen durante los años setenta después de un amplio análisis realizado sobre la representación negativa de la masculinidad en los medios de comunicación y de las consecuencias que el debilitamiento del rol sexual tradicional provoca en muchos hombres. Esta situación, según observa John McInnes, se produce como consecuencia de los cambios económicos producidos por una nueva división del trabajo, forzando al hombre a redefinir su identidad de género y sus relaciones familiares y sociales (48). La violencia que algunos individuos ejercen contra sus parejas es la consecuencia de su pérdida de rol como sostén de la familia, por lo que, como afirma Scott A. Melzer, “they may compensate for these inadequacies by confirming their gendered identity through spousal violence” (822). Por lo tanto, la percepción de pérdida de poder y hegemonía masculina es uno de los factores que conducen a la violencia que muchos hombres ejercen contra las mujeres. Dicha situación aumenta en contextos

sociales donde estas encuentran posibilidades de satisfacer aspiraciones históricas y conseguir su emancipación económica y social, provocando resultados dramáticos cuando el estado decide intervenir para restaurar un modelo de masculinidad dominante. La política de género llevada a cabo durante el franquismo es un ejemplo de la participación del estado ante la preocupación de que la emancipación progresiva de la mujer provoque la disrupción del orden de género tradicional o “feminice” a la sociedad.

La “feminización social” o la percepción de la disrupción del orden de género es, para Alan Petersen, el factor que justifica la crisis de la masculinidad. MacInnes también cuestiona la existencia de tal idea y opina que esta es una invención de la modernidad. Por el contrario, Connell estima que no existe una crisis de la masculinidad sino el resultado de un conjunto de tendencias hacia la crisis en el orden de género (84). Como término científico, *crisis* presupone que existe un sistema original y coherente que ha sido destruido y después renovado, lo cual no puede aplicarse a la masculinidad porque esta cualidad, idea o concepto no es monolítico sino que debe entenderse como “a configuration of practice within a system of gender relations” (84). Por lo tanto, como configuración de prácticas dentro de un sistema y no un sistema en sí mismo, no se puede hablar de una crisis dentro de dicha configuración, sino más bien de una disrupción o una transformación de las relaciones de género, por lo que debe rechazarse el término de “crisis de masculinidad” o “masculinidad en crisis” y utilizar el de “tendencias hacia la crisis” en el orden de género. De esta forma, la masculinidad no estaría directamente asociada a la violencia, sino que esta surge como consecuencia de una crisis del orden de género.

Edwards tampoco admite categóricamente que exista una crisis de masculinidad. Sin embargo, mediante un enfoque culturalista, plantea la existencia de múltiples factores y situaciones que surgen desde el interior y el exterior del individuo que al confluir provocan, quizás, cierta crisis en la masculinidad (8). Las situaciones o factores externos están determinados por el lugar que el individuo ocupa dentro de ciertas áreas donde ejerce un dominio tradicional como la familia, el ámbito educativo o el lugar de trabajo, además de su percepción sobre la pérdida de poder, privilegio o estatus dentro de dichos entornos. Las situaciones o factores internos hacen referencia a su propia percepción sobre la virilidad, hombría o sexualidad.

Si extrapolamos el contenido de la expresión “tendencias hacia la crisis” al contexto de política de género llevada a cabo durante el franquismo y añadimos, además, los tres componentes necesarios para analizar la violencia que propone Edwards, percepción, intención y contexto (45), observamos que las tres novelas analizadas en profundidad en esta tesis reproducen tendencias hacia la crisis en el orden de género. El resultado es la aparición de la violencia contra la mujer en un contexto donde el estado franquista rinde culto a un modelo de masculinidad hegemónico y autoritario construido para ejercer el control social sobre ella en un periodo de intensa represión política. Desde una perspectiva feminista, esta crisis supondría un retroceso histórico en las conquistas sociales que la mujer obtiene durante la Segunda República y el sometimiento a un nuevo rol de subordinación frente a la autoridad masculina. Pero desde la óptica franquista, las aspiraciones emancipadoras femeninas provocan el descontento social, traducéndose en una crisis de masculinidad que amenaza con destruir el sistema patriarcal tradicional. La

reacción del estado ante esta situación provoca la elaboración de leyes represivas contra la libertad de la mujer, la división del trabajo basada en la diferencia de género y la represión de la homosexualidad.

En *La familia de Pascual Duarte* y *Nada* se reproducen muchas de las tendencias hacia la crisis que originan situaciones de violencia doméstica. Pascual Duarte no consigue desarrollar una exitosa imagen pública de su masculinidad. Una de las razones por las que agrede a las mujeres se encuentra en el desarrollo de una personalidad misógina como consecuencia de la internalización del rol materno como castrador y opresivo debido al rechazo afectivo de su madre. Desde una perspectiva social adleriana, y tomando también como referencia la tesis de Chodorow, su actitud es una forma de protesta masculina hacia el poder represivo que la madre representa para el hombre.

Nada epitomiza la conexión entre los conceptos de crisis de masculinidad y violencia de género en una familia burguesa empobrecida en la Barcelona de la posguerra. El maltrato que Juan inflige a Gloria tiene mucho que ver con el debilitamiento de su posición como proveedor durante los terribles años marcados por la pobreza. La situación de ruptura familiar absoluta debido a los efectos de la guerra afecta negativamente a la salud mental de sus integrantes, cuya consecuencia extrema da lugar al suicidio de Román debido a un complejo proceso de disminución de su autoestima y a posibles problemas de salud mental que terminan por destruir su personalidad narcisista. Ambas novelas tienen en común la existencia de factores similares que provocan la ruptura familiar y conducen al fracaso del patriarcado. En la primera, esta situación está influenciada por la ausencia de la figura paterna en un entorno rural similar al que

Gilmore construye en su análisis, y en la segunda, se debe a la existencia de una madre que fracasa en el intento de usurpar el rol paterno.

Chodorow señala que en una sociedad dominada por la supremacía masculina, la exclusiva responsabilidad de la madre en el cuidado de los hijos exagera el conflicto de la masculinidad en el varón. Añade que mientras más se percibe la ausencia del padre en la familia, más se agudiza dicho conflicto y se acrecienta, además, el temor a la mujer (*The Reproduction* 213). Este pensamiento deriva de la tesis de Horney para quien el desarrollo de la masculinidad es paralelo a la devaluación social de la mujer. Este proceso se origina, por lo tanto, en la familia donde la figura paterna es idealizada por el niño y asociada a la idea de superioridad. Por el contrario, el rechazo a lo femenino comienza con la imagen de la madre como sinónimo de falta de autonomía y poder de decisión.

De todo lo expuesto anteriormente, observo también que las consecuencias del conflicto en el desarrollo de la masculinidad, originado durante la etapa edípica e influenciado por los sucesivos procesos de socialización que condicionan el desarrollo psicológico del individuo, parecen conducir a un estado de crisis permanente en el orden de género. Esta opinión está contrastada con la gran aportación que para el objeto de conocimiento ofrecen las teorías de las relaciones objetales, la interpretación de Adler y Horney sobre el origen de la masculinidad, la tesis del rechazo a la maternidad como origen del dominio masculino y, finalmente, la aportación de los estudios de Gilmore en España.

Por otra parte, considero que el estudio sobre aspectos relacionados con la masculinidad debe hacerse siempre en el marco de las relaciones de género. En

consecuencia, el análisis de su estado de crisis debe ser abordado desde una perspectiva constructivista, partiendo de la base de que el hombre internaliza patrones de dominación sobre la mujer cuyo resultado contribuye a la perpetuación de la desigualdad y la injusticia social. La relación entre la masculinidad y la violencia de género debe ser entendida también en este contexto, teniendo en cuenta la participación de factores psicológicos, sociofamiliares, políticos y económicos que intervienen en ella. Por último, el mito de la crisis de la masculinidad tiene su explicación en la existencia de la pérdida de poder masculino que puede llegar a traducirse en conductas agresivas extremas hacia la mujer. En muchos casos, se recurre a los instintos más primitivos para ejercer formas arcaicas de violencia. Muchas de ellas todavía son visibles en la España actual donde, a pesar del avance del feminismo y las políticas sobre igualdad de género, la mujer continúa siendo víctima de esta lacra social.

II

MASCULINIDAD Y VIOLENCIA DE GÉNERO: REALIDAD SOCIAL Y LITERATURA TRADICIONAL

Llevaba dos años encerrada en su casa y le habían arrancado los pelos a tirones, además de recibir otros maltratos desde niña... Todo esto sucede en España ante nuestras narices (Rosa Montero, "Honor")

El feminismo es el movimiento social clave en la lucha por la liberación de la mujer de las ataduras que le impiden conseguir la plena igualdad en las relaciones de género. Su contribución no es solo fundamental en la conquista de derechos sociales, sino también en el desarrollo de las teorías sobre la masculinidad, sin las cuales sería imposible realizar un acercamiento teórico al problema de la violencia de género. Ya he apuntado que las raíces de este tipo de violencia se encuentran en una rígida estructura de poder, que excluye a la mujer, y a un excesivo control social sobre ella mediante la normativización del rol sexual y la división social del trabajo. Por lo tanto, desde una perspectiva constructivista, la agresión a la mujer constituye uno de los efectos provocados por la reacción ante situaciones sociales percibidas por algunos hombres como amenaza y deslegitimación del poder patriarcal y orden de género tradicional.¹⁴

Estoy de acuerdo con Connell en que el significado de la masculinidad, entendida como cualidad, concepto o idea, depende de las relaciones entre los sujetos. Estas se construyen mediante prácticas inclusivas y exclusivas en un contexto histórico

¹⁴ El constructivismo asume que la realidad es, en gran parte, una construcción humana, fruto de la interdependencia entre el sujeto que conoce y el objeto conocido. Ofrece un enfoque epistemológico subjetivista de la realidad a partir de la relación recíproca ente el investigador y lo investigado, desarrollando una teoría del conocimiento donde este es el resultado del ordenamiento y la organización de un mundo constituido por la experiencia. De esta forma, supone una apertura intelectual hacia las convicciones sociales, éticas y políticas que guían la acción social.

determinado; en el caso de esta tesis, el del franquismo. Por otra parte, entiendo la violencia de género como el resultado de las históricas relaciones de desigualdad entre hombres y mujeres, dominadas por modelos de masculinidad hegemónicos y autoritarios que se reproducen continuamente en las culturas patriarcales. Por lo tanto, insisto en que su análisis debe realizarse desde una perspectiva multidisciplinar y un enfoque constructivista de las relaciones de género a partir de las observaciones generales y experiencias particulares. Aunque actualmente en muchos hogares españoles la crueldad de este tipo de violencia no parece haber variado desde los tiempos del *Cantar de Mío Cid*, sí lo han hecho el espacio y el contexto que ahora se extienden más allá de las paredes de la casa y del ámbito familiar para instalarse en el entorno laboral o institucional donde la mujer participa activamente pero, todavía, en condiciones de desigualdad con respecto al hombre.¹⁵

En la España actual, los continuos casos de agresión hacia la mujer comienzan a ser considerados como síntoma de un grave problema social de profunda raíz cultural gracias a su publicación en los medios de comunicación, especialmente tras el asesinato de Ana Orantes el 4 de diciembre de 1997 a manos de su exmarido.¹⁶ Antes de su muerte, la víctima había denunciado los malos tratos sufridos en un programa de televisión,

¹⁵ En el pasaje de la afrenta de Corpes, los infantes de Carrión agreden cruelmente a sus esposas y las abandonan en el campo.

¹⁶ Esta mujer granadina de sesenta años fue quemada viva en el patio de su propia casa a manos de un exmarido egoísta y bebedor que, además, había intentado abusar sexualmente de su propia hija de catorce años. El trágico suceso ocurre trece días después de que la víctima relatar su historia en un programa de Canal Sur Televisión donde denunciaba el maltrato al que había estado sometida durante los cuarenta años de matrimonio. Debido a esta situación, la víctima había solicitado el divorcio, que le fue concedido, pero ambos excónyuges siguieron compartiendo el mismo domicilio familiar. Él se instala en la planta baja de la casa y ella en el primer piso, con lo cual, la víctima sigue sometida al mismo temor que la había torturado durante toda su vida y expuesta a nuevas situaciones de maltrato, como finalmente ocurrió.

donde decía que “en aquella época”, refiriéndose a los años del franquismo, no se denunciaban, y cuando ella misma lo hacía “le decían” que eran peleas normales de familia. La focalización mediática de este caso origina un gran debate social y político que da lugar a la creación de la Ley de violencia de género de 2004. Sin embargo, a pesar de la gran protección jurídica que ofrece la Ley, la mujer española todavía sigue sufriendo en muchos casos la marginación o explotación laboral, el acoso sexual, y la violencia física, psicológica o verbal. No obstante, la violencia de género actual no es solo un fenómeno exclusivo de la cultura hispánica, del machismo ibérico, de la herencia que han dejado en España los pueblos que llegaron del norte de Europa, África o Asia y se asentaron en la Península Ibérica durante siglos. También existe en la Europa que tradicionalmente ha sido considerada por muchos españoles como “más civilizada”.¹⁷

María L. Maqueda, catedrática de Derecho Penal español, opina que la histórica privacidad atribuida a la violencia doméstica, considerada como problema que el propio grupo o familia debe resolver sin la intervención de terceros ajenos al conflicto, ha fomentado “uno de los prejuicios culturales que en mayor medida ha obstaculizado la persecución de la violencia de género”, y que todavía sigue siendo para muchos “un delito invisible” (6). Debido a la extensión de la violencia a otros espacios, al hecho de que afecta a la sociedad en general y de que las múltiples definiciones pueden provocar un conflicto conceptual en el ámbito jurídico, Maqueda enfatiza que es necesario adoptar un término único para describirla como “violencia de género”, expresión tan reciente

¹⁷ El Centro Reina Sofía para el estudio de la violencia, según los datos del II Informe Internacional de Violencia contra la mujer elaborado en 2003, situaba a España como el país europeo con el número más bajo de mujeres asesinadas en casos de violencia de género (“Cierra el Centro Reina Sofía”).

como el propio reconocimiento de la realidad del maltrato a las mujeres. Añade también que el significado se explica en clave cultural debido a que su origen se encuentra en la existencia de una estructura social de naturaleza patriarcal de donde surgen todas las expresiones culturales del machismo.¹⁸

De cualquier manera, la violencia doméstica es la expresión más conocida de la violencia de género. Surge cuando una relación de pareja se transforma en una relación ambivalente de amor y odio entre sujeto –hombre– y objeto –mujer– en la que el principio del placer prevalece sobre el principio de realidad a partir del momento en que el objeto amado ya no satisface las necesidades narcisistas primarias del sujeto. Los conceptos de *familia* y *casa*, como ámbitos privados, y la escasa participación de la mujer en la esfera pública han contribuido históricamente a la reproducción cultural de este tipo de violencia. Además, el complejo de inferioridad, el miedo al rechazo y la erosión en la autoestima masculina son también algunos de los factores relacionados con el desarrollo de una concepción narcisista de la subjetividad cuyo objetivo es el ejercicio del dominio del hombre sobre la mujer mediante la agresión.

¹⁸ El término “violencia contra la mujer” suele usarse muchas veces para hacer referencia a la violencia de género: Otros términos utilizados son “maltrato, abuso o terrorismo doméstico”, “violencia conyugal” o “violencia doméstica”. Existe una gran diferencia entre el contenido totalizador de la expresión “violencia de género” y el reduccionista de estas últimas expresiones porque mientras aquella apunta a la mujer como sujeto de referencia en el ámbito familiar, social e institucional, las últimas la reducen a la condición de víctima, exclusivamente en el hogar. El término “violencia doméstica” también hace referencia a la victimización de todos los miembros que conviven en un mismo espacio y se encuentran en una situación de inferioridad de cualquier tipo con respecto al maltratador, como pueden ser la esposa, los niños o los abuelos. La generalización de la expresión “violencia doméstica” se debe a que históricamente, el medio familiar ha sido propicio al ejercicio de las relaciones de dominio que desembocan en la violencia de género porque es un entorno privilegiado para el desarrollo de los roles de género más tradicionales que reservan a la mujer el cuidado de la familia y la subordinación a la autoridad masculina.

1. Perspectiva psicoanalítica sobre el origen de la violencia de género: dominio, poder y control

Freud explica el origen de la violencia al postular que el ser humano está dominado por dos instintos derivados de la energía libidinal: Eros, o instinto de vida, sexualidad y creatividad, y Tanatos, o instinto de muerte y destrucción. El fin último de la vida es la muerte, pero existe un instinto de preservarla que soporta la tensión del otro instinto por llevar esa vida a su estado primigenio e inorgánico de donde surge. El instinto agresivo se desarrolla a partir del instinto de muerte y va dirigido contra el mundo exterior, pero si no encuentra obstáculos en el mundo real donde descargar la energía, esta podría transformarse en otra forma de energía autodestructiva. Cuando el instinto de muerte va unido a la sexualidad aparece el sadismo o placer en la agresión hacia otra persona, y masoquismo o placer en la experiencia de sufrirla. En algunos casos de violencia de género, la errónea impresión del agresor sobre la falta de resistencia de la mujer al maltrato es que esta acepta ser dominada por el hombre.¹⁹ De esta forma, opino que es esencial conocer la perspectiva psicoanalítica para profundizar en la raíz de este tipo de violencia y entender que las consecuencias del conflictivo deseo de dominación masculina tienen su origen en la temprana relación entre el niño y la madre.

En el capítulo anterior he incluido la perspectiva de las relaciones objetales para explicar el proceso de construcción de la masculinidad y el origen de la violencia de género. La maternidad constituye la base de esta teoría, según la cual el cuerpo de la madre supone el primer objeto de satisfacción física y psíquica del infante. Así, Melanie

¹⁹ Esta percepción de profunda raíz cultural ha sido vinculada por Frieze, Hyman y Greenberg al hecho de que las mujeres que han vivido en un ambiente de malos tratos y, posteriormente, los reciben, presentan un alto nivel de autoinculpación (cit. en Soria 70).

Klein establece que la separación de la madre estimula en el niño la relación entre él, como sujeto, y ella, en su condición de objeto. A su vez, Winnicott señala que la objetivización de la madre implica también el desarrollo de la fantasía de su destrucción. Si por una parte el niño llora cuando el objeto original de gratificación (la madre) no satisface sus necesidades, por otra, el adulto introyecta y proyecta en el nuevo objeto de deseo aspectos de la relación temprana que pueden desembocar en situaciones de violencia de género. Por lo tanto, la relación ambivalente de amor y odio hacia la madre permanece en la psique del individuo a lo largo de su vida y cuando este no se siente gratificado por su pareja puede desarrollar sentimientos de agresión hacia ella.

Jessica Benjamin explica que el psicoanálisis feminista y su teoría del dominio masculino parten de la base de que la construcción de la masculinidad o identificación del niño con el padre se alcanza con la separación de la madre omnipotente. El hombre tiene que denigrar o dominar a la mujer para contrarrestar el sentimiento de dependencia y envidia hacia la madre porque es quien posee la capacidad para engendrar y nutrir. El padre “rescata” al niño del poder materno y termina aceptando su autoridad (*Like Subjects*). Las consecuencias de este proceso han supuesto, según Dorothy Dinnerstein, el origen de nuestra enfermedad cultural, apuntando que si los hombres participaran en el rol maternal el sentimiento de envidia, temor y furia no solamente se dirigiría hacia la mujer (*The Mermaid*). Por otra parte, Chodorow señala que la repudiación de la madre en la fase edípica constituye un momento crucial donde se invierten las relaciones de poder que empiezan a encajar dentro de la cultura de hegemonía masculina (“Gender”).

Benjamin presenta una doble perspectiva a las teorías psicoanalíticas del dominio masculino, destacando que la dualidad de la vida psíquica, donde coexiste la fantasía de la omnipotencia materna y también la capacidad de reconocerla como otro sujeto, produce más tensión que contradicción. La ruptura de la tensión entre estos dos modos, fantasía y subjetividad, y no la prevalencia de la fantasía, es lo que impide el reconocimiento de otros sujetos. El conflicto aparece cuando la repudiación de la madre implica la intensificación del temor a la omnipotencia del otro femenino y la necesidad de responder imponiendo la omnipotencia de uno mismo.

La teoría de Benjamin presenta un gran eclecticismo estimulado por la influencia del psicoanálisis relacional. En ella se aúnan la doble perspectiva ofrecida por el pensamiento freudiano y las teorías de las relaciones objetales que considera no excluyentes, regresando a las raíces y reinterpretando muchos conceptos. Su aportación al estudio de la violencia de género radica en la expansión de la visión de Winnicott sobre el hecho de que la mente ve al otro como objeto de identificación y proyección, pero también como sujeto externo independiente. Por ello, Benjamin pone en duda la idea de que los niños necesitan desidentificarse con la madre y discute que esa actitud aparezca más tarde en sentimientos de pérdida y envidia. Para que ello no ocurra es importante que durante el desarrollo temprano el infante reconozca a la madre como sujeto ya que en el segundo año de vida comienza a aparecer la tensión producida por la afirmación del yo y el reconocimiento del otro. Así, surge la primera crisis subjetiva que para Benjamin es una crisis de reconocimiento similar al estado narcisista (omnipotencia y hostilidad hacia lo de afuera) en la teoría freudiana. Por otra parte, la necesidad del niño por ser

reconocido presenta una paradoja; el deseo subjetivo de independencia implica la necesidad de ser reconocido por “el otro”.

Sin embargo, el deseo de destrucción del objeto imaginado es el factor que posibilita la expansión de la relación con el objeto real más allá de la identificación, proyección y otros procesos intrapsíquicos relacionados con el objeto concebido subjetivamente. La destrucción hace posible la transición desde la relación intrapsíquica hacia el uso del objeto real para mantener una relación con el otro, objetivamente percibido como existente fuera del yo, y considerado como una entidad de derecho propio. De esta forma, en el ejercicio de negación del otro imaginado el niño encuentra si ese otro real sobrevive. Si lo hace, entonces entiende que realmente existe fuera de él y no es solo un producto mental.

Esta situación puede explicar el hecho de que muchas mujeres sean continuamente víctimas de violencia de género al no responder, por temor a sus maltratadores, desde el primer momento de la agresión. La negación de la subjetividad femenina por parte del agresor permite que la violencia se dirija hacia lo que es considerado como el objeto externo idealizado. Por lo tanto, el firme rechazo de la mujer al dominio y poder masculinos debe suponer la prueba necesaria para que el maltratador reconozca inevitablemente en ella su subjetividad, lo cual no se traduce necesariamente en el fin de la agresión. De esta forma, como explica Benjamin, la violencia surge de las relaciones de dominio que aparecen cuando no hay reconocimiento mutuo. El otro debe ser reconocido como sujeto para que el yo experimente completamente su propia subjetividad en el otro (*The Bonds*).

2. Factores sociales, económicos y psicológicos en el origen de la violencia de género: hegemonía masculina y otredad

Michael Rutter destaca la importancia de las relaciones extrafamiliares en el proceso de desarrollo psicoemocional y afectivo del individuo como parte esencial del proceso cultural y generación de la violencia. Señala que este aprende a expresar sus sentimientos de amor y odio durante el proceso de crecimiento y desarrollo no solo lejos de la madre, de ambos padres o el resto de la familia, sino también en el momento en que la separación le lleva a entablar nuevas relaciones extrafamiliares. Un ejemplo del pensamiento de Rutter aparece en *La familia de Pascual Duarte*. La novela desarrolla la creencia popular, quizás más acentuada en el entorno rural, de que la masculinidad está directamente relacionada con el nivel de agresividad. Sin embargo, la percepción del protagonista sobre esta conexión cambia debido a sus nuevas experiencias interpersonales en la ciudad, entendiendo que otros individuos pueden ser dominados mediante el discurso sin necesidad de la violencia.

El factor “dominio” constituye el eje a partir del cual se expande el discurso cultural sobre la violencia de género. Desde una perspectiva constructivista, el germen de este tipo de violencia se encuentra en la existencia de un modelo de “masculinidad hegemónica” que ejerce el dominio sobre otros modelos identificados con grupos sociales considerados inferiores. En el caso de la España franquista, dichos grupos estarían constituidos por los “rojos”, los homosexuales y las mujeres.²⁰ Durante este periodo, el Estado y las instituciones se convierten en los catalizadores de la represión política y

²⁰ Los homosexuales fueron considerados por el régimen franquista como individuos antisociales y delincuentes potenciales.

cultural mediante el fomento de la desigualdad y la injusticia social en las relaciones de género. Estas derivan de un pasado colonial caracterizado por la politización del poder religioso, el racismo, el clasismo y la normativización del rol sexual, posibilitando la construcción de modelos antagónicos de masculinidades hegemónicas y subordinadas. Bajo la influencia de la Iglesia en la familia y la educación, se difunde la idea tradicional y arraigada en la cultura patriarcal de que la masculinidad representa el poder, dominio y control del hombre sobre la mujer. Por lo tanto, el concepto de “dominio”, debido a su connotación de temporalidad y supremacía, derivados de la idea de hegemonía masculina, es el que mejor nos acerca al origen del significado de violencia de género.

Lee Bowker establece una estrecha relación entre masculinidad hegemónica y violencia de género, partiendo de la afirmación de que este ideal de masculinidad es una forma de reacción defensiva contra la amenaza de la mujer a dicha hegemonía. Por lo tanto,

By denying women their subjectivity, hegemonic masculinity creates an Other who is dehumanized and easily dominated, thus ensuring the reign of masculinity in its present (hegemonic) form. . . . Crime is then normalized by the ideals of hegemonic masculinity, and she who is most unlike, the most dehumanized, the “Other”, is the easiest target. Regardless of the location –be it political, familial, or corporate– the enactment of hegemonic masculinity can and will result in the subordination and dehumanization of women. (189-90)

Al negarse la subjetividad femenina se crea un “otro” deshumanizado y fácilmente dominado. Cuando la violencia se justifica bajo el ideal de masculinidad hegemónica, la mujer se convierte en un blanco fácil en aquellas situaciones en las que es considerada un objeto con el que ya no se mantienen lazos emocionales o afectivos, despreciándose su significado como persona o sujeto de derecho. La defensa de la masculinidad hegemónica ante la amenaza del “otro” es activamente ejercida mediante el sometimiento y la opresión constante con el fin de mantener un estatus permanente de superioridad.

Clare sitúa el factor social por encima del individual en los casos de violencia de género producidos en las sociedades occidentales, estableciendo una conexión entre clase social y agresión, cuyo nivel o intensidad depende de la relación entre poder, dominio y autocontrol emocional. Observa que en las sociedades modernas, los individuos que pertenecen a una clase social alta son menos propensos al uso de la violencia porque utilizan la ley y las instituciones sociales como medios alternativos que proporcionan los recursos apropiados para solucionar los conflictos. Por el contrario, la mayoría de los delitos violentos son cometidos por varones que pertenecen a una clase social baja, siendo más probable que se produzcan en áreas donde las desigualdades económicas son grandes y claramente visibles, y donde la precariedad laboral o el desempleo provocan tal efecto que en muchos casos conduce a la desintegración de la familia. *Tiempo de silencio* desarrolla algunos de estos aspectos observados por Clare; la conexión entre la represión afectiva o emocional y la situación de pobreza o marginación social generan el caldo de cultivo que provoca la deshumanización de la sociedad y el surgimiento de la violencia de género. Esta aparece en la novela en forma de incesto entre padre e hija con la

consecuencia de un embarazo indeseado que conduce a la muerte de la joven a causa de la terrible práctica abortiva a la que es sometida por su propio padre.

Para Ian Taylor existe una conexión entre delito y crisis de masculinidad “at lower levels of opportunity” (79), por lo que este tipo de violencia se reproduciría de una forma más fácil y rápida en los estratos sociales más bajos, como se observa en las condiciones que ofrece la Extremadura rural de *Pascual Duarte* durante los años veinte y treinta, la Barcelona de *Nada* en los primeros años de la posguerra o el suburbio madrileño de *Tiempo de silencio* en los cuarenta.²¹ No obstante, sería erróneo asociar directamente el delito a las clases sociales más bajas o a los niveles económicos más precarios y no a las causas individuales que impulsan a su comisión, y las consecuencias que de ello se derivan. En cuanto a los casos de violencia de género, sí que podríamos establecer una relación directa con los niveles de oportunidad de la mujer, ya que su total dependencia económica con respecto al hombre es uno de los principales factores que la estimulan.

En las tres novelas mencionadas anteriormente se aprecia cómo la violencia aparece en hogares afectados por la necesidad económica, cuya consecuencia es una dinámica continua de disrupción de la armonía familiar. En *Nada*, es también estimulada

²¹ La pobreza en la Extremadura de *Pascual Duarte* ha sido una constante histórica ligada al problema de la tierra. En 1922, Alfonso XIII viaja a las Hurdes para conocer personalmente las extremas condiciones de vida de los habitantes de esta comarca. La película de Luís Buñuel, *Las Hurdes, tierra sin pan* (1933) contribuye a difundir mundialmente la imagen de una España rural, víctima de la injusticia social. El 25 de marzo de 1936 se produce la ocupación de propiedades rústicas en las provincias extremeñas por parte de los jornaleros que reclaman la ejecución de la prometida reforma agraria. Durante los años de la posguerra, la Barcelona de *Nada* también sufre los efectos de los “años del hambre” que se palián mediante el estraperlo, recurso para adquirir bienes de necesidad en el mercado ilegal. Entre los años cuarenta y sesenta se incrementa el flujo migratorio hacia Madrid y Barcelona, principalmente desde Andalucía y Extremadura. Una de las consecuencias negativas de la inmigración es la proliferación de asentamientos marginales o “chabolistas”. *Tiempo de silencio* y *La calle de las camelias* (1966), de Mercè Rodoreda, recrean dichos entornos en las respectivas ciudades.

por la brusca adaptación de la familia a los nuevos tiempos de la posguerra, lo cual supone una seria amenaza a los principios patriarcales de la empobrecida familia burguesa. La mujer debe asumir un rol protagonista en la esfera pública, restringido durante el franquismo, intentando obtener recursos económicos fuera del hogar compitiendo con el hombre, como intenta hacer Gloria, lo cual provoca el grave conflicto que mantiene con Juan y que afecta al resto de la familia. La actitud de la esposa supone una amenaza para la dinámica del tradicional orden familiar burgués y el modelo de masculinidad hegemónico y dominante, supuestamente ejercido por el marido.

Las situaciones que dan lugar a la pérdida de poder patriarcal son, en conjunto, consecuencia de una crisis de masculinidad que “on one level at least, is a crisis of representation” (Edwards 15). La crisis de representación masculina es percibida por cada individuo de manera singular, dependiendo de la interrelación de muchos factores psicológicos, culturales y contextuales. La violencia surge cuando el hombre presenta una reacción negativa ante el empoderamiento de la mujer. En *Nada* se observan tendencias masculinas agresivas influenciadas, principalmente, por el efecto psicológico negativo que provoca en el hombre el incipiente protagonismo de la mujer debido a su participación social para paliar las necesidades producidas en una época de crisis económica como consecuencia de la guerra.

Roger Horrocks, construye el concepto de *male autism* (autismo masculino) para ofrecer una perspectiva psicoterapéutica que explica cómo los efectos producidos por la crisis de representación masculina estimulan la violencia en el hombre. Esta suele ser ejercida por individuos que demuestran incapacidad para mantener el contacto verbal y

afectivo con las personas de su entorno: “I have found in my work that in fact many men are haunted by feelings of emptiness, impotence and rage. They feel abused, unrecognized by modern society. While manhood offers compensations and prizes, it can also bring with it emotional autism, emptiness and despair” (1). Esta situación se produce cuando el individuo percibe que no está desarrollando el rol social que se espera de él en un entorno altamente masculinizado por lo que no se siente valorado socialmente. Las consecuencias son el aislamiento del resto del grupo y la incapacitación para expresar sus sentimientos y emociones.

Los resultados del trabajo de campo de Horrocks también coinciden con la tesis de Chodorow sobre la consideración de la maternidad como actividad social destinada a la producción de hombres desafectivos. El niño es preparado por la madre para ejercer un rol menos familiar mediante el estímulo de la participación en el trabajo y la vida pública. La consecuencia de la represión emocional aparecería en aquellos individuos que sufren de “autismo masculino” del varón en forma de odio y violencia contra la mujer, cuyo modo de expresión, como señala Clare, depende de “the very way in which we conceptualize ourselves as men and women and the very way we negotiate the difficulties and obstacles of human love and hate” (37). La percepción que cada individuo tiene sobre el rol sexual y su capacidad de expresión emocional determinan el curso de la agresión. En muchos casos, la aparición de factores sociales que contribuyen a agravar los problemas familiares llega a erosionar la salud mental del hombre, quien puede verse abocado al suicidio debido a la falta de apoyo social. En otros, el maltratador suele suicidarse después de haber cometido el asesinato de su esposa o hijos.

Concluyendo con la realidad innegable de que en la inmensa mayoría de los casos de violencia de género el perpetrador suele ser el hombre, conviene recordar que una de las razones radica en el hecho de que la imagen de la masculinidad sigue vinculada a los mitos de la acción, virilidad, machismo, promiscuidad heterosexual y deseo de dominación. Para Miguel Lorente Acosta, una de las principales razones por las que el número de víctimas de violencia de género en España sigue sin disminuir drásticamente se encuentra en la existencia de una sociedad que, además de rendir culto a estos mitos, tiende a minimizar la gravedad de este problema. El maltratador suele ser presentado “como la personificación de todos los males que afectan a la sociedad y a la mujer” (83), especialmente cuando las circunstancias que rodean a la violencia están relacionadas con el desempleo, el consumo de alcohol, o una educación deficitaria sobre las relaciones de género.

3. Masculinidad y violencia de género en la literatura hispánica: desde Homero hasta Pardo Bazán

Según Connell, todas las sociedades tienen en cuenta la existencia del género, pero no todas incluyen el concepto de *masculinidad*. En su uso coloquial y moderno, el término supone que la conducta es el resultado del tipo de persona que uno es. En la cultura popular, el individuo supuestamente menos masculino se comportaría de una forma apacible y tolerante, manteniendo en todo momento un talante conciliador, siendo incapaz de darle una patada a un balón, o mostrándose desinteresado en las conquistas sexuales (67). Por lo tanto, la masculinidad sería una cualidad que se estimula mediante

la acción, el riesgo e, incluso, las conductas agresivas y violentas. Pero, ¿cómo se hereda este modelo de masculinidad?

Julian Pitt-Rivers señala que debido al carácter competitivo y hasta agresivo de su sexualidad, la imagen del varón mediterráneo, considerada como socialmente interesada, disruptiva y emocionalmente aislada, ha sido percibida en algunos de los países latinos de una forma negativa. Así, muchos hombres estarían obligados a ofrecer una imagen viril debido a la creencia popular de que esta cualidad forma parte de su honor y reputación. Además, se piensa que otorga respeto, ofreciendo seguridad y protección a la familia, linaje o pueblo de pertenencia. La masculinidad mediterránea es también entendida mediante la oposición de tareas o facultades tradicionalmente asociadas al hombre y a la mujer. Esta característica ha constituido la base de la literatura occidental: el culto al héroe hipermasculinizado y el desprecio hacia los valores femeninos.

Los antiguos griegos crearon una cultura de culto a la virilidad que se demostraba mediante la acción y el riesgo. Pero el pensamiento y la imaginación también eran consideradas cualidades importantes que, siendo inherentes al hombre, posibilitaban el equilibrio entre cuerpo y mente, traducido en valor y astucia en la guerra. El caso de Ulises es un ejemplo: cuando el heroísmo no es posible mediante la acción o las habilidades militares, el uso de la inteligencia es apropiado mediante los trucos y manipulaciones para conseguir el objetivo.

Para Gilmore, el sentido de la moralidad en la antigüedad está constituido por la relación simbiótica hombre-acción, lo cual es una codificación cultural del impulso de

sublimación de la libido y la agresión (*Manhood* 38).²² La acción sería una forma de expresión masculina y cualidad opuesta a las que históricamente han sido asociadas a la feminidad, como la indolencia, la duda, la rendición o la pasividad. La virilidad en el mundo mediterráneo se mediría mediante un sistema de pruebas diseñado por fuerzas superiores que examinan constantemente la capacidad de superación del individuo, por lo que los hombres mostrarían predilección por los espacios abiertos y por las actividades en la esfera pública asociadas al riesgo. Por lo tanto, el modelo de masculinidad mediterráneo es heredado de la épica homérica, forma la base de la literatura occidental y se construye mediante la asociación entre masculinidad, acción, virilidad y violencia.

La imagen ambivalente de la mujer como provocadora o víctima de las disputas entre hombres ha trascendido los modelos literarios de la épica clásica a la literatura del Siglo de Oro y el realismo decimonónico. Así, por una parte, la causa de la guerra de Troya es la abducción de Helena por culpa de su excesiva belleza; por otra, la mujer es también la que motiva el deseo de los griegos por retornar a su hogar cuando desde el interior del caballo la oyen llorar imitando el llanto de sus esposas. Esta escena les provoca lágrimas de emoción, lo cual es una reacción asociada a la feminidad que en el mundo griego también forma parte de las fuerzas superiores que condicionan el destino del hombre. Desde una perspectiva psicoanalítica, el deseo de Ulises por llegar a casa y reunirse con Penélope, estaría asociado al deseo de regreso al útero materno. De esta forma, la épica homérica proyecta la imagen ambigua del hombre que comparte dos cualidades inseparables: la masculinidad, a la que rinde culto, y la feminidad que infravalora.

²² Gilmore define esta relación como *cultural encoding of impulse sublimation*.

La literatura ha constituido el medio por el cual se han definido los roles de género de acuerdo a la tradición clásica. La violencia sería una forma de reafirmación de la masculinidad, como base de la ideología patriarcal, que reserva a la mujer el papel de esposa y madre, pilar de la familia y la sociedad, y por ello debe ser sumisa y resignada. La literatura hispánica, desde la Edad Media hasta nuestros días, muestra la violencia contra la mujer como un fenómeno cultural inherente a la sociedad hispánica. Julio Hernando establece la tesis de que el *Cantar de Mio Cid* (1195-1207) contiene el primer rechazo a la violencia machista. En el pasaje de la afrenta de Corpes, los infantes de Carrión agreden y abandonan a sus esposas en el campo para vengar un supuesto agravio cometido por el Cid, padre de las mujeres. Para Hernando, la acción cometida por los infantes es considerada como carente de legitimidad en ese momento histórico y no produce el efecto que pretenden, ya que el Cid considera el hecho como una afrenta al rey por lo que, renunciando a su derecho de represalia, permite que este actúe como juez. De esta forma, el incidente es considerado como un atentado contra la sociedad y el concepto privado de venganza es canalizado hacia el ámbito judicial. Estimo que es demasiado arriesgado considerar el contenido de la afrenta de Corpes como el primer rechazo contra la violencia machista en la historia de la literatura hispánica. Más bien, entiendo que el gesto del Cid refuerza la idea de que para la nobleza medieval los lazos masculinos son más importantes que los familiares. La figura de la mujer, portadora de la honra familiar en esta época, es utilizada como elemento que pone a prueba la fidelidad del súbdito ante su rey

Por el contrario, el romancero rinde culto al machismo y al castigo de la mujer por transgredir dos principios fundamentales del patriarcado, el honor y la honra, valores que todavía perviven en la cultura española. Durante la Edad Media, la Virgen representa todas las virtudes a las que debe aspirar la mujer y constituye el paradigma de patrón femenino aceptado en el orden social y familiar. Las cualidades asociadas a este modelo son las de madre protectora, casta y hogareña, opuestas a las del héroe masculino, cuyo discurso está basado en la experiencia acumulada a través de la aventura. El *Romance de Bernal Francés* constituye una auténtica lección moral sobre las consecuencias de la transgresión femenina que conducen finalmente a la ejecución de la mujer. El marido disfrazado pone a prueba la honra de su esposa. Cuando está decidida a perderla, este se da a conocer y la apuñala cruelmente. María Teresa Ruíz estima que este romance, que pudo haber sido compuesto en Andalucía oriental hacia 1487-88, ha llegado a tener hasta 61 versiones modernas en España, Hispanoamérica, Portugal e Italia. Góngora, Calderón de la Barca y Lope de Vega han aludido al romance en algunas de sus obras.

De hecho, en algunas comedias del Siglo de Oro, como *Fuenteovejuna* (1619) de Lope de Vega o *El médico de su honra* (1635), *No hay cosa como callar* (1639) y *La hija del aire* (1653) de Calderón de la Barca, la violencia contra la mujer es también un elemento funcional destinado a la construcción y desarrollo de la trama que gira en torno a la defensa del honor. En la primera de las obras de Calderón, sin duda el mayor escenificador de la violencia en la comedia, el esposo se convierte en la víctima del mal de amor y por eso asesina a su esposa. La responsabilidad del acto criminal recae finalmente en la mujer. En *No hay cosa como callar*, la intriga gira en torno a la violación

de la joven Doña Leonor por parte de Don Juan. Al final, ambos deciden callar el delito por diferentes motivos y terminan casándose; la mujer, por la necesidad de salvaguardar su honor, y el violador, por salvar la vida. *La hija del aire* es una obra de contenido mitológico sobre la historia de Semíramis, reina de Asiria y fundadora de Babilonia, cuyo funesto destino está marcado por el origen de su desgraciado nacimiento, fruto de la violación de la madre por parte de su padre. Esta lo ejecuta pero termina muriendo en el parto.

Para indagar en los primeros signos de rechazo que aparecen en la literatura hispánica contra la violencia de género, es necesario conocer la obra de María de Zayas Sotomayor (1590-1661). Sin entrar de lleno en el debate acerca del discutible realismo en el exceso de violencia de su obra o si, más bien, esta es producto de su aparente fascinación con lo sangriento como una expresión del carácter barroco presente en las artes plásticas, el teatro y la narrativa, la importancia de la obra de Zayas radica en la denuncia de un sistema patriarcal, basado en una concepción misógina del mundo, que provoca la crueldad y la violencia contra la mujer. Patsy Boyer enfatiza el hecho de que, a diferencia de la trama tradicional donde la justicia poética restablece el orden social, la obra de Zayas muestra lo opuesto. El uso de la violencia es una forma de enfatizar que existe un discurso patriarcal destinado a silenciar y controlar a la mujer. Sin embargo, con ello se demuestra que el sistema de honor es falible puesto que, a pesar de su inocencia, esta siempre resulta culpable. Boyer también apunta que Zayas subvierte el discurso masculino del honor porque aunque la mujer es juzgada inocente, nunca encuentra un

final feliz a su situación (69). Con ello demuestra también que lo que importa en la sociedad de su momento es mantener a la mujer subyugada.

Desengaños amorosos (1649) es un conjunto de relatos donde se muestra la situación de indefensión total de la mujer en una sociedad excesivamente patriarcal caracterizada por la institucionalización de la misoginia en la familia, el matrimonio y la casa. El hogar, en vez de constituir un espacio seguro, llega a convertirse en cámara de tortura y cautiverio, donde la violencia sádica que el hombre inflige a la mujer está destinada a satisfacer su narcisismo. El “Desengaño Quinto” constituye un ejemplo de la crueldad del castigo impuesto a la esposa adúltera. Doña Inés es tabicada por su esposo y su hermano Francisco debido a la relación mantenida con Don Diego:

[P]usieron a la pobre y desdichada doña Inés, no dejándole más lugar que cuanto pudiese estar en pie, porque si se quería sentar, no podía, sino como ordinariamente se dice, en cuclillas, y la tabicaron, dejando sólo una ventanilla como medio pliego de papel, por donde respirase y le pudiesen dar una miserable comida, por que no muriese tan presto. (283)²³

La protagonista se queda ciega como resultado de su castigo y termina refugiándose en un convento, lugar que para Zayas constituye el único espacio seguro para la mujer. La narradora resalta la inocencia de Doña Inés y la crueldad del castigo. Para ella no existen ni padres, ni hermanos o maridos de fiar, ya que todos son hombres.

²³ A partir de la edición de Barcelona de 1734, este relato lleva el título de “La inocencia castigada”.

“Desengaño Séptimo” trata sobre el trágico final que sufren cuatro hermanas españolas.²⁴ Tres de ellas se casan con extranjeros y terminan siendo asesinadas por sus maridos. La primera víctima muere porque su esposo quiere simplemente deshacerse de ella. La hermana menor de la esposa, que vive con el matrimonio, temiendo por su vida se arroja por la ventana, rompiéndose las piernas. A otra de las mujeres la ahorca su marido; “con sus propios cabellos, que los tenía muy hermosos, le hizo lazo a la garganta, con que la ahogó, y después mató al niño con un veneno. . . .” (339). La última en casarse también muere desangrada por su suegro y por su esposo. En todos los casos se hace hincapié en la inocencia de todas las mujeres, “pues ni les sirvió la hermosura, la virtud, el entendimiento, la real sangre, ni la inocencia para que no fuesen sacrificadas en las aras de la desgracia” (338). En este relato Zayas enfatiza que el matrimonio no es una opción segura para la mujer sino una trampa. Desde el comienzo se sugiere que esta institución la encarcela, esclaviza y la sitúa en un estado de impotencia contra el dominio masculino.

La consideración de la mujer como “eterna menor” o, incluso como “eterna deficiente mental”, idea que existe en la sociedad hispana del Siglo de Oro, trasciende al contexto político y social del siglo XIX debido a la permanente influencia de la moral católica tradicional. Su destino sigue limitado al matrimonio o el convento. El mito de la mujer como “reina” de la casa se diluye ante la realidad de la sumisión debido a la limitación de sus derechos por un código legal que la considera, prácticamente, como disminuida psíquica. En este escenario aparece un tipo de novela de mujeres para mujeres impulsada por Fernán Caballero (1796-1877) y María del Pilar Sinués de Marco (1835-

²⁴ A partir de la edición de Barcelona de 1734, este relato lleva el título de “Mal presagio casar lejos”.

1893). En ellas se mezclan la vida doméstica, el tono sentimental y el mensaje didáctico. Fernán Caballero reproduce los ideales de género y la imagen de la mujer como “ángel del hogar”, guardiana de la moral y las buenas costumbres, abnegada y obediente, haciendo una enfática defensa de la tradición española, la nobleza y el catolicismo.

Frente a este tipo de novela, la narrativa de Emilia Pardo Bazán (1851-1921), merece especial atención puesto que supone la aproximación feminista más importante hasta el momento en la historia de la literatura española. La violencia física y psicológica contra la mujer se convierte en el principal tema de denuncia en algunas de sus obras donde destruye mitos asociados a la masculinidad y construye la verdadera realidad de la mujer de su tiempo. En las clases más humildes esta no sólo se dedica al cuidado de la casa y la familia, sino también a procurar ingresos económicos mediante el trabajo remunerado fuera del hogar. Estas obras ofrecen un diagnóstico de la sociedad del momento, mostrando la otra cara de la vida hogareña, donde el “mujericidio” o “ginecidio”, como así llegó la autora a describir el asesinato de mujeres, es presentado como el peor síntoma de una sociedad vertebrada por una decadente escala de valores.

Pardo Bazán describe la opresión experimentada por la mujer con una prosa realista y naturalista, construyendo personajes femeninos cruelmente violentados, especialmente si pertenecen a una clase social baja. Su obra reproduce la violencia cotidiana de la que también informó en sus crónicas periodísticas desde 1895 hasta 1916 en *La Ilustración Artística de Barcelona*.²⁵ En muchas de ellas critica con vehemencia la reiteración y la impunidad social de los crímenes:

²⁵ *La Ilustración Artística* es un semanario publicado en Barcelona desde 1881 hasta 1916 donde Pardo Bazán llega a escribir unos 600 artículos en la sección *La vida contemporánea*.

Todo español cree tener sobre la mujer derecho de vida o muerte. Lo mismo da que se trate de su novia, de su amante, de su esposa. Los celos disculpan los más atroces atentados, las venganzas más cruentas; y los que se escandalizan de las barbaridades de la guerra (que al fin tiene un carácter colectivo y de interés general) disculpan esas atrocidades individuales, como si fuese lícito nunca tomarse la justicia por la mano. (“La vida” 302)

Contrariamente al silencio cómplice de la sociedad y las instituciones contra lo que se considera un crimen pasional motivado por el fatalismo al que conduce una simple cuestión de celos, la autora denuncia la complejidad de una trágica realidad de hondas raíces culturales. Esta nace de la opresión que los más poderosos ejercen sobre los más débiles ante la insensibilidad social, incluso banalizando y aceptando como norma las expresiones más brutales de la violencia. Lo que para el varón constituye honra y gloria, para la mujer es deshonor y aberración.

“Piña” (1883), “El indulto” (1883), o “Un destripador de antaño” (1890) proyectan la cara más oscura de la España rural y los códigos culturales del patriarcado, desvelando los entresijos que forman el caldo de cultivo para la violencia contra la mujer.²⁶ En “Piña”, la autora alude por primera vez al maltrato doméstico en su obra literaria. La protagonista del relato es una mona a la que la narradora y su familia, quienes representan el papel de la sociedad, buscan un compañero llamado Coco que resulta ser un déspota maltratador de su compañera. Sin intentar defenderse, esta acepta

²⁶ “Piña” está incluido en *Cuentos nuevos*, “El indulto” en *Cuentos de Marineda* y “Un destripador de antaño” en *Historias y cuentos de Galicia*.

obediente y resignada una situación que la narradora describe sarcásticamente como provocada por “el prestigio de la masculinidad, la tradición de obediencia absurda de la fémima, esclava desde los tiempos prehistóricos. Él quiso tomarla por felpudo, y ella ofreció el espinazo. No hubo ni sombra de protesta” (*Obras completas (novelas y cuentos)* 1416). Finalmente, actuando de forma contraria a como lo hace la sociedad ante este tipo de problemas domésticos, la familia decide separarlos. La mona solitaria se escapa y muere de frío durante la noche que pasa al raso. Los hijos que la entierran quieren llorar pero no pueden. El relato denuncia la indefensión y vulnerabilidad de la mujer ante la violencia del hombre, asumida como derecho natural adquirido en el matrimonio, y la pasividad de la sociedad que actúa como cómplice del crimen. El cuento carece del naturalismo con que la autora describe situaciones similares en relatos sucesivos, mostrando una progresiva radicalización en su denuncia.

“El indulto” es un exponente narrativo de lo que hoy en día podría considerarse como un caso de violencia psicológica de género y una crítica hacia el escaso castigo que, según la autora, reciben los asesinos. El relato reproduce la angustia padecida por Antonia, “la infeliz, casada con un mozo carnicero” (*Obras completas* 1109), al verse indefensa por un sistema legal que la obliga a seguir viviendo con su marido y torturador. Tras ser condenado a veinte años de prisión por la autoría del asesinato de su suegra, y jurarle a su esposa que la mataría por acusarle del terrible crimen, el ex presidiario vuelve al hogar tras ser indultado por uno de aquellos caprichos que las instituciones de la época se permiten sin reparar en las posibles consecuencias: “¡La ley, en vez de protegerla, obligaba a la hija de la víctima a vivir bajo el mismo techo, maritalmente con el asesino!”

(*Obras completas* 1111). En la primera noche que duermen juntos tras su salida de la cárcel, Antonia muere de terror en la misma cama que comparte con su torturador ante la angustiada mirada de su hijo pequeño. Debido a la falta de prevención ante situaciones como esta, Pardo Bazán aboga por la actuación de la justicia para sacudir la indiferencia social mediante la aplicación de castigos ejemplarizantes a los asesinos de mujeres.

Según la teoría del aprendizaje social centrada en el estudio de la relación entre el entorno, la conducta y los atributos cognitivos, la victimización que para la escritora sufre el hijo de Antonia se transforma en muchos casos en aprendizaje del dominio y la agresión. Así, Sandra M. Stith y Sarah C. Farley desarrollan la tesis de que la observación infantil de la violencia conyugal tiene solamente un efecto indirecto en la violencia producida en relaciones posteriores. Sin embargo, tiene un efecto directo en la aprobación de esta por parte del perpetrador (41). Por su parte, Clare señala también que los niños que son testigos de la violencia doméstica sufren desorden de estrés postraumático y un gran porcentaje de ellos termina adquiriendo patrones de conducta agresiva (41). Esta realidad ilustra la denuncia de Pardo Bazán contra las condiciones sociales que incitan a la agresión a la mujer y a la relación directa entre cultura y norma. Otro aspecto destacable para la autora es la relación existente entre la violencia conyugal y el estado de baja autoestima en el hombre violento.

En “Un destripador de antaño” se reproducen los factores sociales y culturales que estimulan la violencia de género en las zonas rurales, dominadas por el atraso cultural y la ignorancia, donde, paradójicamente, los lugareños asocian a la ciudad los mitos de las desapariciones y los terribles crímenes cometidos contra jóvenes mujeres. En este relato

es Minia, la joven huérfana y pastorcilla de aspecto angelical, adoptada por sus tíos tras la muerte de sus padres, la víctima de un terrible asesinato similar a aquellos cometidos por los destripadores de los que se hablan en las aldeas gallegas. Su asesinato está determinado por el escaso valor afectivo que la joven tiene para la familia, debido a su condición de hija adoptiva, y viene precedido por una larga historia de maltrato físico y psicológico ejercido por sus tíos y su primo. Su tía Pepona intenta venderla a un boticario de Santiago de Compostela del que se dice que posee un pozo en la trastienda de su negocio donde mantiene retenida a jóvenes para asesinarlas y sacarles las entrañas de las que fabrica el “hunto de moza” tan infalible para todo tipo de curas. El boticario no da crédito a la propuesta y, temeroso por la vida de la joven ofrecida, decide dirigirse a la aldea para protegerla pero la encuentra en el camino, degollada y sin entrañas. El cuento desarrolla la temática del carácter cíclico de la violencia, arraigada en las zonas más rurales y alejadas de la ciudad, donde la superstición llega a transformarse en barbarie cuando la sociedad pone en práctica algunos de los mitos culturales. La autora también hace partícipe a la Iglesia de la complicidad en la creación de mitos violentos porque considera el asesinato de la mujer como un martirio en el sentido cristiano.

Muchos de los casos de violencia contra la mujer ocurridos en la España actual parecen ser una mimesis de la ficción pardobazaniana, si no fuera por la transformación del escenario donde suelen ocurrir. El progreso y los avances culturales que han posibilitado la modernización de la nación española y las conquistas sociales mediante las políticas de género, no han eliminado, sin embargo, la brutalidad y la crueldad con la que muchas mujeres son asesinadas por sus parejas o exparejas. A diferencia de otras épocas

anteriores, el Estado y las instituciones protegen ahora a la mujer española pero la sociedad sigue manteniendo todavía muchos prejuicios machistas que continúan siendo heredados por las generaciones más jóvenes. A ello ha contribuido la llegada de inmigrantes de muchos lugares donde también existe una cultura que otorga a la mujer un papel social secundario o, en casos extremos, su fe le impone una actitud de plena subordinación a la autoridad patriarcal. Las interpretaciones machistas de la religión suponen una piedra de choque ante los intentos de modernización y avance cultural a favor de la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, que en muchos casos llegan a estimular la violencia de género, como ocurre durante el franquismo, después de que la Iglesia tome el control de la política de género del estado.

La sujeción de la mujer a la autoridad del varón y la consideración de la maternidad como función de carácter social constituyen las premisas que orientan la política de género franquista, impulsada por un modelo referencial de masculinidad hegemónico y autoritario forjado en la guerra, donde las formas de violencia y represión ejercidas por el bando nacional contra la mujer republicana suponen un factor decisivo para el afianzamiento de la mentalidad machista. El origen de esta política se encuentra en la aversión de las fuerzas reaccionarias hacia las reivindicaciones feministas motivadas por el carácter democrático y liberal de la República, las cuales atentan contra la moral tradicional y los preceptos cristianos. La representación literaria de las relaciones de género aparece de manera desigual en el panorama novelístico de este periodo, ya que mientras la novela falangista las idealiza, la narrativa realista de contenido disidente representa con crudeza la realidad de la violencia de género como

consecuencia de la destrucción, la pobreza y la imposición de un nuevo discurso que promueve la desigualdad y la violencia.

III

MASCULINIDAD, FRANQUISMO Y VIOLENCIA DE GÉNERO:

REPRESENTACIÓN LITERARIA DE LA EXPERIENCIA

HISTÓRICA

La guerra, como el dolor, es una gran escuela forjadora de hombres (Pla y Deniel, “Las dos ciudades”)

Cuando Dios quiso sancionar el pecado original, impuso a la mujer un doble castigo: el dolor en su maternidad y la sujeción al varón, que la dominaría” (José María Pemán, “De doce cualidades de la mujer”)

En el primer capítulo establezco que estoy de acuerdo con Connell en que la masculinidad es el resultado de un conflictivo proceso, cuyas nefastas consecuencias provocan la crisis en el orden de género. En el capítulo segundo puntualizo que el contenido de esta tesis parte de la convicción de que la masculinidad es construida culturalmente, dependiendo de las relaciones entre hombres y mujeres en el contexto del franquismo. Además, considero también que las interpretaciones psicoanalíticas sobre su origen y desarrollo constituyen el germen para la elaboración de las teorías constructivistas que explican los procesos de transmisión de la cultura patriarcal. La relación dialéctica entre los individuos y el entorno da lugar a la aparición de diversos modelos de masculinidades hegemónicas y subordinadas, producto de las contradicciones y oposiciones que existen en las relaciones de alianza, dominio y poder. Estas se desarrollan mediante prácticas sociales exclusivas e inclusivas donde también intervienen las políticas de género.

Los trabajos de la Escuela de Frankfurt, a partir de las obras de Erich Fromm y Theodor Adorno, catalogan diferentes tipos de masculinidades, definen las condiciones que las producen y explican su relación con la estructura social, desarrollando el modelo de “masculinidad autoritaria”. Este se construye bajo la influencia de tendencias agresivas, homófobas y misóginas, como principales expresiones de rechazo contra las minorías o grupos humanos más desprotegidos, cuya función social es la defensa del orden patriarcal. Su agresividad característica sería una de las consecuencias producidas por una paternidad rígida y autoritaria: el dominio de la familia por el padre, la represión sexual y la imposición de la moral conservadora.

El orden de género franquista, construido a partir de modelos de masculinidad hegemónicos y autoritarios, es el referente cultural que se pretende transmitir a las generaciones futuras una vez finalizada la guerra, con el objetivo de mantener la moral católica tradicional y la histórica desigualdad en las relaciones de género. Para ello son utilizados modelos normativos referenciales que, según observa Jordi Roca i Girona, “sirven para percibir, explicar y entender la realidad –iluminarla– y para conducir y señalar la actuación –guiarla–, prescribiendo normas y conductas” (46). Roca i Girona utiliza el ejemplo de la instrumentalización del cuerpo femenino durante el franquismo –su capacidad natural para engendrar– con el fin de normativizar la heterosexualidad, reforzar la institución matrimonial, justificar la subordinación de la mujer a la autoridad del hombre y llevar a cabo una agresiva política de natalidad. De forma paralela, el modelo normativo referencial franquista también criminaliza la participación femenina en

el ámbito público, acto considerado como grave amenaza contra el estado patriarcal, con el fin de desposeer a la mujer de los derechos sociales conseguidos durante la República.

Maurice Godelier desarrolla la teoría de las funciones del pensamiento y sus representaciones, observando que los modelos normativos referenciales intentan representar las realidades exteriores o interiores del ser humano, interpretar la naturaleza de una realidad presente en el pensamiento, organizar las relaciones sociales mediante reglas de conducta, y legitimarlas para impedir posibles disidencias. El objetivo es mantener el control del sujeto y alejarlo de otras definiciones inconvenientes o desviadas de la realidad, estableciendo una separación entre lo normal y lo anormal, o entre el “nosotros” y el “ellos”. Esta diferenciación se observa en la sociedad española de la posguerra, donde “ellos” –los republicanos o los “rojos” en la España franquista– constituyen el pasado y “nosotros” – los salvadores de la patria– constituimos el presente y el futuro. En esta “Nueva España”, además de la manipulación de la historia, la censura se convierte en el principal mecanismo de control para evitar el conocimiento de la realidad e impedir el cambio social. Sin embargo, ello no supone un freno a la voluntad disidente de un tipo de literatura que no comulga con la doctrina del régimen e intenta mantener la memoria histórica desde la ficción, frente a la propaganda del discurso literario e historiográfico oficial donde la figura del falangista constituye el modelo ideal de masculinidad.

1. La figura del falangista: modelo normativo referencial de masculinidad

En 1938 se reedita *El muchacho español* (1917), de José María de Salaverría, con la inclusión de páginas dedicadas al enaltecimiento del ejército nacional y la resistencia

del general Moscardó en la defensa del Alcázar. El texto configura una serie de estereotipos épicos de la masculinidad, vinculados al honor y el heroísmo. Otros ejemplos similares aparecen en *La fiel infantería* (1943) de García Serrano y hasta en la aventura literaria de Francisco Franco, publicando *Raza* (1942) bajo el pseudónimo de Jaime Andrade, donde se justifica la enaltecida sublevación y el golpe de estado del ejército contra el gobierno republicano para garantizar la seguridad e integridad de la nación. En este periodo de anormalidad literaria, condicionado por la guerra y el tributo al triunfo franquista, también resurge la novela de caballerías en las que los falangistas se convierten en regeneradores de la sociedad. En *Don Tritonel de España* (1944) de Ángel María Pascual, la Falange se convierte en la nueva caballería andante que “desface los entuertos” de una sociedad mediocre, producto de la burguesía liberal europea.

La primera novela de Gonzalo Torrente Ballester, *Javier Mariño: historia de una conversión* (1943) forma parte de la literatura profranquista a pesar de haber sido retirada al poco tiempo de su publicación por ser considerada por la censura como escasamente patriótica y “excesivamente lasciva” (112). Sin embargo, la obra es todo un compendio de aquellos valores falangistas que deben regir la vida del hombre, como el honor, la rectitud y el heroísmo en la defensa de la patria, sin invitar a los deleites carnales. Javier es un estudiante perteneciente a la burguesía gallega que abandona España antes del inicio del conflicto para establecerse en París. Allí conoce a Magdalena de Hauteville, joven aristócrata de la que se enamora. Antes, Magdalena se había convertido al comunismo debido al fracaso de una relación sentimental. Al ser abandonada por el hombre de quien está enamorada, encuentra en el activismo político la válvula de escape

a su situación, pero Javier, en un alarde de machismo, consigue convencerla de su error y la rescata de las garras del comunismo: “-Perdóname, Magdalena. ¿Quieres quitarte eso [la insignia de la hoz y el martillo] del pecho? Lo hizo enmudeciendo, y se sentó a su lado” (334). La escena nos retrotrae a discursos literarios del pasado donde prevalece la idea de que el carácter de la mujer es voluble por naturaleza, por lo cual debe permanecer subordinada a los principios tradicionales que deben regir la moral femenina, como el recato, la obediencia y el silencio.

La novela presenta un contenido ascético-propagandístico, donde se mezclan la retórica falangista, la liturgia católica y la propaganda fascista. Javier supera el camino de acercamiento a la verdad que comienza en la primera etapa del purgatorio parisino donde debe afrontar situaciones adversas que ponen a prueba su masculinidad y sus ideales. Tras conseguir ver “la luz” de la verdad, gracias a la positiva influencia de Magdalena una vez que comienza a liberarse del dogmatismo bolchevique, decide unirse a la causa rebelde durante la guerra española. Finalmente, termina sus días al lado de ella para quien ahora “es el hombre lo que importa, no el pensamiento” (348). De esta forma, el matrimonio la redime de sus anteriores pecados y la convierte en el ideal de esposa sumisa, “el ángel del hogar”.

En la obra abundan los prejuicios raciales contra los negros y los estereotipos culturales contra los judíos y comunistas. Además, la decadente democracia liberal francesa, dominada por “rojos” y “afeminados”, conduce a la degradación moral de la mujer. A Javier le incomoda el carácter extremadamente liberal de la universidad parisina, debido al cosmopolitismo y al reflejo de los ideales utópicos que

“corrompieron” la ciudad durante el siglo XIX.²⁷ Su percepción de la realidad está influenciada por una propaganda anticomunista que difunde la idea de que los bolcheviques destruyen el concepto de familia, convirtiendo a la mujer en propiedad del estado. Además, el matrimonio comunista tendría como único objetivo la satisfacción del deseo sexual, suponiendo un retroceso a los valores más primitivos. Por lo tanto, en España se hace imprescindible llevar a cabo un nuevo proyecto de regeneración masculina, erradicando todo residuo de educación marxista que solo conduce a la barbarie humana.

Para ello, los modelos referenciales de masculinidades hegemónicas utilizados por el franquismo se construyen a partir de ciertos mitos, símbolos y estereotipos culturales, lo cual constituye una de las principales características de los estados totalitarios y fascistas. Desde una perspectiva semiótica, el discurso de género franquista estaría definido por la supremacía que otorga la simbología de la imagen del falo, o los testículos en la jerga castrense, frente a todo lo que es considerado femenino, feminizado o afeminado. La idea de oposición de significados sigue la fórmula de la lingüística estructural, donde los elementos discursivos son definidos por las diferencias de cada uno dentro de la estructura del lenguaje.

El sistema educativo franquista utiliza la mitología de la guerra como instrumento de consenso e integración social para construir la base de su ideología, contando, además, con la “bendición” de la jerarquía eclesiástica. La carta pastoral del obispo Plá y Deniel, titulada *Las dos ciudades* (1936), es una demostración de apología de la violencia

²⁷ La Comuna de París es la primera experiencia histórica de un proyecto político popular proletario que gobierna esta ciudad desde el 18 de marzo al 28 de mayo de 1871. Para algunos autores esta forma de gobierno se asemeja al anarquismo o al comunismo.

mediante la exaltación de la guerra porque sirve como escuela de hombres donde se supera el carácter afeminado con la ayuda del coraje, el heroísmo y la camaradería, valores que definen la identidad masculina (cit. en Montero Moreno 701-02). Mary Vincent señala que las condiciones que dan lugar a la guerra española se desarrollan en una etapa de entreguerras mundiales, periodo donde aumenta la inseguridad y la falta de autoestima masculina. Esta situación provoca una exageración de la masculinidad en forma de oposición o rechazo a los “otros”; mujeres, minorías o “desviados”, lo cual contribuye a fomentar las actitudes violentas. Vincent añade, además, que en la España franquista, la figura femenina constituye el eje del proyecto fascista de regeneración masculina ya que la mujer no sólo representa la salud moral de la nación, sino que también simboliza la degeneración de una República que ha conducido a la feminización del espíritu nacional y la clase trabajadora. Por lo tanto, el nuevo hombre debe ser el agente reformador de la sociedad y para esta tarea debe aprender a reprimir sus sentimientos y emociones, controlar sus instintos y pasiones, y guiar sus actos mediante la voluntad y la razón.

2. Regeneración masculina y familia autoritaria: el discurso oficial de la desigualdad en las relaciones de género

Para Willem Reich, uno de los éxitos del fascismo se encuentra en la represión de la sexualidad infantil, la cual produce ansiedad y rebeldía en la edad adulta. Acuña el término “familia autoritaria” para definir a la principal institución que se encarga de reproducir la cultura patriarcal y el ámbito donde se desarrollan los valores que establecen las diferencias entre las clases sociales. Desde una perspectiva psicoanalítica,

Reich señala que “the authoritarian familial tie presupposes the inhibition of sensuous sexuality” (136). De esta forma, el patriarcado promueve la inhibición sexual y el sentimiento de culpabilidad, los cuales forman la base de las manifestaciones patológicas que se originan más tarde en la vida sexual adulta. Sin embargo, aunque la familia autoritaria es la primera célula de la sociedad fascista, no es la que únicamente sustenta la base del estado autoritario:

[F]rom the standpoint of social development, the family cannot be considered the basis of the authoritarian state, only as one of the most important institutions which support it. It is, however, its central *reactionary germ cell*, the most important place of reproduction of the reactionary and conservative individual. Being itself caused by the authoritarian system, the family becomes the most important institution for its conservation. (Reich 115)

El estado autoritario se sostiene, por tanto, gracias a la naturaleza conservadora de la familia, principio de la cultura y la civilización occidental, contribuyendo a la reproducción de las mismas tendencias en el ámbito social a través de la relación simbiótica que mantiene con el estado. Esta dependencia mutua desemboca en una relación patológica que provoca la exaltación del sentimiento nacional entendido desde una perspectiva psicoanalítica como la sublimación antisexual de la dependencia al lazo maternal. La instauración de la familia numerosa es necesaria para la preservación de la familia autoritaria, lo cual es también una forma de reprimir el deseo carnal en la mujer mediante el matrimonio ya que el placer sexual la degrada a la condición de prostituta.

Sobre este aspecto, Reich señala que “sexually awakened women, affirmed and recognized as such, would mean the complete collapse of the authoritarian ideology” (105). Por lo tanto, la mujer está destinada únicamente a la procreación y el sustento económico debe recaer en el salario del esposo y cabeza de familia.

El éxito del estado fascista radica en la capacidad de influencia que el pensamiento místico tiene para apelar al sentimiento irracional de las masas mediante la implantación de un sistema educativo altamente adoctrinador. Ello explica la facilidad que el estado encuentra para justificar la aplicación de políticas de “higiene o limpieza social” con el fin de preservar la pureza de la raza y defender la seguridad de la nación contra enemigos imaginarios. En la Alemania nazi, la limpieza social consiste en la eliminación de los judíos, comunistas, gitanos y homosexuales; en el sistema educativo se recurre a los mitos de la historia germánica para inculcar el sentimiento de pertenencia a la nación basado en razones étnicas. En España son perseguidos los rojos y los homosexuales, y en la escuela se utilizan los mitos medievales o la literatura del Siglo de Oro para fomentar un sentimiento nacional basado en la virilidad, la valentía, el honor y la honra.

Aurora Morcillo estima que en el nuevo estado franquista las virtudes masculinas fundamentales se asientan en la fusión de la espiritualidad católica y la devoción nacional, “thus, a true Spanish man aspired to be half monk, half soldier, always ready to serve the fatherland. The idea of masculinity implied at all times a public, aggressive attitude, in great contrast with the female virtues of true Catholic womanhood” (94). Las figuras de Francisco Franco y José Antonio Primo de Rivera constituyen los dos

principales modelos referenciales de masculinidad hegemónica utilizados en el Ejército, la escuela, las organizaciones juveniles y los clubes sociales donde se inculcan aquellos valores vinculados a la exaltación de la virilidad y la ruptura emocional con el vínculo materno para eliminar cualquier residuo de feminidad. Estos valores son trasladados al contexto familiar, considerado por el franquismo como núcleo primario de reproducción del patriarcado, donde se impone la moral conservadora, el respeto a la autoridad del padre y la represión sexual.

Además, la ideología carlista, caracterizada también por el culto a la autoridad patriarcal y el respeto a las tradiciones familiares, contribuye a la implantación del modelo familiar franquista durante los primeros años del régimen. El carlismo se expande en España mediante la participación de los requetés en la guerra y es bien acogido entre muchos españoles que desconocen o han tenido muy poca relación con este movimiento tradicionalista que comparte con el fascismo el concepto de familia como pilar fundamental donde se asienta una sociedad regulada por la influencia de las relaciones familiares verticales.

Las corrientes eugenésicas y las teorías acerca de la pureza de la raza también influyen en la construcción del nuevo ideal de masculinidad en la “Nueva España”. Durante los años cuarenta se impone el culto al fortalecimiento de la mente y el cuerpo masculino, mediante el estímulo de la disciplina militar y el ejercicio físico, lo cual es divulgado a través de los manuales de comportamiento, los reglamentos de las organizaciones juveniles, las pastorales o los discursos del mismo caudillo. De esta forma, la prosa falangista, con su carácter romántico y tono militar, aparece en este

contexto como instrumento literario-propagandístico, proyectando un modelo referencial de identidad masculina.

Giuliana Di Febo destaca que los arquetipos masculinos falangistas son “caracteres permanentes [con] predisposiciones innatas, espíritu de independencia y de dominio, sentido práctico y tendencia al análisis” (36). Así, el comportamiento público del protagonista de la novela falangista está condicionado por su sentido del honor y caballerosidad. En el hogar, aparece como jefe y protector, incapacitado para mostrar sus sentimientos o cualquier síntoma de debilidad. Esta imagen es diametralmente opuesta a la ofrecida por la narrativa realista de contenido disidente donde las relaciones familiares y sociales están condicionadas por la crisis en el orden de género como consecuencia de la imposibilidad del hombre para imponer su plena autoridad. De esta forma, la agresiva reacción provocada por la falta de autoestima masculina, influenciada por un sentimiento de pérdida de dominio, control y poder sobre la mujer, constituye uno de los principales factores que da origen a la violencia de género. Además, la destrucción del sistema jurídico republicano tras la guerra deja a la mujer en una situación de desprotección legal y contribuye a la proliferación de este tipo de violencia.

3. La mujer española antes de la Segunda República: el deseo de emancipación

frente a la realidad de la sujeción

Una de las principales diferencias existentes entre España y el resto de los países desarrollados de Europa y América radica en la tardía aparición de un movimiento feminista organizado. Las causas se encuentran en la histórica resistencia española a las ideas ilustradas, la escasa y desigual industrialización del territorio nacional y la

oposición de la Iglesia a cualquier movimiento que supusiera una amenaza para la familia y el orden social. Los movimientos femeninos de emancipación social –1865-1875 y 1931-1939 – han sido contrarrestados por largos periodos de antirreformismo: Restauración de la monarquía borbónica desde 1874 a 1931 y dictadura franquista desde 1939 a 1975.

A finales del siglo XIX, además de Pardo Bazán, otras mujeres como Concepción Arenal y Carmen de Burgos denuncian la desprotección legal de la mujer y su escasa participación social, encontrando no sólo la tradicional resistencia de la Iglesia, sino la de los intelectuales liberales o los líderes de los movimientos obreros.²⁸ En 1891, la anarquista Teresa Claramunt intenta sin éxito impulsar un sindicato femenino en Barcelona, pero en 1896 consigue organizar en Cataluña la Sociedad Autónoma de Mujeres.

Dentro de la postura minoritaria de algunos hombres a favor del acceso de la mujer a la instrucción y el trabajo fuera del hogar, destaca la de Alejandro San Martín, quien sostiene que ellas necesitan insertarse plenamente en el mundo laboral, fuera del hogar e, incluso, deben elegir libremente sobre el matrimonio y la maternidad como una opción y no asumirla como obligación.²⁹ *Mariona Rebull* (1944) de Ignasi Agustí desarrolla el tema de la falacia del amor en el matrimonio del siglo XIX y las desgraciadas consecuencias que se pueden producir cuando no existe. La institución

²⁸ El compromiso de Pardo Bazán (1851-1921) con la causa feminista queda establecido en el segundo capítulo. Concepción Arenal (1820-1893), pensadora del catolicismo social y considerada como la primera feminista española, aboga por la instrucción de la mujer y su participación en el mundo laboral. Carmen de Burgos (1867-1932) partidaria de la instauración de la república durante la monarquía de Alfonso XIII, se destaca por su defensa de la libertad y reclama un papel cultural activo de la mujer en la sociedad.

²⁹ Alejandro San Martín y Satrústegui (1847-1908), fue miembro del partido liberal, senador en 1898 y ministro de Bellas Artes e Instrucción Pública en 1906 bajo el gobierno presidido por Segismundo Moret.

matrimonial es utilizada, más bien, como vehículo de acceso al poder y prestigio social, instrumento para la represión de la mujer y perpetuación de las clases sociales dominantes.

El comienzo del siglo XX se caracteriza por el protagonismo del movimiento obrero en el panorama político español y la aparición de un modelo de mujer socialista a la que Benito Pérez Galdós ya había descrito como “excrecencia informe” y “aberración”:

Es cierto que hace poco ha aparecido una excrecencia informe, una aberración que se llama la mujer socialista; y puede ser que las fuerzas generadoras de la naturaleza hayan lanzado al mundo en este esbozo un tipo de la filosofante que ha de venir, cuando Dios se fuere servido de fustigar con nuevos azotes éste tan apaleado linaje al que pertenecemos.
(“La mujer” 122)

Para Gloria Espigado Tocino, el comentario misógino galdosiano podría haber sido inspirado por la maestra Guillermina Rojas, quien se traslada a Madrid para participar en mítines obreros en un momento histórico en el que las relaciones de género comienzan a debatirse dentro de las organizaciones socialistas y libertarias.³⁰ El anarquismo español

³⁰ Guillermina Rojas y Orgis, maestra durante dos años en una escuela pública de Cádiz, renuncia a su profesión al considerar imposible armonizar sus ideales educativos con la enseñanza que se imparte en las escuelas. Se traslada a Madrid donde forma parte activa del movimiento obrero, a través de una de las secciones que componen la Internacional en Madrid, llegando a ser Secretaria del Consejo Local de la Federación Madrileña. Es responsable de la organización de un club republicano femenino y abre un centro para la educación de la mujer. Colabora con la prensa anarquista, siendo duramente criticada desde la prensa conservadora. Su artículo “La familia”, publicado en *La Emancipación* en 1871, donde expone sus ideas sobre el concepto de familia, la relación de pareja y la emancipación social de la mujer, provoca un gran escándalo (cit. en Rodríguez Sánchez).

comienza a mostrarse como movimiento sensible hacia la situación de subordinación y explotación social de la mujer, definiendo propuestas emancipadoras. Sin embargo, el pensamiento ácrata también está influenciado por la corriente biologicista y se resiste a la variación en el reparto de roles asignados tradicionalmente a hombres y mujeres dentro del espacio público y privado, con peores consecuencias para las que pertenecen a las clases trabajadoras.

Esta situación es denunciada por el líder anarquista José Prat en su discurso “A las mujeres” (1903) leído en el Centro Obrero de Barcelona. En él admite la subyugación que sufren tanto las mujeres de clase alta como las que pertenecen a la clase obrera. Sin embargo, la diferencia estriba en que mientras las primeras la sufren en el ámbito doméstico, las trabajadoras también padecen las consecuencias de la violencia doméstica, la pobreza y la explotación laboral. De la mujer de clase alta, dice que es

objeto de lujo con derechos muy restringidos. . . . Se le enseña el arte de cautivar al macho, . . . Queda preferentemente relegada al hogar, a hacer visitas, a ir de compras, y a soportar todas las impertinencias de padres, hermanos y maridos mal educados y mal humorados. . . . Si se dedica a religiosa, la comunidad le arrebatará los bienes y los curas la virginidad. . . . Buscará en un matrimonio ventajoso, . . . el modo de escapar a las estrecheces del hogar paterno, huyendo de una esclavitud para caer en otra”. (cit. en Nash, *Mujer* 79-82)

Por otra parte, la institución matrimonial, la explotación laboral en el taller o la fábrica, y la maternidad constituyen para él las tres ataduras a las que se enfrenta la mujer obrera.

Desde la infancia es instruida en las labores domésticas y “las estrecheces económicas del hogar obligan a sus padres, . . . [a] colocarla en estos presidios que tienen por nombre fábricas y talleres”. Además, en la casa son víctimas de “padres borrachos” y en el matrimonio correrá el mismo riesgo y “los dolores de la maternidad no respetada” (cit. en Nash, *Mujer* 82). En definitiva, Prat considera que el hombre ve a la mujer como un ser inferior, incapacitado legalmente y limitado intelectualmente, sobre el que ejerce el poder, dominio y control como si fuera un objeto de pertenencia responsable de la honra familiar.

El pensamiento del líder anarquista constituye una excepción en el discurso masculino de comienzos de siglo, insensible hacia el protagonismo social que la mujer comienza a adquirir debido a su incorporación a la fuerza laboral a medida que se acelera el proceso de industrialización en el país. Sin embargo, durante los últimos años de la monarquía de Alfonso XIII, la dictadura de Primo de Rivera (1923-30) comienza a mostrar un interés paternalista por sus derechos. Durante este periodo, a la mujer se le facilita el acceso al trabajo, la universidad y los gobiernos municipales. A nivel local, se otorga el derecho de voto restringido a las que son cabeza de familia, nombrándose a algunas para la Asamblea Consultiva. Voces representativas del discurso nacionalista militar de esta etapa, como la del “apóstol de la patria” Eduardo Escartín y Lartiga, critican el feminismo “anárquico”, declarando que el hombre y la mujer, por una cuestión de su naturaleza, no pueden obrar de la misma manera. Así, el ideal de mujer correspondería al modelo aristocrático-burgués, como el representado por Mariona Rebull, ya que el valor del hombre es activo y el de la mujer, pasivo,

por eso halla su más amplia manifestación en su heroica resistencia a toda clase de sufrimientos físicos y morales. El sufrimiento es el que valúa el temple de alma, la superioridad de la mujer. . . ¡El sufrimiento, sí; ese dolor que ella sabe siempre santificar, dulcificándolo constantemente con los bálsamos confortadores de la resignación y del amor! . . . El primero es excepcionalmente apto para la vida pública. . . ; la segunda es, por esencia, *el ángel del hogar*. (cit. en Nash, *Mujer* 64)

El pensamiento de Escartín se caracteriza por la convicción de que la pasividad femenina es la cualidad natural que justifica la subyugación social de la mujer. El contenido tan idealista como paradójico de este discurso, mezcla de heroísmo masculino y victimismo femenino, es un ejemplo de la incorporación de los valores militares y católicos a la vida civil y al ámbito de la mujer. Para entender su significado hay que tener en cuenta que durante la dictadura primoriverista, el ejército, institución de naturaleza masculina, es el vehículo de socialización de masas, y que en la Iglesia se acrecienta la inquietud ante los cambios políticos y sociales que se avecinan.

En este escenario, la jerarquía eclesiástica inicia una activa campaña reivindicando la importancia de preservar la moral cristiana mediante la creación de Acción Católica de la Mujer, organización dirigida por mujeres pertenecientes a la aristocracia y la alta burguesía. La prensa conservadora y los boletines oficiales de los arzobispados son utilizados para la difusión de consejos y normas con el fin de mantener “las buenas costumbres”. De esta forma, la Iglesia pone de manifiesto la necesidad de un estado donde pueda contribuir a la formación de buenos ciudadanos, haciendo hincapié

en la importancia de reforzar la institución del matrimonio y la familia como punto de partida de la educación cristiana. Esta debe continuar en un modelo de escuela segregada donde se repriman los impulsos lascivos y se refuerce el espíritu religioso. Además, las expresiones artísticas y culturales del país son también foco de la crítica clerical. Así, las fiestas como el carnaval son condenadas por ser meras expresiones de diversión informal donde se exaltan los actos licenciosos o inmorales; la prensa liberal es vista como medio que inspira el espíritu antirreligioso; y sobre el teatro, se estima que deriva cada vez más en un espectáculo indecoroso de la ligereza en el vestir de las mujeres, alentando la concupiscencia de la carne.

En el polo opuesto a este discurso existen voces femeninas que critican la situación social de la mujer y reclaman un cambio legislativo que les otorgue derechos sociales. El contenido de este mensaje presenta diferentes e importantes matices como consecuencia de un concepto de feminidad derivado de la ideología política y/o pertenencia a una clase social determinada. Así, Carmen Karr de Lasarte, reconocida como una de las primeras feministas de su tiempo, lucha contra la injusticia de las leyes hechas por los hombres, las cuales marginan a la mujer, obligándola a vivir en reclusión detrás de las “murallas” del hogar. La intención de Karr es la de romper con una tradición patriarcal anacrónica que la obliga a tener que decidir entre el matrimonio y esa especie de “solución final” que significa el convento. Aboga por la necesidad del ejercicio de una profesión y la igualdad de derechos sociales como punto de partida para conseguir su emancipación. Propone también la misión social como opción alternativa al convento para las más de 600 000 solteras o “sobrante femenino” (cit. en Nash, *Mujer* 97). Pero

¿cuántas de estas mujeres se encuentran en la situación económica adecuada que les permita invertir su tiempo en misiones sociales, en un país donde todavía existe el hambre, la extrema pobreza y el paludismo, como sucede en la comarca extremeña de Las Hurdes?

El tono moderado utilizado por Karr contrasta con la radicalidad discursiva de Margarita Nelken. La escritora y parlamentaria socialista durante la República, critica duramente el sistema jurídico español y las instituciones de beneficencia, las cuales desamparan a la mujer y la dejan a merced de la única opción o salida, la prostitución, la peor lacra social que azota a las españolas, especialmente a las de las clases más humildes. El problema para ellas se agrava al no considerar la ley como legítimos a los hijos fuera del matrimonio. Nelken también denuncia la corrupción de un sistema que permite la existencia de casas de prostitución de menores gracias a la involucración de la policía. El Patronato para la Represión de la Trata de Blancas, asociación benéfica a la que Nelken achaca la mayoría de los males de la prostitución, es disuelto durante los primeros años de la República, siendo sustituido por el Patronato de Protección a la Mujer.³¹ La novela *Lola, espejo oscuro* (1950) de Darío Fernández Flórez, parodia el carácter dualista –señora y prostituta– y maniqueo –Virgen María y María Magdalena– que tradicionalmente se le ha asignado a la mujer. Para ello construye un personaje femenino, narrador y protagonista de la obra, que representa dicha dicotomía.

El hospicio es el punto de partida de la dura vida de Lola desde la década de los veinte a los cuarenta, caracterizada por la pobreza, cuya consecuencia es la elección de su

³¹ El Patronato para la Represión de la Trata de Blancas se disuelve el 1 de junio de 1931 y el Patronato de Protección a la Mujer se crea el 11 de septiembre del mismo año, siendo miembros Clara Campoamor, Matilde Huici, Victoria Kent, María Lejárraga y Ascensión de Madariaga.

carrera como prostituta de alto copete. Hasta 1956, el burdel es considerado en España como lugar muy importante para la vida sexual del hombre, lo que en la práctica no parece suponer una contradicción con la doctrina católica y franquista de restauración de la moral. Solamente un censor, cargo que ocupa el autor de la novela en el Servicio Nacional de Propaganda durante la dictadura, puede hacer posible que una obra de contenido escandaloso, aunque exitoso entre los lectores, pueda ser publicada sin recortes. Fernández Flórez desoye las voces que claman contra el peligro que supone el texto para los valores morales que sustentan al régimen. Aunque el escritor es falangista, el hecho de que elija a un personaje femenino de carácter picaresco –por su baja condición, astucia, ingenio y mal vivir– como narradora y protagonista con capacidad para ejercer la crítica social, indica que dentro del aparato represor del estado existen sectores sensibilizados por la situación social de las mujeres españolas que utilizan medios alternativos a los oficiales para expresar dichas inquietudes.

La novela recoge las memorias de Dolores Vélez, cuya degradada existencia sirve también como pretexto para describir, con un estilo desenfadado, los vicios y corruptelas de las clases acomodadas afines al régimen. Las condiciones sociales y políticas de la España de la posguerra no son totalmente eclipsadas por la visión unilateral de la voz narrativa, cuyo énfasis se centra en la vida personal de la protagonista, marcada por el apego a lo material. Lola se convierte en prostituta en un contexto histórico cuyo acontecimiento más importante, la guerra, es minimizado por la misma protagonista, más interesada en reflejar sus experiencias personales desde el comienzo de una vida condicionada por la orfandad y la pobreza hasta que llega a convertirse en prostituta de

lujo con modales de señora de alta alcurnia. La obra lleva implícito un discurso crítico de género contra el cinismo de la moral franquista que, por una parte, sacraliza la institución del matrimonio –entendido como destino natural y refugio moral de la mujer– y, por otra, permite el ejercicio de la prostitución. Esta actividad está considerada como medio destinado a la satisfacción de una necesidad social masculina, aunque realmente es ejercida por muchas mujeres como recurso alternativo para aliviar su pobreza.

Juan, novio de Lola, mostrando una absoluta falta de sensibilidad, resalta las retribuciones sociales y económicas producidas por la prostitución, en oposición a las insatisfacciones que recibe la mujer casada: “todo ese ambiente dramático que se ha creado en torno a la mala vida es literatura, cuentos para adolescentes. Las que viven mal son las honradas madres de familia, ¿sabes? De manera que a mí no me vengas con tonterías” (270). Sus palabras forman parte del discurso cínico y machista arraigado en la cultura española y retomado durante el franquismo. Detrás del dinero fácil existe la violencia masculina, el problema de la adicción a las drogas o el riesgo permanente de contraer enfermedades venéreas. En realidad, Lola vive atrapada en un mundo del que no puede escapar aun teniendo oportunidades para hacerlo, pues amantes honestos no le faltan en su vida, como es el caso de Juan, quien le recuerda a Darío las palabras de Jehová en boca del profeta Oseas para explicarle como era: “La despojaré y, desnuda, la tornaré como el día en que nació; y la convertiré en un desierto, en tierra seca, y la mataré de sed. Cercaré su camino con espinas y alzaré un seto para que no pueda hallar sus senderos” (329). El pasaje bíblico constituye la tesis de la novela sobre la situación de la mujer española durante el primer franquismo (1939-1959). Su única alternativa a la

prostitución es el matrimonio, prisión espiritual donde purgar los pecados cometidos durante la República: la transgresión del espacio público y la moral cristiana.

4. La mujer española y la Segunda República: la transformación del objeto legal en sujeto social

La situación social de la mujer es uno de los principales temas de debate durante la etapa republicana. La tutela a la que sigue sometida desde la redacción del código civil de 1889 es objeto de denuncia: la justicia la trata de una manera equiparable a la de una discapacitada o una menor. La ley no es más que un reflejo de la sociedad del momento, por lo que la desigualdad jurídica de género no es sino la forma de “hacer de las costumbres leyes”, como reza el dicho popular. Por esta razón, la socialista María Cambrils centra su crítica en la institución matrimonial ya que considera que en ella la mujer es definitivamente despojada de sus escasos derechos legales y de su condición de ciudadana. Por lo tanto, acepta como salida menos perjudicial, el compromiso de mantener una relación monógama estable, pero sin vínculos legales o eclesiásticos.

La Constitución de 1931 supone un avance en las políticas progresistas impulsadas por el gobierno republicano del primer bienio. En su artículo 43 establece la igualdad de derechos de ambos cónyuges en el matrimonio, permitiendo su disolución de acuerdo a una causa justa, así como la obligación de mantener a los hijos habidos dentro y fuera de él. Este artículo determina la sanción de nuevas leyes y la reforma y supresión de otras con el objetivo de crear un espacio jurídico más igualitario. En 1932 se aprueba la Ley de Divorcio y se reforma la Ley de Matrimonio Civil.³² El delito de adulterio en la

³² Ley de 2 de marzo de 1932 y Ley de Matrimonio Civil de 28 de junio de 1932.

mujer es suprimido del Código Penal el 27 de octubre de 1932.³³ Las oportunidades laborales de las mujeres se amplían en la medida en que acceden a puestos de trabajo tradicionalmente ocupados por hombres, como notarías, registros de la propiedad, secretarías municipales o procuradorías en los tribunales, así como en los cuerpos femeninos de Correos, Ejército y Prisiones. Mujeres como Federica Montseny –ministra de Sanidad y Asistencia Social– o Victoria Kent –directora de Prisiones– ocupan algunos de los cargos que hasta entonces eran ejercidos exclusivamente por hombres.

Aun así, a pesar de todos estos avances en la igualdad de derechos, la mujer sigue dependiendo del consentimiento del marido para acceder a un empleo, aunque con la aprobación de la Ley sobre la Capacidad Jurídica de la Mujer y los Cónyuges, se suprime la licencia marital.³⁴ Finalmente, en plena guerra civil, se despenaliza la práctica del aborto, siendo ministra de sanidad Federica Montseny bajo el gobierno de Largo Caballero. No obstante, a pesar de estas conquistas sociales y legales, Clara Campoamor encuentra una España olvidada en sus viajes a las zonas rurales más aisladas, dominadas por el machismo y la pobreza, donde la mujer vive, principalmente, de la agricultura y del jornal del trabajo. En estas zonas, impermeables al discurso republicano de igualdad de género, la mujer sigue siendo considerada un objeto de interés social y la lucha por el cambio supone el enfrentamiento a las reacciones producidas como consecuencia de la transgresión del orden rural patriarcal.

³³ El Código Penal de 1932 suprime el delito de adulterio, no reconociendo desde ese momento el derecho del marido a matar a los adúlteros, ni el del padre de matar a su hija y al corruptor.

³⁴ Ley de 13 de junio de 1934.

En Andalucía y Cataluña adquiere gran importancia el radicalismo revolucionario anarquista que considera a todos los individuos en igualdad de condiciones y les otorga los mismos derechos y deberes. La propaganda libertaria trata de concienciar al hombre sobre estos principios con el objetivo de que abandone sus prejuicios e ideas tradicionales sobre la mujer. Los socialistas también defienden la igualdad legal de los dos sexos y denuncian el oportunismo político de la Iglesia por su campaña de proselitismo entre los obreros y las amas de casa, recordándoles que esta institución se caracteriza por su inherente misoginia. En el polo opuesto, las organizaciones políticas conservadoras, especialmente las de extrema derecha, junto con la colaboración de la jerarquía eclesiástica, mantienen y defienden planteamientos diferentes para la mujer porque entienden que debe ser protegida y sostenida económicamente por el varón. Además, la Iglesia critica duramente al feminismo porque sus planteamientos conducirían a la deformación y masculinización de la mujer, incitándola también a abandonar su misión familiar por la participación en la vida pública.

A pesar de la resistencia de los sectores reaccionarios, el activismo sindical femenino llega a ser muy importante en España desde la segunda década del siglo XX, alcanzando su cénit en la etapa republicana donde la afiliación a la UGT es de 40 000 mujeres frente a las 30 000 que forman parte de los sindicatos católicos (Espigado Tocino 48). Paradójicamente, el poco interés mostrado por los partidos y sindicatos de la República hacia la mayoría de las reivindicaciones de la mujer da lugar a un importante asociacionismo femenino en las organizaciones de izquierda que es fuertemente contrarrestado por las de derecha. Así, dentro de las asociaciones de mujeres más

importantes nacidas durante este periodo destacan: la Agrupación Unión Republicana Femenina, fundada en 1931 por Clara Campoamor; la Asociación Femenina Católica, creada en el mismo año; la organización Mujeres Antifascistas, fundada por el PCE en 1933; la Sección Femenina de FET JONS, fundada en 1934; y, finalmente, la agrupación anarcofeminista Mujeres Libres, nacida en la primavera de 1936.

La gran importancia de esta última, como señala Gloria Espigado Tocino, radica en su significado como “colectivo que se va a expresar en defensa de los derechos de género posiblemente como ninguna otra organización femenina del momento llegaría a hacerlo” (71). Mujeres Libres es fundada por Lucía Sánchez Saornil, Amparo Poch y Gascón, y Mercedes Comaposada en la primavera de 1936 como consecuencia del desacuerdo con las resoluciones del II Congreso Extraordinario de la CNT y del Congreso Confederal de Zaragoza que se celebran durante el mismo año. En el primer evento solo se habla de imponer un salario mínimo y se desestima el debate sobre la igualdad de los sexos y los derechos políticos y jurídicos de las mujeres. En el Congreso de Zaragoza, donde se impone la ortodoxia marxista, no se avanza en la cuestión femenina; por una parte, se considera la emancipación de la mujer como el fruto de la instalación de la sociedad revolucionaria, pero, por otra, se la considera culpable del paro.

En la Conferencia de Valencia de agosto de 1937 Mujeres Libres queda configurada como organización nacional, dotándose de estatutos y llegando a constituir 170 agrupaciones con unas 20 000 afiliadas, sobresaliendo la participación de las catalanas. Sin embargo, no llega a tener el reconocimiento del resto de sus compañeros. De hecho, el Pleno Regional de 1938, ya con la guerra muy avanzada, no reconoce sus

propuestas para que la organización sea considerada como una rama independiente del anarquismo hispano, a la altura de CNT, FAI o JJLL.³⁵

La idea de crear una organización femenina surge de la opinión de sus fundadoras de que la revolución no puede triunfar si los hombres y mujeres no luchan juntos, aunque ellas deben estar organizadas para combatir por sus propios derechos. Temen ser asociadas al tipo de feminismo que tanto critica Federica Montseny –aquel que va contra los hombres y quiere sustituir una jerarquía masculina por otra femenina–, el que persigue la igualdad de forma errónea y deformadora de las metas perseguidas por las sufragistas, como el deseo de imponer una feminocracia absurda y tan peligrosa como la hegemonía masculina. Por ello, Montseny incorpora a su gabinete a alguna de las “mujeres libres”, como la doctora Amparo Poch y Gascón. Sus objetivos son los de captar y capacitar al mayor número de afiliadas para liberarlas de la triple esclavitud a la que están sometidas debido a su ignorancia, a su condición de trabajadoras y de mujeres.

Sánchez Saornil estima que es necesaria una buena formación para afrontar la vida pública en todos los terrenos y construir la sociedad del futuro. En la instrucción reside la auténtica redención de la mujer, y no en la maternidad:

He dicho que teníamos nuevamente enfrentados el concepto de mujer y el de madre, y he dicho mal; ya tenemos algo peor: el concepto de madre absorbiendo al de mujer, la función anulando al individuo. . . . Lo que me asombra es que compañeros que se llaman anarquistas, alucinados, tal vez,

³⁵ CNT, Confederación Nacional del Trabajo. FAI, Federación Anarquista Ibérica. JJLL, Juventudes Libertarias.

por el principio científico sobre el que pretende estar asentado el nuevo dogma sean capaces de sustentarlo. (cit. en Sánchez 89)

Ya hemos visto como el pensamiento masculino sobre el papel de la mujer en la sociedad es criticado también por el líder anarquista José Prat en su discurso. Sin embargo, las ideas no han cambiado después de casi treinta años, ni siquiera en los grupos progresistas de izquierda. La función maternal sigue constituyendo el eslabón que ata a la mujer al matrimonio y la aleja de sus deseos de emancipación social. Por ello, pese a los avances producidos en la legislación republicana, Mujeres Libres insiste en la instrucción como medio emancipador, organizando exposiciones, creando bibliotecas ambulantes y escuelas basadas en la educación racionalista.³⁶ Sin embargo, el gran esfuerzo pedagógico de esta organización se ve eclipsado por las necesidades de la guerra, viéndose forzada a centrar sus actividades en la atención de los servicios sociales – apertura de guarderías, ayuda a los refugiados y gestión de casas de maternidad – o el fomento de la ocupación femenina en los puestos de trabajo abandonados por los hombres que marchan al frente. En plena guerra, se debate el problema de la prostitución y su relación con la falta de recursos económicos, por lo que se crean los “liberatorios de prostitución”, aunque el proyecto no llega a consolidarse.³⁷

³⁶ La escuela modelo, escuela moderna o escuela racionalista constituye la institucionalización de una corriente internacional reformadora de la educación enmarcada en la denominada educación progresista e inspirada en la experiencia de la Escuela Moderna de Francisco Ferrer Guardia.

³⁷ El decreto de junio de 1935, suprime toda reglamentación oficial, no reconociendo la prostitución como medio lícito de vida. Con la guerra y hasta la llegada del decreto abolicionista de marzo de 1956, la prostitución es tolerada y hasta reglamentada. Durante la contienda se hizo muy visible debido a las necesidades económicas. Los liberatorios son casas de rehabilitación donde las prostitutas reciben un tratamiento que consiste en el cuidado sanitario, la psicoterapia y la formación profesional centrada en el aprendizaje de un oficio. La iniciativa, que comienza a implantarse en 1936, cuenta con el respaldo de la ministra de Sanidad, Federica Montseny.

El discurso feminista anarquista también es rechazado por algunos intelectuales progresistas e influyentes como Gregorio Marañón, humanista y liberal que combate a la dictadura de Primo de Rivera tanto como a una República cada vez más posicionada hacia la izquierda. Para Marañón, el progreso de la humanidad debe partir de una gran diferenciación entre los sexos, mediante la creación de una cultura masculina y una cultura femenina, que debe iniciarse en el hogar y continuar en la escuela. Establece un ideal del “feminismo de la desigualdad” para combatir al feminismo contemporáneo ya que la verdadera liberación de la mujer consiste en hacer muy mujeres a las mujeres. Su argumento se basa en la teoría de la protesta masculina desarrollada por Adler según la cual en la vida psíquica de la mujer existen rasgos de aspiración viril en forma disimulada bajo los rasgos de apariencia femenina, por lo que es esencial sustituir esta actitud por la del cultivo de la diferenciación de la feminidad, purificándola de todo virilismo. La política de segregación de género llevada a cabo por el franquismo demuestra que la solución a los problemas sociales surgidos durante la República no consiste en crear más diferencias entre hombres y mujeres, apartándolas del espacio público y despojándolas de su cualidad como sujeto social, porque ello contribuye a crear las condiciones para la regeneración del machismo y la violencia de género.

5. La violencia de género durante el franquismo: de crimen de estado a asunto familiar

Emma Gómez Nicolau estima que durante el franquismo la teoría de la diferencia sexual es trasladada a la opinión pública a través de los medios de comunicación. La

representación de la violencia de género en la prensa sensacionalista contribuye de forma activa en la construcción de un único modelo de mujer, el de madre y esposa confinada en el hogar. *El Caso*, fundado en 1952 y desaparecido en 1986, con tiradas cercanas a los 400 000 ejemplares semanales, se convierte en el semanario de sucesos de más éxito durante la dictadura. González Nicolau ha estudiado la imagen de la mujer, sus funciones y las relaciones de género a través de las noticias sobre parricidios, “dramas conyugales” y “crímenes pasionales” publicadas en dicho semanario. Su conclusión es que “el incumplimiento de las funciones naturales adscritas a uno y otro sexo se erigen como justificación del uso de la violencia masculina” (6). La representación de los errores, infracciones u omisiones de maltratadores y víctimas, causantes por igual de la violencia de género, consigue crear tal impacto social que termina por influir en la legitimación de la ideología dominante: la supremacía masculina y la subordinación de la mujer a la autoridad del varón.

Algunos de los ejemplares de *El Caso* correspondientes a 1954 definen el fatal desenlace en las situaciones de violencia de género como “resolución trágica de un hecho amoroso” (9). Estos suelen ocurrir en el hogar, espacio de dominio masculino. El problema de “los celos mal reprimidos” (11), debido a la belleza de la esposa, es la manera en que el semanario justifica un asesinato al describir los celos como enfermedad mental que puede llegar a provocar el maltrato a la mujer. Otras expresiones utilizadas en la descripción de los crímenes, como “se veía venir” o “no ha sorprendido en absoluto” (11), justifican el uso de la violencia en las desavenencias matrimoniales.

En cuanto al perfil psicológico del maltratador y la víctima, Gómez Nicolau observa que los hombres honrados, laboriosos y trabajadores se ven abocados a los crímenes porque sus parejas les dan motivos, debido a su conducta o por querer abandonar la relación (11). Los “hombres malignos”, cuyas esposas suelen ser “santas”, son considerados “bestias” y “primitivos” que ejercen la agresión guiados por su naturaleza animal. Este tipo de individuos suele tener antecedentes republicanos o dedicarse a las labores del campo. Por último, existen crímenes en los que ambos cónyuges suelen ser “buenas personas” (12). En ellos, la culpa de la muerte de la mujer no es de ninguno de los dos y las agresiones son justificadas debido a la influencia de factores externos, problemas en la convivencia, conflictos conyugales, celos, honor o locura transitoria.

De manera alternativa a los contenidos de *El Caso*, El 7 de noviembre de 1953, el diario *Abc* de Madrid publica un artículo de Mercedes Formica titulado “El domicilio conyugal”. En él se describe la situación de una mujer que se debate entre la vida y la muerte tras haber recibido doce cuchilladas de su marido, quien cuenta con un amplio historial de denuncias por malos tratos. Tomando como ejemplo este caso, considerado todavía por la prensa nacional como una más de las crónicas sangrientas de la España negra, la abogada y escritora abre el debate sobre la situación de desamparo de la mujer ante la justicia, lo que estimula este tipo de acciones criminales: la ley no ofrece otra alternativa a la víctima que la de tener que convivir con su asesino. La cláusula segunda del artículo 105 del Código Civil permite la separación de los cónyuges pero deja a la mujer sin la vivienda, considerada legalmente como la casa del marido.

La denuncia de Formica no va dirigida solamente contra un sistema judicial que regula un orden patriarcal tradicional, sino contra la legitimación de la degradación moral de la mujer española. Uno de los factores que posibilita la solidez del régimen franquista y su sostenimiento a lo largo de casi cuarenta años, se encuentra en la aplicación de una rigurosa política de género controlada por el estado y llevada a cabo mediante el adoctrinamiento católico a través de un modelo educativo segregacionista. La elaboración del nuevo marco jurídico parte de la consideración de la República como “la madre de todos los males” que conducen a la castración del hombre y la masculinización de la mujer.

La guerra civil moldea las bases para la construcción de un modelo de masculinidad hegemónica y una política de género basada en el papel asimétrico de hombres y mujeres en la sociedad, tomando como referente los roles sociales tradicionales. La imborrable imagen pública de la mujer, encabezando manifestaciones, liderando mítines políticos o vistiendo uniforme de miliciana, supone el mayor atentado cometido contra el orden de género tradicional desde los tiempos del pecado original. Para los sectores más reaccionarios, es un auténtico terremoto que amenaza con destruir a la nación española, por lo que es necesario el restablecimiento del antiguo orden mediante la aniquilación cultural de todo residuo feminista. La mujer debe expiar sus pecados con el trabajo en la reclusión del hogar, la sumisión a la autoridad del marido y la maternidad como función purificadora del alma.

La yuxtaposición del discurso católico sobre el deber de la mujer y la retórica falangista de exaltación de la hombría y la virilidad presenta un mismo referente de

masculinidad hegemónica surgido en las trincheras, en el frente, y en la camaradería, de donde surge también el discurso de una violencia de género ejercida por el nuevo estado contra la mujer republicana en forma de represión política y represalia social. Son los vencedores, aquellos que todavía recuerdan la voz de Queipo de Llano, los que utilizan el inmenso poder de las instituciones del estado para administrar la justicia.³⁸ Sin duda, gran parte de los lodos aparecidos en *El Caso* y denunciados por Formica vienen de aquellos polvos.

El bando nacional ejerce la violencia de género contra la mujer republicana a partir de su consideración como botín de guerra. La investigación de Pura Sánchez en los archivos históricos del Tribunal Militar Territorial Segundo de Sevilla sobre la represión y represalias sufridas por estas mujeres desde el comienzo del conflicto hasta finales de los cincuenta reafirma la tesis de que uno de los primeros objetivos del franquismo es el genocidio ideológico y la restauración del modelo católico-patriarcal. Este habría sido socavado por una República que permite la transgresión femenina del espacio público y los preceptos morales cristianos. Por ello, en la mayoría de los casos estudiados por Sánchez, las mujeres son perseguidas por ser “rojas” y no tener instrucción, aplicándoseles la infalible justicia franquista en dicho tribunal. De esta forma, son doblemente víctimas de la represión política, condenadas a la pena de muerte o la cárcel, y la represalia social, forzadas a ingerir aceite de ricino o siendo peladas “al rape” en los

³⁸ Gonzalo Queipo de Llano dirige el golpe militar en Sevilla el 18 de julio de 1936. Se destaca por el uso de la propaganda radiofónica como medio de guerra psicológica para aterrorizar a la población civil. Entre sus famosos discursos, sobresalen las arengas incitando a sus tropas a violar y asesinar a las mujeres de los rojos. Finalizada la contienda, el régimen franquista censura dichos contenidos.

cuarteles de la Guardia Civil, gestos simbólicos destinados al escarmiento público y eliminación de la virilidad en la identidad femenina.

Otra forma de violencia ejercida contra estas mujeres es la verbal, utilizada en el lenguaje judicial de los sublevados. En el contenido de las causas penales o los informes de conducta de las detenidas se las describe de forma despreciable, con epítetos degradantes que en el mejor de los casos se reducen a los de “sujeta” o “individua”, cuya profesión sólo puede ser o sus labores o la prostitución. Así se ignora una realidad social de participación de las mujeres en la esfera pública a través del trabajo como jornaleras, maestras, alpargateras o costureras. Si no existen pruebas concluyentes contra ellas se recurre al delito de “transgresión pública o moral”, con la circunstancia agravante del amancebamiento –vida marital sin vínculo matrimonial– o la agitación social. De esta forma, el lenguaje derogatorio empleado por los vencedores en los tribunales para describir a estas mujeres sale al rescate de los estereotipos culturales tradicionales contra la conducta pública femenina que vuelven a arraigarse en la sociedad franquista.

La investigación de Sánchez demuestra también que las mujeres sufren en más ocasiones que los hombres penas absolutamente desproporcionadas por delitos menores como el hurto o el estraperlo, cuya circunstancia agravante consiste en tener un marido, padre o hermano juzgado previamente por la justicia franquista. Además, la demostración de una conducta anticlerical es severamente castigada y, paradójicamente, la prostitución es la transgresión moral que los represores juzgan con más benevolencia. De hecho, a las prostitutas no se las enjuicia por “ejercer su profesión”, sino por su supuesta conducta contraria a los intereses del “Glorioso Movimiento Nacional”. El saqueo o incendio de

iglesias es una circunstancia agravante cuando la acusada es una mujer, acto que Sánchez interpreta como atentado simbólico contra lo doméstico –la casa de Dios– y no asumible en la conducta femenina (133). Del protagonismo de las republicanas en la actividad pública nace el estereotipo de mujer “roja” y viril, poco religiosa, de costumbre licenciosa, sexualmente promiscua y vida indecorosa. Estas características las convierte en malas madres, cuyas consecuencias son socialmente nefastas. Por ello, para la Iglesia se hace imprescindible la reeducación de los hijos e hijas de estas mujeres.

Finalizada la guerra, el nuevo estado franquista comienza a ejercer una dura represión económica contra ellas. La situación de muchas es de extrema necesidad debido a su nuevo estado civil después de la contienda; con o sin hijos, son viudas o sus maridos están encarcelados, carecen de instrucción y deben dedicarse exclusivamente a las labores del hogar, aunque la responsabilidad económica de la familia recaiga ahora sobre ellas. La dificultad del acceso al trabajo coloca a las esposas y familiares de los vencidos en una clara situación de marginación social, provocando la eliminación de su identidad como sujeto social. De esta forma, la pobreza y la excesiva dependencia económica de la mujer con respecto al hombre termina convirtiéndola en objeto muy vulnerable a la violencia masculina, situación que aparece en *Tiempo de silencio*, novela que constituye un ejemplo del compromiso literario con la realidad de los más desfavorecidos. Martín Santos destapa la mentira de la España donde reina la paz social para poner al descubierto una realidad soterrada en las chabolas de los barrios periféricos de Madrid, proyectando diferentes formas de violencia de género producidas por la ignorancia y la pobreza.

En los años cincuenta se produce un éxodo rural y una importante emigración hacia las grandes ciudades españolas como consecuencia de los devastadores efectos económicos producidos por la guerra y la autarquía. El ambiente en la ciudad es también deprimente debido a la existencia de trabajos mal pagados y precarias condiciones laborales, empujando a muchas familias a vivir en los suburbios donde la mala vida corrompe y destroza al individuo. La conexión entre la pobreza, la marginación social y la represión afectiva y emocional genera el caldo de cultivo que conduce a la deshumanización de la sociedad y la aparición de la violencia de género. El desmantelamiento jurídico republicano contribuye a la complicidad del estado franquista hacia este tipo de situaciones.

Durante el franquismo se retorna a una etapa oscura donde las fuerzas reaccionarias devuelven a la mujer a un estado jurídicamente retrógrado, legitimando de esta forma una vuelta a la anacronía en las relaciones de género. Aunque el régimen no lo considera así, matrimonio y maternidad se convierten en sinónimos de subyugación y sufrimiento. La Confederación Nacional de Padres de Familia se reúne en Burgos – territorio nacional desde el comienzo de la guerra– en octubre de 1936 para organizar una asamblea nacional de la que emanan una serie de peticiones a la Junta de Defensa Nacional de España para el restablecimiento de la enseñanza católica y la supresión de la coeducación. La religión debe ser el eje en torno al cual se desarrolle el contenido de las asignaturas escolares. La familia es considerada como el espejo que refleja la imagen del pueblo. El matrimonio es indisoluble y urge la derogación de la Ley de Divorcio que

ocurre en marzo de 1938. De esta forma, vuelve a legitimarse jurídicamente la cultura tradicional de “Mujer honrada, pata quebrada”.

La modernidad de una República que permite a la mujer participar en la esfera pública constituye una amenaza para la familia, concebida como pilar fundamental de la sociedad. Además de la anulación del matrimonio civil en 1938, el gobierno nacionalista de Burgos penaliza años más tarde el aborto y la propaganda anticonceptiva, suprime la Ley de Divorcio, y castiga la cohabitación y el adulterio femenino.³⁹ El objetivo del nuevo Estado, como señala Morcillo, es la implantación de una ideología de género mediante la nacionalización de la mujer como eje para la planificación y la definición de la nueva España: “Gender ideology itself became crucial in defining the state, its territory, and its authority. Spiritual/Catholic values, authority, and discipline were to govern an important institution: the family” (31). La agresiva política de natalidad como consecuencia de la guerra convierte a la mujer en objeto de interés social, al servicio del estado.

La familia es, además, considerada como célula fundamental de la nueva nación, y se encuentra sometida a la autoridad de la “Ley del Padre”, entendida como metáfora que define la restauración del orden de género tradicional en la dictadura franquista. La Iglesia asume el rol maternal en la escuela, inculcando en los niños y niñas la idea del nuevo orden mediante la segregación de los sexos y el adoctrinamiento femenino en los valores católicos, cuyos modelos se encuentran en la abnegada vida de Sta. Teresa y las

³⁹ La Ley de 24 de diciembre de 1941 penaliza el aborto y el uso de anticonceptivos. El Artículo 22 del Fuero de los españoles de 1945 declara el matrimonio como “uno e indisoluble”. La Ley de 11 de mayo de 1942 castiga a las mujeres adúlteras.

ideas de Fray Luis de León y Luis Vives sobre la instrucción y educación de la mujer cristiana.

La labor de la Sección Femenina, la cara maternal del franquismo, es fundamental en la implantación de este nuevo orden de género donde el recato, la reclusión en el hogar y el silencio ante la autoridad paterna forman parte de su discurso. Esta institución, rama de la FET de las JONS, nace como instrumento al servicio del partido y el estado para integrar en su órbita los papeles que la más estricta tradición han asignado desde siempre a la mujer española.⁴⁰ Pilar Primo de Rivera, jefa de la organización, escribe en *Medina*, Revista de la Sección Femenina, el 13 de agosto de 1944:

La idea de toda mujer, a pesar de cuanto ella quiera simular –o disimular– no es más que un eterno deseo de encontrar a quien someterse. La dependencia voluntaria, la ofrenda de todos los minutos, de todos los deseos y las ilusiones, es el estado más hermoso, porque es la absorción de todos los malos gérmenes –vanidad, egoísmo, frivolidad– por el amor.

(cit. en Sánchez 143)

Este pensamiento refleja el ideal católico de la mujer subordinada a la autoridad del marido, silenciada y socialmente invisible, recluida en el espacio seguro del hogar para mantenerla alejada de las tentaciones mundanas y el anhelo de libertad. Sin embargo, el discurso novelístico de *Nada* traslada al ámbito del hogar las desgraciadas consecuencias

⁴⁰ José Antonio Primo de Rivera funda Falange Española (FE) el 29 de octubre de 1933. Las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS) nacen en octubre de 1931 y se disuelven el 4 de marzo de 1934 al unirse con Falange Española, formando la nueva FE de las JONS. El 19 de abril de 1937 los tradicionalistas carlistas se unen a la FE de las JONS, por lo que el nuevo partido pasa a llamarse Falange Española Tradicionalista de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (FET de las JONS).

de estas ideas. La consideración social de la mujer como objeto exclusivo de carácter doméstico genera las situaciones de violencia en la novela.

Esta obra constituye un ejemplo que ilustra el carácter natural subversivo y utilitario de una literatura que se resiste a las imposiciones del poder, mostrando una sociedad dominada por grandes desigualdades y compartida por vencedores y vencidos. La realidad de la sangrante injusticia social se impone a la vana retórica franquista y su énfasis en el heroísmo, el honor y el culto a los mitos de las masculinidades hegemónicas que enmascaran las verdaderas consecuencias de la guerra en forma de cuerpos desfigurados, mentes perturbadas y seres humanos incapacitados. La “Nueva España” es la de los vencidos enfrentándose a una grave situación de represión política o represalia social que para los vencedores es producto de sus propios errores y transgresiones. Las novelas que analizamos a continuación se resisten a los dictados del poder y solo les rinden cuentas a sus lectores, mostrando las caras de la injusticia en diferentes formas. La violencia de género constituye una de ellas, simbolizando el castigo recibido por la mujer como respuesta a sus deseos emancipadores que desembocan en la transgresión de la “Ley del Padre”.

El fin de la guerra supone el desmantelamiento del sistema jurídico republicano antes de poder implantar en su totalidad los nuevos derechos de la mujer, los cuales son eliminados progresivamente durante los primeros años del franquismo. El largo conflicto ha contribuido al desarrollo de una misógina escala de valores, influenciada por el culto a la hipermasculinidad del héroe, la mentalidad machista y los estereotipos tradicionales, que emanan de la cultura militar y se trasladan a las instituciones del estado. La violencia

de género ejercida por el bando nacional no termina el 1 de abril de 1939 sino que comienza a ser canalizada a través del nuevo marco jurídico, limitando la participación femenina en el espacio público y reforzando las situaciones de dependencia de la mujer hacia el hombre. Esta nueva situación estimula el tipo de casos denunciados por Formica que no pasan por alto para la literatura y que constituyen ejemplos de la existencia de una conciencia de autor sensible hacia la situación de la mujer. La denuncia de la imposición de la desigualdad y la injusticia social mediante la simbología de la violencia de género contribuye al desenmascaramiento de la realidad, reforzando las bases para el afianzamiento de una cultura literaria de oposición al régimen, poniendo al descubierto la fragilidad de la masculinidad y las nefastas consecuencias sociales provocadas por la transformación del orden de género.

IV

MASCULINIDAD Y VIOLENCIA DOMÉSTICA EN *NADA*: INTRUSAS, MALTRATADORES Y CHIVOS EXPIATORIOS

-¿Y cómo se puede huir cuando el hombre tiene una navaja y unas piernas para seguirte hasta el fin del mundo?
(Gloria, *Nada*)

El aspecto más impresionante del escenario que Carmen Laforet encuentra a su llegada a la Península, desde las Islas Canarias y recién terminado el conflicto bélico fratricida, es el de la España destrozada por la pobreza donde la mujer está obligada a mantener un estatus social inferior al del varón.⁴¹ Es el castigo recibido por su rebeldía contra la posición de inferioridad en la jerarquía de las relaciones sociales durante los años de la República. En la “Nueva España”, la Sección Femenina se convierte en la cara maternal del régimen, brazo ejecutor de la política de género y arquitecto de la identidad femenina según los trazos morales e ideológicos que impone la Iglesia. La mujer española de este periodo está destinada principalmente a ejercer la maternidad dentro del matrimonio.

Nash apunta que “female sexuality, work and education were regulated in accordance with this gender designation, while motherhood was idealized and considered a duty to the fatherland” (*Defying* 183). La alegorización del cuerpo femenino, como devoto de la familia y reproductor de los nuevos hijos de la patria que cumplen con los valores tradicionales cristianos, constituye la base del nuevo orden de género desde donde se construye la estructura social del estado. El nuevo escenario político tras la guerra también garantiza la participación del hombre en la esfera pública mientras que a

⁴¹ Carmen Laforet llega a Barcelona en 1939, pocos meses después de finalizada la guerra.

la mujer se le reserva exclusivamente la acción social o el convento para las que no consideran el matrimonio y la maternidad como aspiraciones principales. De esta forma, la mujer española es reducida a un objeto de carácter social, despojada de su identidad como sujeto social, bajo el permanente control de una autoridad masculina.

Gema Junco opina que desde 1938 el sistema judicial franquista convierte a la mujer en “prisoner of the home with little to no agency for escaping abusive domestic situations” (29). Para la ley, los problemas familiares deben resolverse dentro del mismo entorno. Además, el carácter cerrado de la familia española de la posguerra y la gran dependencia económica de la mujer hacia el cabeza de familia, aumenta su vulnerabilidad a la violencia masculina. Sobre este aspecto, Nash considera que “any women, however discreet, who transgressed the gender sexual code was guilty of questioning male supremacy and a husband’s right to control his wife’s body and therefore was considered a profound threat to the maintenance of the family” (*Defying* 16). La transgresión de la autoridad patriarcal estimula en muchos casos el abuso doméstico que suele permanecer legalmente impune al ser considerado como asunto determinado por algún conflicto familiar.

Bajo estas circunstancias, Laforet escribe su primera novela donde Andrea, la joven narradora y protagonista, describe con detalle el mecanismo de la violencia doméstica como mimesis de la violencia de género franquista ejercida contra las mujeres del hogar por su condición de intrusas del espacio masculino y chivos expiatorios del enfrentamiento entre los hermanos. No obstante, a pesar del sufrimiento padecido, la narradora destaca la resistencia femenina ante el maltrato y la rebeldía ante la debida

subordinación a los códigos patriarcales de un hogar regido a imagen y semejanza de un estado totalitario, misógino y machista.

1. El hogar como escenario del trauma femenino: sinopsis de las conflictivas relaciones familiares

A la edad de dieciocho años y recién finalizada la guerra civil española, la autora de *Nada* se traslada a la misma casa (la de sus abuelos de la calle de Aribau en Barcelona) donde había nacido y en donde se sitúa la trama de la novela que comienza a escribir en enero de 1944. Tras obtener el premio Nadal, es finalmente publicada en mayo del año siguiente. Ellen Mayock ha definido el hogar descrito por Andrea como un “microcosmos de la España fascista de la posguerra” (32). Sobre este aspecto, Irene Mizrahi sugiere una lectura de la obra partiendo de la consideración de la casa como microcosmos del totalitarismo y alegoría de la nación española destruida y habitada por fantasmas, espectros o cadáveres vivientes. Por ello, enfatiza la importancia de la institución familiar, los personajes y el ambiente totalitario como aspectos alegóricos destacados. Mizrahi opina también que la familia es utilizada por el franquismo como núcleo y modelo de los valores sociales que constituyen el pilar de la nación, pero que Laforet destruye dicha imagen presentando una familia disfuncional y grotesca que alegóricamente constituye la representación paródica del totalitarismo español (19). Añade que la deshumanización de los personajes les lleva a actuar como marionetas guiadas por fuerzas superiores, invocando el teatro de títeres de las obras de Valle-Inclán (21). Finalmente, piensa que la autora intenta elaborar esta trama con el propósito de proponer una lectura alegórica donde la situación de la mujer en el ambiente dictatorial

español es tan grave que incluso puede compararse con la de los prisioneros de los campos de concentración o exterminio nazis (26).

A pesar de su contenido crítico, el primer proyecto narrativo de la jovencísima escritora, considerado años más tarde como obra canónica de la literatura española contemporánea, no presenta ningún problema a la hora de pasar por el filtro de la censura franquista porque es “insulsa, sin estilo ni valor literario alguno, [y] se reduce a describir cómo pasó un año en Barcelona en casa de sus tíos una chica universitaria sin peripecias de relieve” (cit. en Abellán 160). Para el nuevo régimen, la literatura donde aparecen escenas de violencia contra la mujer no parece constituir un medio desestabilizador. Pero el modo en que Laforet aborda dicha temática convierte a la novela en una expresión narrativa subversiva al presentar el problema de la violencia doméstica como fenómeno social derivado de las consecuencias de la guerra y la política de género franquista que reduce a la mujer a la condición de objeto social, condenada al papel de madre, esposa o monja.

La obra sugiere que su sometimiento a un estado de otredad permanente mediante la represión y la violencia fracasa en el intento de convertirse en un medio que garantiza la integración de la familia, la sociedad o la nación. Así, *Nada* desarrolla el significado de la importancia del “otro” en los casos de violencia doméstica, concepto que ayuda a entender amplios aspectos de la cultura. Minsky utiliza la teoría de las relaciones objetales para explicar la consideración de la mujer como intrusa y chivo expiatorio, o las situaciones de rivalidad entre los hermanos, entendidas como “experiencias estructuradas inconscientes y universales” (26-27), las cuales tienen su origen en la negación o

proyección de grandes partes de nosotros mismos sobre otras personas o sobre “objetos” del mundo exterior que son idealizados o denigrados en vez de ser percibidos de forma más realista –mezcla de cualidades buenas y malas–. Este tipo de reacciones nos despojaría de nuestro mundo interior, haciéndonos sentir dolorosamente dependientes de estas personas u objetos porque ahora les atribuimos defectos o intenciones que no reconocemos en nosotros mismos pero que forman parte de nuestro propio yo. Este proceso puede llegar a culminar en expresiones culturales de violencia de todo tipo, incluyendo la violencia de género.

El concepto freudiano de identidad como producto de la proyección de nuestro yo en el otro define la manera en que los familiares de Andrea se describen unos a otros, según nos presenta la joven en su narración después de trasladarse a Barcelona para estudiar en la universidad recién terminada la guerra civil española. En la ciudad, reside en la casa de sus abuelos, de la que conserva agradables recuerdos de su infancia. Cuando llega al que será su nuevo hogar, sus ilusiones se ven inmediatamente truncadas; chocan con el ambiente de tensión y violencia que existe en un espacio mucho más reducido ahora donde conviven su abuela, su tía Angustias, sus tíos Román y Juan, Gloria, el bebé y la criada.⁴² El perro “Trueno”, un loro y un montón de muebles arrumbados por todas partes completan la grotesca y fantasmagórica descripción del lugar y sus moradores. La joven narradora destaca el contraste entre el sórdido espacio hogareño, habitado por seres heridos por el hambre, la suciedad, el rencor y la violencia, y la cordialidad de la vida universitaria donde conoce a su amiga Ena, con quien entabla una íntima amistad que

⁴² La abuela de Andrea y el bebé de Gloria y Juan son los únicos personajes sin nombre que habitan en la casa.

termina por cambiar totalmente sus expectativas de futuro. La universidad pasa de ser el refugio donde Andrea se mantiene a salvo de la opresión de Angustias, de las manipulaciones de Román y de la violencia de Juan, para convertirse en el espacio que le permite desarrollar su propia identidad, controlar su propia vida y ser libre para decidir sobre su futuro.

En este relato, Andrea desvela el pasado más reciente de sus parientes, caracterizado por el sufrimiento de la guerra, cuyas consecuencias afectan al curso de las relaciones familiares, provocando una brecha por donde hace tiempo que se ha escapado el amor y el respeto. La abuela padece demencia senil y su papel dentro de la familia es el de intentar apaciguar los ánimos y mediar entre las peleas. La guerra ha destruido también la relación entre sus tíos Román y Juan. Ambos suelen mantener conflictos motivados principalmente por las provocaciones del primero, quien nunca ha aceptado a su cuñada como miembro de la familia debido a las consecuencias de un triángulo amoroso protagonizado por los tres personajes. Juan, pintor fracasado y sometido al control emocional de su hermano, se encuentra en medio de los conflictos entre Román y Gloria, que suelen terminar con la agresión a su hermana o a su esposa.

Angustias es una mujer soltera, autoritaria e hipócrita que contribuye económicamente al sustento de la familia mediante su trabajo fuera del hogar. Además, mantiene una relación sentimental con su jefe, hombre casado, que es rechazada por sus hermanos. Juan encuentra en dicha conducta una razón para agredirla cuando se presenta la oportunidad. Su obsesión por controlar la vida de su sobrina y someterla a los principios morales cristianos más tradicionales para “moldearla en la obediencia” y para

que sea “una niña de buena familia, modosa, cristiana e inocente” (82-83), la asemejan a cualquier monitora de la Sección Femenina, contradiciendo el carácter inmoral de la relación concubinal que mantiene con Don Jerónimo.

Por último, Gloria es considerada por Angustias como mujer de dudosa moral y sospechosa de ejercer la prostitución debido a su origen social humilde, su pasado republicano y sus salidas nocturnas para jugar a las cartas en el garito que su hermana mantiene en un local del barrio chino.⁴³ Además, su celo por ayudar económicamente a la familia no se limita únicamente al juego sino que incluye la venta del patrimonio familiar a cualquier traperero que pasa por la calle.

La violencia doméstica generada por las conflictivas relaciones familiares estimula el deseo final de Andrea por marcharse de la casa para comenzar una nueva vida en Madrid junto a la familia de Ena sin haber tenido la sensación de haberse llevado nada positivo.⁴⁴ “Al menos así creía yo entonces” (303), escribe la joven antes de poner punto y final a su relato donde se aprecian todavía las consecuencias del trauma sufrido por su exposición a la violencia en forma de sentimientos ambivalentes de culpabilidad y victimismo. Andrea tiene la sensación de que su presencia permanente en el hogar termina siendo la causa del conflicto familiar y la agresión verbal que ella también llega a sufrir de forma directa. Sobre este aspecto, Sandra L. Brown señala que este sentimiento ambivalente puede ser producido porque “the victim’s pain is overlooked, minimized, or

⁴³ Angustias define a Gloria como “la mujer serpiente” (144), o una “golfilla de la calle” que está destruyendo la vida de Juan (146).

⁴⁴ Debido a la ambigüedad narrativa y al final ambivalente de la novela, Barry Jordan ha descartado la posibilidad de que la experiencia narrada por Andrea sea una experiencia positiva, lo cual explica la elipsis narrativa que existe entre el tiempo que transcurre desde la salida de Barcelona y su vida en Madrid (*Nada*). Esta opinión es opuesta a la expresada anteriormente por David.W. Foster, Celita Lamar Morris o Michael Thomas, quienes consideran que la experiencia de Andrea es positiva.

even ignored; or the victim is blamed for the trauma” (26). Aunque ella no se presenta a sí misma como víctima de la violencia de género, el tono gris y melancólico que delata su sentimiento de autoinculpación como protagonista del conflicto familiar es un ejemplo de la dinámica negativa en la que suelen terminar las víctimas de este tipo de violencia y de la que suelen tardar mucho tiempo en recuperarse. Sin embargo, el tiempo también le permite reflexionar sobre su experiencia en la casa donde podría haber terminado convirtiéndose en otro de los chivos expiatorios hacia el que los hombres del hogar transfieren sus sentimientos de culpabilidad. De esta forma, la escritura se convierte en un medio que hace posible la transformación del sentimiento de inutilidad social e impotencia en un testimonio histórico donde la mujer se resiste a su destino a pesar de las imposiciones del poder patriarcal.

Con respecto a la fragmentación narrativa característica del texto, Mizrahi estima que se trata de un recurso retórico clave para crear conciencia social sobre la situación de la mujer en el sistema franquista “cuya experiencia aterradora trasciende todo posible discurso racional” (10). La dispersión, discontinuidad y desorden narrativos se deben a las consecuencias del trauma producido por el recuerdo de la violencia y sirven también para desarrollar una estrategia literaria donde se intentan borrar los procesos de significación tradicionales para conseguir que el lector empatice con la situación de la mujer en un sistema totalitario y misógino, y se familiarice, además, con un contexto histórico caracterizado por la incoherencia de la realidad, recordada a través de dichos fragmentos narrativos. La guerra constituye el trasfondo del tema novelístico y el

referente de la estrategia narrativa para mostrar la realidad de las consecuencias del conflicto dentro del hogar.

2. Origen del enfrentamiento fratricida: intrusismo de Gloria en la relación entre los hermanos

El gran problema familiar, el enfrentamiento entre los dos hermanos, tiene su origen durante la guerra, en la que ambos se encuentran al servicio del ejército republicano. Juan conoce a Gloria, se enamoran y se casan a los dos días. Ante el avance de las tropas nacionales, Román decide colaborar con el ejército franquista, actuando como espía. Por ello, le ofrece a su hermano la oportunidad de pasarse a la zona nacional antes de que Barcelona sea tomada. Este rehúsa la oferta inicialmente aunque más tarde acepta cuando Gloria le dice que está embarazada. Al saber que Román planea dirigirse a Barcelona, Juan le pide que se lleve con él a su esposa. En el viaje se produce una atracción sexual entre ambos que termina con la visita de Gloria a la habitación de Román durante la noche donde es rechazada despectivamente ante la burla de un grupo de soldados testigos del escarnio. Ella no le perdona el gesto de desprecio y a partir de ese momento comienza a desarrollar un sentimiento ambivalente de atracción sexual y odio hacia él. A la llegada a la ciudad, Román es detenido y llevado a una checa. Tras ser liberado, acusa a su cuñada de haberle denunciado a las autoridades republicanas, por lo que pasa a convertirse en el objeto de la disputa entre los hermanos y del maltrato doméstico de Juan.

Las causas que dan lugar a la violencia en la novela combinan mecanismos psicológicos conscientes e impulsos inconscientes en la conducta de los personajes,

estimulados por las condiciones sociales del entorno en el que viven. Ya he señalado que el psicoanálisis feminista considera que el desprecio a la otredad femenina se debe a que la figura materna puede ser tanto odiada y denigrada como temida porque representa una parte repudiada del yo masculino que inconscientemente es proyectada en el mundo exterior mediante las conductas destructivas. Sobre este aspecto, Minsky señala que “las mujeres se convierten en símbolo de castración psíquica potencial” (113), por lo que el temor y la dependencia inconsciente hacia ellas desarrollados desde la infancia estimula la tendencia a controlarlas y dominarlas. Cuando el hombre se encuentra en un estado temporal de paranoia, la violencia contra la mujer aparece como mecanismo de defensa contra la amenaza de aniquilación psíquica de la identidad masculina.

Minsky también observa que la concepción freudiana sobre el intrusismo explica la influencia que la ansiedad de castración ejerce en la conducta agresiva de algunos individuos. Además de constituir un aniquilador potencial de la identidad masculina, la aparición de un “intruso” o el “otro” en un grupo homogéneo puede suponer el origen de la rivalidad existente entre sus miembros. Cuando el intruso es una mujer, que además no acepta un estado de subordinación al dominio y control masculinos, la violencia aparece como único medio por el cual los individuos del grupo consiguen aferrarse al poder. Esta situación, trasladada al conjunto de las relaciones sociales en los estados totalitarios donde los gobiernos suelen llevar a cabo políticas de discriminación social y legal, puede llegar a provocar el abuso doméstico. Este escenario es reproducido en el microcosmos totalitario en que se ha convertido la casa de Andrea tras la guerra. Además, el hogar está dominado por la situación de pobreza familiar que, como apunta Richard Wilkinson, es la

principal patología social que provoca la erosión en la salud física y psicológica de los individuos.

Desde el primer momento, Román y Angustias no aceptan a Gloria como nuevo miembro de la familia al ser considerada como la nueva intrusa. Si en el caso del primero se debe a un asunto sentimental, para la hermana se trata de una mujer que no encaja de ninguna manera en el modelo familiar burgués por su origen humilde y dudosa moralidad. La violencia que Juan ejerce contra ella llega a convertirse en un medio por el que puede satisfacer, de una forma primitiva, una necesidad de reafirmación de su masculinidad al no conseguir ejercer el dominio y el control absoluto por considerarse un hombre fracasado como artista y proveedor de su familia. Su actitud agresiva está influenciada por la manipulación que Román ejerce sobre él, estimulando el rencor y odio hacia las mujeres de la casa que terminan por activar los mecanismos inconscientes de la violencia.

El conflicto cainita que surge entre los hermanos, debido a la intrusión de un elemento discordante en la relación fraternal, constituye una metáfora de los enfrentamientos internos ocurridos en la Península a lo largo de la historia, de tal forma que la violencia se ha constituido como el elemento vehicular que ha hecho posible la unión de la nación española hasta la muerte de Franco. El efecto de intrusión provocado por la llegada de Gloria a la casa ante el rechazo inicial de Román y sin el consentimiento de Angustias, provoca un efecto de disrupción en la dinámica familiar que amenaza con destruir la relación de dominio y subordinación que ha existido siempre entre los

hermanos. Por ello, Román suele estimular el conflicto que suele desembocar en la violencia doméstica.

Además de ser un hombre que posee una doble personalidad, el mayor de los hermanos es ególatra, autoritario y misógino, disfruta con el dolor de los demás, pero también causa una buena impresión al ser un gran músico y pintor que utiliza su arte para atrapar a sus víctimas femeninas y humillarlas cuando aun no conocen su lado oscuro. De hecho, acoge a Andrea con cariño, en contraste con el recibimiento que le ofrece su tía. Sabe elegir el momento oportuno para bajar de su ático y provocar a Juan, originando disputas que suelen terminar con la agresión de este a la hermana o la esposa. Andrea terminará por considerarlo como “un hombre trastornado” por el que comienza a sentir una “repulsión indefinible” (135-37). Román acaba suicidándose, víctima de su propio narcisismo sádico al fracasar en su intento de poseer a Ena. La decisión por acabar con su vida, debido al rechazo femenino, es inesperada ya que, como observa María J. Izquierdo, cuando los hombres de sus características sienten que su identidad masculina está siendo amenazada solo pueden reafirmarla recurriendo a la fuerza física (71).

Juan es otra de sus víctimas debido al control emocional que ejerce sobre él, llegando incluso a apoyar sus argumentos mezquinos en las situaciones que han provocado algún conflicto familiar. Ambos forman una alianza contra Angustias en su intento por suplantar la autoridad patriarcal ante la ausencia física del padre y la discapacidad mental de la madre debido a su avanzada edad.⁴⁵ La mentalidad misógina de Juan está condicionada por la internalización de los roles de género tradicionales,

⁴⁵ El abuelo de Andrea muere durante la guerra: “tres años hacía que al morir el abuelo, la familia había decidido quedarse sólo con la mitad del piso” (80).

otorgándole una personalidad obsesiva y una rigidez de pensamiento sobre el papel de la mujer en la vida. Para él, esta es el pilar de la familia y el hogar, por ello debe ser sumisa y resignada. Aunque Gloria no es ni lo uno ni lo otro, el marido mantiene una dependencia emocional hacia ella que no puede expresar debido a la presión ejercida por el hermano, provocando sus continuos estados de cólera. Su temperamento irascible es consecuencia de su inestabilidad emocional estimulada por los celos desmedidos hacia su esposa, su complejo de inferioridad con respecto al hermano, y la frustración de no poder contribuir por sí solo al sustento de su familia. Pese a ello, su esposa todavía lo ve como una buena persona, víctima de las circunstancias de su pasado.

La violencia de Juan está al servicio de los intereses del yo, produciéndole un goce narcisista temporal que satisface un deseo primitivo e infantil de omnipotencia y dominio, contrarrestando a su vez el dominio ejercido por Román hacia él. Al no existir un padre real o simbólico en el hogar o una figura que represente el superyó represivo, el deseo de destrucción no encuentra ninguna resistencia. Además, el desafío femenino a la débil autoridad patriarcal ejercida por los hermanos, provoca la tendencia hacia la crisis en el orden de género dentro de la familia que termina derivando en la violencia masculina.

Las consecuencias de las restricciones económicas de la posguerra, que obligan a Angustias y Gloria a buscar la forma de contribuir al sustento del hogar, implican que Juan deba ejercer un nuevo rol familiar, perdiendo su condición de único proveedor para atender también otras actividades domésticas como la del cuidado del bebé ante las ausencias temporales de su esposa. Además de la crisis de representación de la

masculinidad que esta situación supone, Edwards estima que las circunstancias personales negativas, entendidas por algunos individuos como consecuencia de una crisis de la masculinidad, no son otra cosa que la percepción sobre su nueva situación de falta de poder en esferas donde tradicionalmente las ha ejercido.

Así, el poder es la facultad por la que el hombre mide su masculinidad y la causa original de las tendencias hacia la crisis en el orden de género que suelen ser motivadas por la precariedad laboral para extenderse al entorno familiar. Por su parte, el trabajo es el factor principal que define el rol sexual masculino, otorga un estatus de poder dentro de la familia y constituye “the most fundamental element in the formation of successful masculine identity” (Edwards 8). En el caso de Juan, cuyo modelo de masculinidad no se corresponde con el impulsado por la propaganda oficial de la “Nueva España”, su incapacidad para obtener un trabajo bien remunerado mide el fracaso que se refleja en todos los aspectos de su vida: es el señorito burgués empobrecido por la guerra, el esposo que no puede controlar a su mujer y el artista mediocre e incapaz de ganar el dinero suficiente. Estas dos últimas características son las que le diferencian de su hermano, provocándole un sentimiento de emasculación que se multiplica cuando su autoridad es continuamente desafiada por Gloria.⁴⁶

La principal víctima de la violencia doméstica en la novela no puede dar salida a su situación pero tampoco se resigna al papel de mártir, como lo hace Angustias. Sobre este aspecto, Ivon López Wallenstein señala que la mujer maltratada únicamente

⁴⁶ Andrea la describe al principio como una mujer banal y vanidosa, aunque no le resulta del todo desagradable. Al mismo tiempo admira su carácter rebelde y terminará por quererla ya que la ve como una víctima pero también como una heroína de la historia que narra.

encuentra las siguientes salidas a su situación: la huida, la locura (porque en el mundo de la locura el dolor es menor), el suicidio o el asesinato del maltratador (cit. en Xavier Caño 151). Así, mientras Angustias decide abandonar la casa para instalarse en un convento como solución a su situación, Gloria debe permanecer padeciendo el sufrimiento a causa de las ataduras impuestas por el matrimonio, la maternidad y las condiciones económicas de la posguerra. Sin embargo, el maltrato que recibe de su esposo no frena el deseo de encontrar dinero con el que ayudar al mantenimiento del hogar. Debido a su rebeldía, Andrea ocupará el lugar de esta como chivo expiatorio de la rivalidad entre los hermanos después de la marcha de Angustias.

3. El mecanismo del chivo expiatorio: transferencia de la culpa y mimesis de la violencia

Todas las sociedades tienen chivos expiatorios que son víctimas de un sacrificio. René Girard ha definido el significado coloquial de este concepto como el mecanismo espontáneo producido por el contagio mimético del odio y la transferencia de culpabilidad hacia la víctima en momentos de tensión o conflictos sociales (*El chivo* 195). El chivo expiatorio girardiano

designa la ilusión unánime de una víctima culpable, producida por un contagio mimético, por la influencia espontánea que los miembros de una misma comunidad ejercen los unos sobre los otros. . . ; [el resultado es] la resolución de la violencia por sustitución donde la víctima inocente es el precio del apaciguamiento general. (*La voix* 12, 190)

La elección por parte de los dos hermanos de Angustias, Gloria y, finalmente, Andrea como chivos expiatorios, víctimas de una discriminación injusta, es análoga a la situación de la mujer durante el franquismo, donde también se ha convertido en parte de la causa del desastre republicano, sufriendo la violencia de género del estado. Por lo tanto, la actitud agresiva de Juan como expresión del odio miméticamente contagiado e incitado por Román, que sirve para disminuir la tensión de la rivalidad existente entre ambos, es la consecuencia de la hostilidad del estado franquista contra la mujer republicana.

Girard estima también que “una comunidad perturbada por disensiones o por algún desastre real o imaginario establece un falso vínculo de causa-efecto entre el chivo expiatorio que ella ha elegido y el origen real o imaginario del problema al que se enfrenta, sea cual sea” (*El chivo* 21). Las agresiones físicas que sufren Angustias y Gloria, simplemente por su condición de ser mujer y transgredir los principios patriarcales con su conducta “inmoral” fuera del hogar, es la consecuencia de un mecanismo espontáneo de la violencia que surge a partir de la transferencia hacia ellas de un sentimiento ambivalente de hostilidad y culpabilidad. La presencia de Gloria en el hogar es considerada como el origen de la crisis de las relaciones familiares que pone en cuestión el estatus masculino y el modelo familiar burgués. El odio y el rencor de Román hacia ella es imitado por Juan y expresado mediante su comportamiento agresivo. Este aparece como mecanismo de defensa contra su posición de inferioridad en la relación complementaria entre los hermanos. Mediante la intensificación del ritual violento contra la víctima, intentaría transformar la relación complementaria en una relación simétrica, perpetuando así el conflicto familiar.

Antes de la llegada de Gloria al hogar, Angustias habría podido ser el chivo expiatorio de la familia, al ser la única de las hermanas que aún permanece en la casa. Cuando aparece la nueva intrusa, esta ve una oportunidad de liberarse de su condición, mimetizando el odio que hacia ella tiene Román para proyectarlo contra la nueva inquilina, quien pasa a convertirse en otro de los chivos expiatorios. Un ejemplo de esta situación en la novela se produce el día de Navidad. Angustias acusa a su cuñada de haber robado un pañuelo de encaje antiguo que la abuela le regaló a Andrea el día de su primera comunión para venderlo en la calle. Ambas mujeres han hurgado anteriormente en la maleta de la joven; la primera lo hace motivada por su celo en el control sobre la sobrina, y la segunda para usar sus prendas de ropa interior. Andrea declara que Gloria no ha robado el pañuelo sino que ella misma se lo ha regalado a su amiga Ena. La tía no termina de creerla y la acosa para que diga realmente que ha hecho con la prenda, cuando en ese momento “un bofetón de Juan, tan brutal. . . hizo tambalearse a Angustias y caer al suelo” (122). Inmediatamente después este le espeta que es una mujer hipócrita al poner en duda la moralidad de su esposa cuando ella misma mantiene una relación concubinal con su jefe. La escena termina con una nueva discusión entre Juan y Gloria en otro lugar de la casa.

El pañuelo de encaje es el objeto a partir del cual se desencadena el conflicto. En la cultura española ha sido tradicionalmente considerado como un símbolo de feminidad, castidad y nobleza. Más que un objeto artístico o prenda de gran valor artesanal heredado por las mujeres de una misma familia, su valor sentimental es comparable al de las joyas, abanicos o vestidos de novia heredados de abuelas por nietas. La gran importancia que

Angustias le atribuye a su pérdida se debe al vínculo que existe entre la prenda y una tradición familiar caracterizada por la continuidad del sistema patriarcal y la veneración y respeto a la virginidad como virtud suprema de la mujer. Andrea le regala el pañuelo a Ena en señal de admiración y devoción por la amistad ofrecida, como suele hacerse todavía a las imágenes de vírgenes o santas en señal de veneración. La imagen de la abuela “aleteando” en medio de la trifulca, como un ave impotente que no puede echarse a volar, la de la escena de Juan golpeando a Angustias, a la que no le reconoce ningún tipo de autoridad sobre su esposa, además de la simbología del pañuelo como eje central de la acción, constituyen elementos paródicos de la alegorización de la mujer en la España franquista, caracterizada por su dependencia a la autoridad del varón, la agresión a sus derechos y la impotencia ante su destino.

El control que Angustias pretende ejercer sobre la sobrina para alejarla de la influencia de Román y Gloria puede ser entendido como una maniobra para establecer una alianza entre mujeres que la redima de su condición de chivo expiatorio para monopolizarlo en la figura de la cuñada. Sin embargo, después de marcharse al convento, Andrea comienza a ser también objeto de la ira de Juan y víctima de su violencia verbal. Este aspecto contradice la opinión de Agustín Moreno Fernández al observar que en otra de las fases del mecanismo del chivo expiatorio, llega un momento en que el proceso de transmisión de la hostilidad es dirigido contra antagonistas menos numerosos, hasta que la comunidad llega a considerar a un mismo individuo como objeto de odio (198). Al contrario, tras la marcha de Angustias al convento, Gloria no se convierte en el único

chivo expiatorio de ambos hermanos y de la agresión física de Juan debido a su carácter rebelde.

Un ejemplo de esta situación aparece en una de las escenas de violencia que se origina cuando esta califica uno de los cuadros de su marido como “porquería” (165). Este reacciona de tal forma que comienza a darle una brutal paliza y termina metiéndole la cabeza en la ducha para mojarla con agua helada. Ella se defiende, arañándole y mordiéndole. La ira de Juan alcanza también al niño al que amenaza con estrellarlo contra la pared. Después, se dirige a Andrea y le espeta “¡A ver si sirves para algo en tu vida!... ¡Trae una toalla!” (166). Al intentar sacarla de la bañera, vuelve a recibir un mordisco en la mano al que reacciona con puñetazos en la cabeza. La violencia de Juan presenta siempre la resistencia de Gloria. A diferencia de Angustias, la esposa se resiste a su papel de mártir. Por ello, este comienza a dirigir su ira contra la sobrina debido a su juventud y aparente docilidad, a quien ve más como un estorbo que como a una joven con aspiraciones de emancipación social.

Tras la paliza, Gloria le confiesa a Andrea de una manera confusa que le gustaría marcharse de la casa y que los obreros ganan más que los señores. Haciendo hincapié en este aspecto, añade que mejor hubiera hecho casándose con uno de ellos porque así, por lo menos, podrían comer, como hace la familia de su hermana. La escena es un ejemplo del conflicto entre género y clase social en la relación marital. La interacción entre el individuo y la familia son tratados por la narradora como unidad de un análisis de clase donde la pérdida de estatus social es otro factor que provoca la tendencia hacia la crisis en el orden de género dentro de la familia. Sobre este aspecto, David Morgan observa que

“inequalities are the products of social structure rather than the presence or absence of individual attributes” (167). Esta escena pone de relieve que el conflicto de clase existente en el matrimonio parte de la relación entre el burgués empobrecido por la guerra y la esposa de origen proletario con un sentido práctico de cómo obtener el sustento.

La imagen de Juan como señorito burgués ha correspondido a la de un modelo de hegemonía masculina, caracterizado por el poder económico y reconocimiento social. Sin embargo, la guerra ha puesto a todos los vencidos en la misma situación de desigualdad económica. Los muebles que en un pasado no muy lejano eran símbolo de pertenencia a la burguesía ahora son únicamente trastos que ocupan mucho espacio y posibilidades económicas para obtener dinero con su venta. Aunque es un artista mediocre, Juan continúa aferrándose a la pintura como actividad que otorga prestigio social, poder y autoridad, cualidades asociadas a las masculinidades hegemónicas, como ha ocurrido con su hermano gracias a su talento. Ausente ante la realidad de necesidad, considera que el oficio de pintor es una ocupación “respetable” y por ello se niega a reconocer su fracaso artístico. La pintura es, por tanto, la actividad que refuerza su sentido o percepción de su masculinidad. Los comentarios de Gloria acerca de la mala calidad de sus cuadros no hacen más que erosionar su baja autoestima, transformándose en un sentimiento de emasculación ante el poder del hermano. Esta situación deriva de la existencia de un grave conflicto familiar cuyo origen es inicialmente desconocido por Andrea, aunque rápidamente se ve involucrada en el mismo.

4. La violencia doméstica desde la perspectiva de las relaciones objetales

A la mañana siguiente de su llegada, Román acoge con cariño a su sobrina pero, de pronto, muestra un cambio brusco de humor al dirigirse a Gloria, insultándola delante de todos los presentes. Juan reacciona ante la provocación del hermano intentando agredirle pero este, lejos de amilanarse, le anima a que lo haga e incluso le ofrece la pistola para que le dispare. En ese momento, la ira inicial de Juan contra el hermano, es dirigida hacia Gloria, siendo gravemente insultada. La escena termina en una discusión violentísima entre ambos cónyuges. Inmediatamente después, Román tranquiliza a Andrea diciéndole que no se asuste, que “esto pasa aquí todos los días” (86), mientras guarda el arma, le da un beso a la madre y se retira. Simultáneamente, Juan le tira el plato de papilla del bebé a Angustias, justo en el momento en esta que hace acto de presencia en la sala.

Después de la escena, Andrea intuye que existe cierta rivalidad entre los hermanos y que Angustias y Gloria son las víctimas. Román llega a ejercer tal poder de influencia sobre Juan hasta el punto de conseguir transferirle el rencor para que este lo convierta en agresión hacia su propia esposa. La cálida acogida ofrecida a su sobrina es un gesto para atraer su influencia en detrimento de Angustias. Esta situación puede ser interpretada como otro elemento paródico de la alegorización de la mujer en el estado franquista en cuanto a que el régimen y la Iglesia se disputan el control de la mujer por distintas razones; para el franquismo es fundamental reprimir cualquier residuo republicano e implementar una nueva política de género destinada a incrementar el índice de natalidad. La Iglesia, además del control, desea abarcar un espacio más amplio de

poder en otras áreas de la sociedad, utilizando la figura femenina como eje de la familia y difusora de la doctrina cristiana a partir de la educación de los hijos en el hogar. De esta forma, ambos personajes representan a los poderes superiores y tiránicos que consiguen dividir a la nación y a la familia. Entre ellos, Juan aparece como el brazo ejecutor de la violencia estimulada por Román, mientras que el resto de las mujeres y el bebé son las víctimas.

La pistola que este le ofrece a su hermano para que le dispare, y que Juan no se atreve a usar, es el símbolo fálico del poder que únicamente el mayor de los dos ostenta en la casa. La asociación entre el significante (pistola) y significado (falo) es un ejemplo de la metáfora lacaniana donde se produce una condensación inconsciente de la imagen que relaciona el significante con el significado. La reacción agresiva de Juan hacia Gloria y Angustias ante el desafío de Román es provocada por un complejo de castración ante la autoridad que impone este y que genera en Juan una reacción negativa contra todo lo femenino. Pero su actitud agresiva se debe también a algún tipo de temor hacia el hermano, originado en el pasado, que consigue dominar su personalidad y controlar su conducta, creando un gran conflicto interior en el que también influye el estado de las relaciones familiares. De esta forma, Andrea comienza a ser testigo de la gran ruptura familiar que tiene su origen en alguna historia que rodea a ambos tíos y a Gloria, creando una profunda herida hasta el punto de provocar el terrible proceso de deshumanización en el que se encuentra inmersa toda la familia. De todo ello, destaca la desafección crónica, el sufrimiento femenino y la afirmación de la identidad masculina mediante la violencia.

El momento de la agresión, desde una perspectiva de las relaciones objetales, se debe a la existencia en el agresor de una “posición temporal paranoide-esquizoide” producida por el miedo generado en la fantasía a ser devorado o castrado por el objeto femenino. En dicha posición, el sentimiento de ansiedad persecutoria en el maltratador es proyectado hacia dicho objeto mediante la violencia. Los mecanismos inconscientes de introyección y proyección, y las posiciones paranoide-esquizoide y depresiva desarrollados por Melanie Klein en su teoría de las relaciones objetales, de donde deriva el mecanismo del chivo expiatorio, son esenciales para ofrecer una nueva perspectiva sobre la existencia de impulsos racionales e irracionales en los casos de violencia doméstica presentes en la novela.

Conviene recordar que para Melanie Klein, el desarrollo emocional del niño depende de cómo este se relacione con “objetos”. La innata agresión infantil causa un sentimiento ambivalente de amor y odio hacia la madre, primer objeto con el que se relaciona. El niño ama a la madre cuando esta satisface sus necesidades y la odia cuando no lo hace. Por lo tanto, cuando está frustrado al no sentirse gratificado introyecta el “objeto bueno” y para protegerlo proyecta los impulsos agresivos y sentimientos de odio en los “objetos malos”, asociando dicha experiencia –siempre presente en su mente– en cualquier persona a la que identifica como “objeto de deseo”. De esta forma, la fantasía del objeto y no la realidad es lo que se incorpora como parte del yo. Por lo tanto, la hostilidad hacia la mujer en la edad adulta, como indica Minsky, se explica debido a la proyección de los sentimientos ambivalentes hacia la madre que aún permanecen en la

psique del individuo hacia lo que se considera el objeto potencialmente amenazante o perjudicial (58- 59).

Por otra parte, algunos autores estiman que el abuso doméstico se origina a partir de una patología en las relaciones de objeto presente en la psique de ambos cónyuges. Para Fiona Brodie y John Wright, el ciclo repetitivo de la violencia doméstica se produce porque ambos son incapaces de establecer una relación emocional a un nivel más complejo. Jac Brown estima que la inseguridad de los lazos emocionales estimula el abuso doméstico y puede suponer también la razón por la que la mujer se mantiene al lado de su pareja a pesar de las agresiones recibidas. Esta puede llegar a funcionar como antiguo objeto de amor que amenaza con el abandono y puede estimular en el maltratador antiguas experiencias de rechazo materno. Para Melanie Klein, la idealización de otra persona supone una idealización paralela del yo pero bajo el peso de la realidad, esta tiene que derrumbarse: la persona antes idealizada ahora es percibida con todos sus defectos. Un objeto interior malo sustituye al objeto interior bueno. El sujeto, el enamorado, termina proyectando toda su envidia y hostilidad en la que antes era el objeto ideal.

La relación entre Juan y Gloria puede considerarse como patológica, desde la perspectiva de las relaciones objetales, por su incapacidad e inseguridad emocional. También lo es como consecuencia de la influencia y las restricciones que les imponen las condiciones de vida familiar y el entorno social de la posguerra. La maternidad crea la dependencia emocional de la mujer hacia la familia que, paradójicamente, puede llegar a constituir el principal centro de hostilidad. El corto periodo de luna de miel del que

disfrutan ambos cónyuges cuando se conocen en medio de la guerra se derrumba ante la realidad impuesta por las consecuencias de la misma. El tipo de vida familiar en el que se ven forzosamente involucrados restringe su relación que es, además, manipulada por Román y Angustias. El temor añadido de Juan a ser abandonado por su esposa le provoca un comportamiento distorsionado por el apego exagerado hacia ella donde la violencia se convierte en la consecuencia de la incapacidad del maltratador a ser abandonado por su pareja. El entorno tampoco es, por tanto, proclive a la internalización de objetos buenos. Por todo ello, el ciclo de la violencia doméstica en la casa es interminable.

Las fases de este ciclo definidas por Lenore. E. Walker –“luna de miel”, “desarrollo de la tensión” y “explosión”– son similares a las derivadas de las posiciones paranoide-esquizoide y depresiva, según la teoría kleiniana. Las conductas de abuso verbal y físico pueden ser explicadas mediante el mecanismo de defensa paranoide-esquizoide, definido como “identificación proyectiva” y utilizado como referente por algunos autores para explicar los cambios de conducta en el ciclo de la violencia doméstica. Por ejemplo, Sally Box sugiere que el abusador se defiende contra sus sentimientos dolorosos y conflictivos proyectando, en la fantasía, aspectos indeseados de sí mismo contra su pareja, la cual es identificada como la atacante. Por su parte, David. P. Celani señala que la “fase de construcción de la tensión” puede deberse a que el maltratador percibe a su pareja como al objeto que rechaza. En el contexto de la “vida real”, siente que ella ya no satisface sus necesidades, primeramente porque estas son infantiles e irreales. Por lo tanto, el hombre hace uso de conductas agresivas para activar

el deseo de venganza contra el objeto al que considera frustrante. Esta situación aparece en una de las escenas donde Andrea, como nuevo chivo expiatorio de ambos hermanos, limpia el suelo de la casa mientras Juan le da de comer a su hijo. Román aprovecha la situación para provocarlo, poniendo en duda su hombría, su falta de masculinidad y autoridad sobre Gloria al insinuarle que esta debería tener las cualidades del tipo de esposa abnegada y ocupada exclusivamente de las tareas domésticas:

-¡Eh! ¿Qué dices a esto, Juan? ¿No te gustaría tener una mujercita trabajadora como la sobrinita? . . . –Tengo bastante con mi mujer, ¿lo oyes? Y la sobrina no es buena para lamer el suelo que ella pisa. ¿Lo oyes? Yo no sé si te haces el desentendido de todas las sinvergonzadas de tu sobrina para adularla; pero no hay zorra como ella. . . . ¡No sirve más que para hacer comedia y para querer humillar a los demás, para eso sirve y para juntarse contigo! (224)

Debido a la ausencia de Gloria, la ira de Juan ante el comentario del hermano se dirige hacia la propia Andrea. El tío no puede reprimir su desacuerdo contra la posibilidad de que la sobrina pueda encontrar un medio alternativo al matrimonio o al convento para encauzar su vida de manera independiente. Por esta razón, más tarde descarga su frustración contra Gloria, quien recibe la paliza, volviéndose a recuperar la estabilidad en la relación entre ambos hermanos después del conflicto. El acto produce una catarsis colectiva que pone temporalmente fin a la rivalidad mediante el mecanismo del chivo expiatorio donde se liberan los pensamientos que perturban la conciencia y motivan la tensión.

Walker explica que, normalmente, después de la “fase de explosión”, el maltratador suele arrepentirse de su conducta, reiniciando la fase de “luna de miel”. Sin embargo, Juan nunca parece dar señales de arrepentimiento o remordimiento. Según Melanie Klein, el sentimiento de culpa es un signo de que el individuo ya no está haciendo uso de mecanismos de defensa en la posición paranoide-esquizoide sino que se dirige hacia la posición depresiva. Si el maltratador tiene un ego débilmente construido es incapaz de mantener la posición depresiva por mucho tiempo y no tarda en regresar a la posición paranoide-esquizoide y, así, el ciclo de la violencia continúa. Un ejemplo de esta situación aparece al final de la novela. La muerte de Román y el fin del conflicto entre los hermanos no frena la violencia de Juan ni supone el fin del sufrimiento de Gloria.

Cuando este se da cuenta de que su esposa ha vendido el piano del hermano estalla en un ataque de ira, golpeándola y destruyendo todos los muebles y objetos que encuentra a su paso. Después de calmarse, se pone a llorar silenciosamente. Sin embargo, Andrea recuerda que a partir de ese día Gloria comienza a recibir peor maltrato. Si el mayor de los hermanos era antes de su muerte el responsable físico de la transferencia del odio, ahora Juan ha internalizado su recuerdo como una especie de “divinización mitológica”, convirtiéndolo en víctima y provocando un estado mental que le impide sobreponerse y reconciliarse consigo mismo y el resto de la familia.

Cuando el conocimiento de los mecanismos de la violencia derivado de la teoría de las relaciones objetales y las ideas freudianas es aplicado de forma ecléctica podemos entender de una forma más clara la importancia de los procesos inconscientes en las manifestaciones culturales. Ello nos permite observar cómo Laforet construye de una

forma muy verosímil la dinámica de la violencia doméstica y los factores psicológicos, sociales y culturales que intervienen en su origen. La manera en que Andrea recuerda los hechos narrados desde su perspectiva como mujer que no acepta la autoridad masculina, la lectura alegórica de la obra y la conexión entre la realidad de la posguerra con imágenes y símbolos, permiten establecer un paralelismo entre los aspectos totalitarios de la política de género franquista y la situación de la mujer en el hogar. Las imposiciones legales del estado y las ataduras que suponen el matrimonio y la maternidad, constituyen la causa principal de la reducción de la mujer a la condición de objeto social, intrusa y chivo expiatorio de los problemas familiares. Sin embargo, la historia que narra Andrea es también la de las mujeres que se resisten a su destino, que no pierden la esperanza y luchan de acuerdo a las posibilidades legales que les ofrece la nueva nación. El valor de la novela dentro de la literatura española de la posguerra radica en la implícita oposición al franquismo mediante la crítica a su política de género, abordando un problema social que todavía constituye uno de los males de la actual sociedad española.

MASCULINIDAD FEMENINA Y ACCIÓN DIRECTA EN *JUEGOS DE MANOS*:

UN CASO ATÍPICO DE VIOLENCIA DE GÉNERO

-A las mujeres siempre les gusta defenderse – dijo
“el Proletario” –. Será porque no tienen la conciencia
tranquila (*Juegos de manos*)

En la novela de Goytisolo, la resistencia femenina se transforma en deseo por la acción directa a partir del momento en que una joven adquiere una personalidad masculinizada. El primer capítulo de esta tesis concluye haciendo mención a una de las cuestiones más debatidas en los estudios de género: ¿la violencia es masculina o la masculinidad es violenta? Connell señala que “the scale of contemporary violence points to crisis tendencies (to borrow a term from Jurgen Habermas) in the modern gender order” (84). Estoy de acuerdo en que la masculinidad no estaría directamente asociada a la violencia, sino que esta surge como consecuencia de las tendencias hacia la crisis en el orden de género. El capítulo anterior desarrolla esta hipótesis mediante el análisis de los mecanismos de la violencia masculina en el ámbito del hogar durante la posguerra. Para ello, el uso ecléctico de las ideas freudianas y las teorías de las relaciones objetales nos permiten entender de una forma más clara la importancia de los procesos conscientes e inconscientes en la conducta de los individuos y las manifestaciones culturales.

Juegos de manos constituye un auténtico ejemplo literario, aunque no de género, de lo que Sanz Villanueva definía como “anormalidad” de la temática de la novela española. La obra parodia el culto que el estado franquista rinde a un modelo de masculinidad hegemónico y autoritario construido para ejercer el control social sobre la

mujer en un periodo de intensa represión política, que termina siendo adoptado por una joven para intentar destruir la figura del patriarca. Este modelo de masculinidad femenina constituye uno de los máximos exponentes del carácter constructivista del género.

Judith Halberstam afirma que aunque la masculinidad ha sido históricamente reconocida como expresión social, cultural y política del género masculino, su conocimiento no debe limitarse únicamente a los dictados del cuerpo del hombre y sus efectos porque existen otros tipos de masculinidades alternativas, como es el ejemplo de la masculinidad femenina. Sin embargo, la creciente complejidad de este concepto sigue sin alterar significativamente su forma de ser socialmente reconocido como un conjunto de cualidades asociadas a las características naturales y exclusivas del hombre, recopiladas en forma de mitos y fantasías vinculadas al culto, el poder y la dominación.

Por ello, en la inmensa mayoría de las ocasiones seguimos considerando como modelos paradigmáticos de masculinidad a las masculinidades heroicas, las cuales dependen absolutamente de la subordinación de otras masculinidades alternativas. De este modo, dentro del grupo de masculinidades femeninas definidas por Halberstam siempre suelen sobresalir socialmente aquellas “[that] are framed as the rejected scraps of dominant masculinity in order that male masculinity may appear to be the real thing” (1), como ocurre con el modelo encarnado en el principal personaje femenino de la novela.

Sin duda, este modelo de masculinidad femenina construido por Goytisolo en su primer proyecto narrativo ha sido el más tolerado por las sociedades occidentales en muchos momentos de la historia, especialmente cuando el hombre se ha visto obligado a aceptar el protagonismo social de la mujer en favor de la consecución de un objetivo

político determinado, pero siempre que no supusiera una seria amenaza contra el orden de género tradicional. La participación temporal femenina en la primera línea del frente durante la guerra civil española es un ejemplo que ilustra esta tesis. Durante los primeros meses de la contienda sobresalen mujeres con atributos masculinos, como las heroicas combatientes milicianas Lina Odena, Rosario Sánchez “la dinamitera”, Julia Manzanal Pérez “comandante chico” o la que llega a convertirse en líder del PCE, Dolores Ibárruri, “La Pasionaria”. La participación activa de estas mujeres en el conflicto las convierte en protagonistas temporales de sus propias reivindicaciones. Su decisión de tomar parte en la guerra, combatiendo codo a codo con los hombres en la primera línea del frente, es motivada por el deseo de defender los derechos políticos y sociales adquiridos durante la República. La figura heroica de la miliciana pronto se convierte en el símbolo de la lucha del pueblo contra el fascismo. Sin embargo, pasados los primeros meses de la guerra, la mujer es apartada del frente y su papel es reorientado hacia labores de asistencia social en la retaguardia.

La joven protagonista de la novela desarrolla una serie de atributos asociados a las masculinidades heroicas a partir del odio experimentado durante la infancia hacia una figura masculina que simboliza el dominio patriarcal. Su deseo irrefrenable por el uso de la violencia llega a ser considerado por el grupo de jóvenes universitarios y burgueses al que pertenece como medio alternativo y necesario para conseguir derribar las estructuras del poder totalitario. De esta forma, el primer discurso de género goytisoliano sobre la génesis de la masculinidad y su relación con la violencia se alinea con el de las tempranas corrientes constructivistas que no la considera como una cualidad o atributo que emana

exclusivamente del cuerpo del hombre. La violencia es, por otra parte, el resultado del lenguaje y los comportamientos aprendidos en el entorno social, pudiendo ser utilizada como recurso compensatorio contra las frustraciones personales, como ocurre en muchos de los casos de violencia de género y en este atípico caso en particular.

En este capítulo analizamos el proceso de construcción de un modelo de masculinidad femenina estrechamente vinculado al deseo de violencia, tan singular dentro de la ficción novelística de los cincuenta como inhabitual en la sociedad franquista, que se fragua a partir del desprecio y rebeldía de una adolescente contra su posición en el orden de género tradicional y la imposición social de un arquetipo de feminidad católico y burgués. A través del simbolismo de la violencia femenina contra el dominio y opresión de la “Ley del padre”, Goytisolo inicia un discurso novelístico agresivo y disidente caracterizado por el protagonismo de la mujer, la cual es situada en la primera línea del frente literario para combatir directamente al régimen franquista.⁴⁷

1. Novela y compromiso: el reciclaje de la memoria revolucionaria

Ana es la única mujer de origen proletario en la pandilla de jóvenes estudiantes burgueses liderada por Agustín Mendoza. El grupo pretende asesinar a Francisco Guarner, un alto cargo del gobierno. Mendoza recuerda las palabras de la joven el día que se le ofrecía voluntaria, ella sola, para llevar a cabo el atentado:

Mi infancia había sido muy desgraciada y yo no quería que ninguna otra niña pudiese tropezar en el futuro con una señorita Celeste. Por aquellas fechas comencé a experimentar como en sueños el ansia de matar. Solo

⁴⁷ En el capítulo anterior he explicado que el término “Ley del padre” es entendido como metáfora que define la política de género franquista, devolviendo a la mujer a su histórica posición de subordinación ante el dominio y poder patriarcal.

por medio de la sangre, me decía, se puede alcanzar el derecho de ser revolucionario. Imaginaba entonces que todos los hombres auténticos tenían en su haber al menos una muerte. (99)

El irreprimible deseo por acabar con Guarner es consecuencia del odio con que aún recuerda al antiguo delegado del gobierno después de quince años. La figura del anciano simboliza el compendio de todo lo que Ana detesta en la vida: la insufrible bondad, ternura y afabilidad con los niños, la superficialidad de los modales burgueses y la insoportable banalidad del dinero. Junto a todo ello, Guarner también representa el cinismo de la cara amable del estado y la cultura patriarcal. Por otra parte, Celeste constituye la personificación de la hipocresía de las apariencias y las formas burguesas. Ana es obligada por su madre a entablar amistad con ella cuando era niña por lo que terminará siendo una de las principales causantes del odio acumulado durante una infancia traumatizante y repudiada que no desea para ninguna otra joven.

El trauma infantil constituye la causa esencial desde donde se origina el deseo de violencia que Ana pretende ejercer en forma de acción directa contra Guarner con el fin de servir a la revolución. Sin embargo, el significado simbólico que para la joven representa el objetivo del plan de asesinato –la figura del patriarca– es lo que convierte al acto en una expresión atípica de violencia de género al ser esta generalmente considerada como la ejercida por un agresor masculino contra una víctima femenina. Mendoza acepta su idea aunque decide preparar un nuevo plan para que el asesinato sea ejecutado por algún otro miembro del grupo contando con el apoyo de todos, pero falla en el último instante debido al miedo experimentado por David, ejecutor designado, a la hora de

apretar el gatillo. Su íntimo amigo Mendoza lo asesina finalmente para limpiar “la vergüenza” del fracaso en la ejecución del atentado.

David carece del principal atributo asociado culturalmente a la masculinidad: la valentía. Por el contrario, Ana presenta un exagerado sentido del heroísmo y el honor hasta el punto de arriesgar la vida por sus ideales revolucionarios. Estos valores son los que le confieren su aceptación en un círculo social formado exclusivamente por hombres. La novela refleja de una manera irracional y desordenada el increíble estado de insensibilidad y la falta de escrúpulos mostrados por un grupo de jóvenes españoles ante el crimen, el cual es entendido como una posibilidad natural para llevar a cabo la revolución contra un nuevo orden social impuesto a través de la violencia. Pero detrás de una aparente simplicidad temática y una trama inverosímil subyace una realidad tan compleja para cuya comprensión se hace necesaria una lectura con el uso de un “sexto sentido”.

La trama de *Juegos de manos* ilustra la opinión de Michael Ugarte sobre la naturaleza de la novela social, señalando que en los cincuenta, la realidad social española ha llegado a ser tan compleja e irracional que cualquier intento de ordenar sus componentes resulta una tarea inútil. A veces, el narrador suele mostrar tal indiferencia ante la miseria y el horror, que el lector se estremece ante la manera en que dichas situaciones son descritas. La novela social es el fruto de un cúmulo de sensaciones y estímulos plasmados en el papel cuya interpretación depende en gran medida del nivel de involucración del lector con una realidad no siempre representada en su totalidad.

Según parte de la crítica literaria, son pocas las características que determinan la inclusión de esta obra dentro del realismo social, predominando la convergencia temática hacia los problemas individuales derivados de la situación social de la posguerra y la crítica conjunta al inmovilismo político sustentado por la inmoralidad de la burguesía. En este caso, Goytisolo no aparece en el panorama novelístico para compartir con los autores de esta corriente literaria un sentimiento de solidaridad y compasión con las capas más humildes de la sociedad, sino para ejercer la denuncia política mediante el ataque directo hacia el joven colectivo burgués, poniendo en práctica una agresiva visión crítica contra uno de los principales pilares del régimen franquista, la familia tradicional. Por ello, y a diferencia de la vertiente narrativa objetivista empeñada en mostrar una realidad políticamente censurada, aunque permitiendo la participación del autor en la voz narrativa dejando ver su ideología, *Juegos de manos* agita el espíritu revolucionario de un lector inconformista mediante la construcción de una trama donde la violencia aparece como un arma de doble filo, obrando al final en contra de lo que se pretende.⁴⁸

Es el lector, por tanto, quien debe revelar y conceptualizar el jeroglífico de figuras y símbolos ocultos en un relato donde se alternan la narración lineal y la falta de cronología histórica. El predominio de escenas lentas, la inmovilización del tiempo y el espacio, y la abundancia de diálogos superfluos constituyen elementos que permiten imaginar la realidad de una sociedad estancada y sometida a la imposibilidad del cambio. A su vez, la inclusión de historias individuales, referidas en forma de monólogos interiores o diálogos introspectivos, ofrece una perspectiva alternativa desde el punto de

⁴⁸ *La colmena* (1951) de Cela, es considerada como modelo de novela objetivista aunque detrás de un narrador presuntamente objetivo existe una voz autoral que ejerce la crítica política.

vista que los personajes presentan sobre dicha realidad.⁴⁹ El análisis sobre el personaje secundario de Ana, al que consideramos protagonista fundamental en la evolución de la trama, ofrece la posibilidad de incluir una perspectiva de género a la temática novelística partiendo del estudio de la masculinidad femenina y su relación con la violencia.⁵⁰ Este aspecto parece haber pasado desapercibido para una crítica literaria más interesada en el debate sobre la conveniencia de incluir esta obra en el canon de la novela social y de reafirmar las características que la definen como una novela social atípica porque, técnicamente, se aleja de la narrativa objetivista e, ideológicamente, de las clases bajas como principal sujeto de interés.

Otros aspectos como la inverosimilitud de la trama, la ambigüedad del contexto histórico y el énfasis en el estudio de los miedos e ineptitudes de un grupo de jóvenes burgueses que juegan a ser revolucionarios hacen de esta novela una obra marginal, de escasa influencia en la narrativa española de los cincuenta. Bien es cierto que no es creíble la manera en que se representa la vida estudiantil sin un marco político concreto de referencia y discusión dentro de un contexto políticamente activo como es el de la España de los cincuenta. Sin embargo, el indudable protagonismo del principal personaje femenino en el desarrollo de la trama nos lleva a la necesidad de profundizar en el

⁴⁹ Barry Jordan ha considerado que estos aspectos constituyen los elementos de una moderna y sofisticada técnica narrativa –comparados con los de las novelas del momento– que no interfieren en la explícita dramatización de su compromiso político (“At the Margins”).

⁵⁰ *El fulgor y la sangre* (1954) de Ignacio Aldecoa constituye otro ejemplo diferente del protagonismo de la mujer en la subtrama del relato. Las historias de las esposas de los guardias civiles constituyen una sola voz que representa la desesperación y el sufrimiento. El castillo situado en la colina que domina la extensa llanura castellana simboliza el gran hermano orwelliano que todo lo controla, el ancla donde el régimen se aferra a la eterna historia de un país que siempre camina en la misma y equivocada dirección, y la mazmorra donde se consumen las vidas de estas mujeres.

análisis de género con el fin de aportar un nuevo enfoque al complejo discurso ideológico.

Barry Jordan destaca en su estudio sobre *Juegos de manos* la inclusión de elementos freudianos que explican la conducta de los personajes, condicionada esencialmente por la influencia permanente de las figuras paternas. Así, la cobardía de David en el momento de ejecutar el asesinato se debe a un aumento de la ansiedad edípica al hallarse frente a frente con la víctima designada de apariencia senil e inocente. La existencia del joven está dominada por un permanente complejo de castración. Es de “los que se resignan”; no se marcan metas personales ni persisten en la consecución de objetivos. La colección de bastones que su padre le había regalado y el machete con mango de plata que su abuelo trajo de Cuba son objetos que conserva desde la niñez y le mantienen permanentemente sometido a la influencia de recuerdos e imágenes de una infancia repudiada, dominada por la presencia permanente de la principal figura patriarcal, “el viejo indiano con carácter”, cuyo cuadro ha presidido siempre el comedor de su casa.

Esta es una de las representaciones simbólicas a las que Connell define como “enactment of hegemonic masculinity in everyday life” (232); la eterna sombra del dominio patriarcal sobre la familia, tan intensamente enraizada en la cultura y las instituciones. En términos freudianos, la escena constituye un ejemplo de cómo el terror de castración se mantiene permanentemente activo a lo largo de la existencia del individuo. Por ello, las reuniones que los jóvenes mantienen en las llamadas “tardes de lepra” constituyen una terapia donde contrarrestan temporalmente esta amenaza mediante

la subordinación de la voluntad individual al poder y la fuerza del grupo. El fomento del odio visceral hacia la familia es la manera en que reafirman su hombría y virilidad corrompidas por la educación castrante y burguesa. Sin embargo, la irrupción de un nuevo modelo de masculinidad heroica dentro del grupo, representado por una mujer, intensifica aún más el complejo de castración en el resto de los miembros, especialmente en David. El carácter serio e introvertido de la joven, además de su alto sentido de lealtad hacia sus responsabilidades políticas contrasta con la coquetería y docilidad de Gloria, personaje femenino antagonista en la novela.

La profundización en el análisis de la conducta de la protagonista nos permite descifrar las etapas en la construcción y desarrollo de la masculinidad femenina. Para ello es pertinente conocer su desarrollo psicoemocional, la historia de las relaciones familiares y su reacción ante la imposición de roles sexuales femeninos. En capítulos anteriores hemos observado cómo los paradigmas normativistas son rechazados por las tempranas teorías constructivistas para demostrar que la masculinidad posee una naturaleza social y su desarrollo depende en gran medida de la influencia de los procesos de socialización y los roles sexuales aprendidos. Más adelante se verá que la representación de las relaciones de género en la novela se ajusta a estos parámetros, a lo que hay que añadir también la influencia de otra realidad invisible y escondida detrás de la trama, la cual está configurada por la influencia de la experiencia personal del autor y su deseo por transformar la realidad en la que vive mediante la violencia semántica.

Sergio Colina Martín señala que su utilización crea el elemento necesario para derribar intelectualmente las estructuras del poder. La violencia semántica y el

sentimiento de orfandad actúan como elementos estructurantes de los textos de Juan Goytisolo. Con la muerte de su madre –Julia Gay– durante uno de los bombardeos sufridos por la ciudad de Barcelona en 1938 se desvanecen para siempre el afecto, el cariño y la ternura maternal, produciendo una reacción de extrañamiento en el niño de siete años frente al orden nacionalcatolicista al que considera responsable por la muerte de su madre. De la relación entre estos hechos y su creación literaria, Goytisolo afirma que “en la primera etapa exponía una serie de preocupaciones que me atormentaban o que me habían atormentado en la niñez o en la adolescencia, pero lo hacía con un desconocimiento bastante flagrante de la realidad exterior, de lo que me rodeaba” (Rodríguez Monegal 116). El recuerdo, señala B. A. González, constituye la “acción principal para la evaluación de los personajes” (35). El tiempo presente y estático de estos recuerdos es anacrónico, la introspección en los protagonistas es constante y los monólogos, más que enfatizar la acción en el presente, hacen girar la atención del lector hacia las circunstancias que motivan sus actos. La trama de *Juegos de manos* está subordinada al retrato de los personajes en el momento en que se desarrolla la acción y a sus razones existenciales dominadas por el repudio a la infancia y el deseo de ruptura con los lazos familiares. La separación unilateral de la familia es el resultado de una decisión personal, a imagen de la ruptura de Goytisolo con el estado franquista.

Por tanto, la creación de un tiempo narrativo donde convergen diferentes acontecimientos históricos del pasado parte de la experiencia vital del autor, de una infancia traumatizada como consecuencia de la guerra. Por ello, entiendo que la crítica a la falta de verosimilitud de la trama, a la manera de representar la vida estudiantil

española y a la inexistencia de un marco político claro de referencia se debe, principalmente, a la exclusión de elementos que no pertenecen al marco histórico real, el de comienzos de los cincuenta. Ciertamente, la existencia de la represión política, la vida burguesa estudiantil, los móviles revolucionarios o las salidas al cine a ver películas de bandidos nos sitúan en dicho contexto, pero las referencias a los destierros a África, la tolerancia del gobierno con los anarquistas, la existencia de guardias de asalto y la aparición del “dibujante anarquista Zim”, parodia de José Luís Rey Vila “Sim”, sitúan a la novela dentro del contexto histórico de la República.⁵¹

Se puede afirmar que Goytisolo utiliza la novela como medio artístico donde somete la memoria del pasado a un complejo proceso de reciclaje cultural para refrescar la memoria del lector, ponerlo en perspectiva ante la situación actual y estimular su deseo por transformar la realidad en la que vive. Tomando la definición de cultura que nos ofrece Labanyi, como “a ‘recycling’ process in which nothing is lost but returns in new hybridized forms, adapting to changed circumstances” (*Constructing* 12), observamos que la yuxtaposición de imágenes que nos sitúan al mismo tiempo en los años de la República, la inmediata posguerra o la década de los cincuenta es la manera en que el autor desea construir un tiempo presente donde se puedan reutilizar aspectos de la memoria de un pasado muy reciente y traumático para conectarlo con el propósito político del presente, en los albores de las luchas estudiantiles que suponen el inicio del lento derrumbamiento del régimen franquista.

⁵¹ Sería impensable que en la España franquista alguien fuera puesto en libertad bajo fianza por la posesión ilegal de armas, como ocurre con Betancourt.

Los episodios en los que se subdividen los capítulos aluden indistintamente a un tiempo presente, “a la mañana siguiente”, o al pasado, “hace muchos años”. La representación de un contexto histórico confuso para el lector se debe, según el análisis formalista ofrecido por Genaro J. Pérez, a una motivación artística de desfamiliarización, lo cual supone la representación de un acontecimiento traumático cercano y constantemente presente en la memoria colectiva mediante el recuerdo de imágenes dispersas como si fueran parte de un acontecimiento nuevo y original. El motivo principal del autor es la construcción de la trama y la historia a partir del desarrollo de los temas y no al contrario.⁵² De esta forma, la transposición de elementos que pertenecen a diferentes tiempos históricos en una misma acción narrativa forma parte de la estrategia creativa diseñada por el autor para posibilitar la participación activa de la mujer en el contexto político de la novela. El resultado es la supremacía del deseo sobre la realidad; la voluntad del autor por recuperar la memoria de la heroica mujer republicana para que vuelva a ser protagonista del activismo político supera a la lógica de la temporalidad. En el nuevo contexto de lucha la violencia aparece como único recurso para derribar las estructuras de un sistema opresivo, comenzando por la eliminación de la figura que simboliza el pilar central del estado patriarcal.

⁵² En su análisis, Genaro J. Pérez toma el término “motivación” de Lee Lemon y Boris Tomashevsky. El primero lo define como la razón que gobierna el uso de un mecanismo particular y puede incluir cualquier cosa desde el deseo del autor para conmover a sus lectores, a la necesidad de incluir soportes requeridos por la acción. Para Tomashevsky, la motivación es el entramado de mecanismos que justifican la introducción de motivos individuales o del grupo de motivos.

2. El asesinato simbólico del patriarca: naturaleza, causas y consecuencias de la violencia

La actitud rebelde y amenazadora de Ana está lejos del cinismo manifiesto en el resto de los miembros del grupo. El deseo de los jóvenes por romper con los lazos familiares no se corresponde con la realidad ya que todos aceptan la dependencia económica y algunos continúan incluso viviendo con sus padres. De todos, Ana es la que parece haber roto completamente con su familia. El odio contra Guarnier se ha transformado en una herramienta que sirve como estímulo motivacional del atentado con el fin de servir a la causa revolucionaria. La principal característica de la joven es la lealtad inquebrantable hacia sus ideales. Mientras que para los hombres del grupo, inconformistas y rebeldes sin causa, el golpe solo significa una acción para “señalarse”, para ella, el asesinato es la forma de expresar socialmente el rechazo hacia las poderosas estructuras del estado patriarcal mediante la reivindicación de la violencia como medio de comunicación juvenil dentro de un sistema opresivo. La joven forma parte de las rebeldes de clase obrera cuya lucha está motivada por el rechazo al modelo familiar burgués considerado como vehículo de autoridad patriarcal que legitima la opresión y domesticación de la mujer. La acción directa supone también un acto simbólico de intervención contra la injusticia de un sistema de relaciones de género.

Para poder llevar a cabo el plan, Ana tiene que formar necesariamente parte activa del grupo dominante y mimetizar un modelo de masculinidad heroica asociado a la violencia que depende de la subordinación de otras masculinidades alternativas. Esta situación reafirma el hecho de que la masculinidad es una cualidad que puede ser

adquirida intencionalmente y un medio para entrar en contacto con el entorno apropiado donde poder llevar a cabo un objetivo. Por lo tanto, esta no es una característica fija sino un valor negociado entre Ana y los hombres del grupo que puede cambiar con el tiempo. Por otra parte, la violencia no es un fenómeno simple y uniforme y su conexión con la masculinidad no es solamente una consecuencia de la exageración de la hombría y la virilidad, sino que constituye un verdadero objeto de conocimiento complejo y multidimensional.

El examen retrospectivo sobre la vida de los tres personajes implicados directamente en el atentado –Ana, Agustín Mendoza y David– nos permite conocer el desarrollo de tres modelos de masculinidad y entender la complejidad de las relaciones de género. Debido a que los personajes masculinos se hallan en el foco de la acción narrativa y el femenino en una posición subordinada, Agustín aparece como único modelo de masculinidad hegemónica.⁵³ Este modelo, como señala Connell, es ejercido por los más poderosos, cuya posición suele encontrarse en la punta de estructuras sociales piramidales de autoridad, control y poder, como el ejército y el gobierno, o también por los mitos heroicos del pasado que representan una correspondencia directa entre ideal cultural y poder político e institucional. Cuando las condiciones para la defensa del patriarcado cambian, las bases que sustentan este modelo de masculinidad comienzan a erosionarse. La mujer puede poner a prueba la solidez de dichas bases.

⁵³ Según el estudio de Connell derivado del análisis de Antonio Gramsci sobre las relaciones entre las clases sociales, las masculinidades hegemónicas se caracterizan por su posición de liderazgo en el grupo y la legitimación del patriarcado para garantizar la posición dominante del hombre y la subordinación de la mujer.

El examen retrospectivo sobre la vida de la joven desvela que el origen de su inclinación homicida parte de un sentimiento de disconformidad con su rol femenino debido a la experiencia de la otredad, lo cual supone el motor del cambio de su vida. La teoría del rol sexual desarrollada durante los cincuenta constituye uno de los primeros acercamientos teóricos a la explicación de la violencia como fenómeno surgido del aprendizaje del rol sexual en la casa y la escuela durante la infancia. La violencia no es un fenómeno de naturaleza individual, sino que es determinado por la interacción entre los individuos y las estructuras sociales. La novela expone este acercamiento teórico recreando los efectos y consecuencias del sometimiento del individuo a la estructura jerárquica del grupo, el cual constituye un espacio cerrado donde los miembros comparten similares características sociales. Aunque este no es el caso de Ana, la joven y el resto de los jóvenes tienen en común el mismo deseo por la violencia, principal elemento de cohesión grupal.

La libertad con que ella se mueve en un espacio social masculino se justifica debido a la existencia de un entorno cultural más tolerante con la masculinidad femenina que con la feminidad masculina. El personaje es construido sin necesidad de acudir al uso de estereotipos grotescos y recurrentes que exageran las características físicas varoniles, o la conducta y los ademanes de las mujeres masculinizadas. Así, Mendoza la describe como mujer emocional, irracional e impulsiva, y el narrador la presenta como inexpresiva e introvertida, sin caer en el estereotipo de “marimacho”, aun vistiendo traje oscuro, mal cuidado y cazadora de cuero “de hombre” que suele llevar sobre los hombros. Su

orientación sexual es ambigua, contrastando en gran medida con la explícita heterosexualidad de Gloria.

Los rasgos que definen su carácter no parecen estar asociados a perfiles psicóticos o paranoicos. La falta de reparos en matar al supuesto enemigo de su causa se debe a la existencia de “ciertas representaciones mentales [que] han inducido a personas aparentemente normales a la acción terrorista” (Avilés 7). Consciente de la situación de opresión a la que está sometido el sexo femenino a través de su experiencia personal, Ana abraza el anarquismo no sólo como doctrina general alternativa de emancipación social individual sino como medio a través del cual llevar a cabo su objetivo. El uso de la acción directa es una mimesis de la violencia masculina anarquista ejercida a finales del siglo XIX y un reflejo del contexto político español durante los meses previos a la guerra civil. Mientras que para los jóvenes del grupo el golpe sirve como posibilidad de escapar a la clase social a la que pertenecen, trascendiendo su indolencia en la confirmación de su solidaridad con la clase proletaria, para Ana supone el enlace y el compromiso con el ideal revolucionario, pero también una forma de redimir su alma.

En *Conocimiento del hombre* (1926), Adler establece que el carácter es un concepto social formado tanto por el afán de dominio como por el sentimiento de comunidad. Este comienza a forjarse en el momento en que el ser humano trata de adaptarse a las necesidades y obligaciones que la vida le impone. De los cinco rasgos agresivos del carácter señalados en su obra –vanidad (ambición), celos, envidia, avaricia y odio–, el de Ana está dominado por un sentimiento de odio generado por una fantasía infantil que provoca la elusión de la realidad. La imitación de la acción heroica es un

recurso utilizado por la joven para intentar adquirir poder dentro del grupo. Su valentía supone un gran desafío para el resto de jóvenes y los obliga a poner a prueba su masculinidad. Esta amenaza explica la descripción de Agustín de su plan inicial “para asesinar, ella sola, a Guerner”, como “infantil” y basado en motivos puramente emocionales. Agustín, “que era uno de esos hombres hábiles en quitar a los demás la razón de existir, en poner al desnudo el mecanismo secreto de sus sentimientos” (205), se apropia de esta fantasía para diseñar el plan con la intención de obtener el beneficio en forma de reconocimiento y reafirmación de su liderazgo, eliminándola como candidata a ejecutar al asesinato. La inmediata desaprobación del plan es la manera de humillarla y constituye, en realidad, un mecanismo de defensa ante la amenaza que Ana supone para su liderazgo. Por ello, este no puede tolerar la “vergüenza” del fracaso del golpe y termina por sacrificar a David, entregándose finalmente a la policía.

De esta forma, el modelo de masculinidad heroica representado por la joven es el que en realidad impone su hegemonía frente a la frágil masculinidad de Agustín, más orientada hacia el narcisismo propio que al interés general. Ella no persigue la obtención de control y poder, sino venganza. Únicamente se sirve del grupo como medio para llevar a cabo su objetivo. En él, encuentra el espacio apropiado para converger su propio interés con el del resto de los miembros, consiguiendo superar cualquier complejo de inferioridad mientras sus aspiraciones sociales sigan coincidiendo con el objetivo general. El primer capítulo explica cómo del complejo de inferioridad, entendido por Alfred Adler como un tipo de neurosis, surge la “protesta masculina”, equivalente a la ansiedad de castración en la teoría freudiana, la cual aparece cuando el individuo desarrolla un rol

social con el que no se identifica al no ser propio de su género. Del sentimiento de inferioridad surge el afán de poder, rasgo que suele presentarse en la infancia, manifestándose en su grado máximo en forma de agresión.

Ana experimenta la protesta masculina en forma de rebeldía hacia la obediencia, sumisión y subordinación a la autoridad patriarcal durante la adolescencia debido a la inconformidad con su rol social condicionado por su sexo. Por ello, se interesa por aquellas actividades y comportamientos asociados a las masculinidades heroicas que implican una mayor competitividad individual, afán de superioridad y control emocional. La pertenencia a la clase obrera, la conflictiva relación con la madre y el contacto con la política a través de la figura paterna son factores que aparecen en las diferentes etapas de la formación de su personalidad e influyen en su posterior identificación con los ideales revolucionarios de donde adopta este modelo de masculinidad.

De su niñez recuerda “después de tantos años, [que] parecía que se lo hubiesen grabado en la memoria con imágenes de fuego” (87), el día que el Señor Delegado – Guarner– llega a la barriada para inaugurar un grupo de casas económicas. Un grupo de manifestantes irrumpe en el acto, “jóvenes mal vestidos, portadores de carteles, que pegaban pasquines en los árboles y en las paredes de las casas” (90), a los que su padre llama enemigos. Ana, que tiene ocho años en ese momento, sin entender lo que dicen aquellos revolucionarios, aplaude a rabiar imitando la actitud de parte de los presentes. El recuerdo alegre de los gitanillos que cierran la manifestación, a pesar de vestir trajes muy manchados e ir descalzos, se mezcla con la imagen de aquel delegado que con el tiempo

llega a simbolizar todo lo que los jóvenes revolucionarios odian y desean desterrar para siempre.

Durante el acontecimiento, Ana manifiesta nuevos rasgos de su personalidad que la impulsan a actuar de manera diferente con respecto a otros niños de su misma edad. Tiene predilección por los sabores diferentes al de los caramelos que Guarner regala y, contrariamente a la tendencia de los adultos y los más pequeños, siente atracción por otros colores además de los exhibidos en la bandera que todos portan y ondean. La actitud de la niña demuestra que la simbología de la retórica oficial desplegada durante el festival organizado para celebrar la presencia del delegado en el barrio no logra cumplir el propósito de servir como estrategia político-pedagógica efectiva. El acontecimiento supone su primer recuerdo sobre la adquisición de la conciencia individual en el desarrollo de la personalidad que el psicoanálisis explica como la tensión constante entre el yo y el superyó a lo largo del ciclo vital a través de la experiencia con los otros. La impactante imagen de la manifestación de los “revolucionarios”, reivindicando sus derechos sociales, y la alegría de los gitanillos que bailaban al final, contrasta con la actitud hipócrita y grotesca de opulencia y falsa generosidad que muestran los colaboradores de Guarner, provocando en la niña un sentimiento de atracción hacia los primeros que despierta un sentido de pertenencia a la misma clase social de los manifestantes.

El deseo principal de la madre de Ana es que la hija no termine siendo otra obrera como ella y tenga que sufrir una existencia humilde e infeliz. Su padre, “un simple carpintero”, víctima de un capitalismo castrante y alienante hasta el punto de transformar

su sentido de conciencia colectiva y su apoyo a la lucha revolucionaria en aspiraciones individuales a través “de la elevación por uno mismo”, delega en la esposa la educación social de la hija, quien la expone a unas relaciones de amistad con niñas de clase alta con las que finalmente no se siente socialmente identificada. Su amiga Celeste simboliza el logro de sus primeras aspiraciones sociales y el acercamiento a la clase selecta. Pero de ella termina conociendo también el mundo burgués sustentado en la hipocresía de las apariencias y las formas. Ana termina sintiéndose un objeto, un juguete a manos de la amiga, y por ello, recuerda, “brotaba en mi interior la llama del odio: deseé morir y que la tierra me tragara” (97). El trauma emocional producido por esta experiencia activa un mecanismo de defensa, comenzando a proyectar en la madre “absurda” e “inconsecuente” aunque también “generosa” y “más ambiciosa e inteligente que el padre”, su inseguridad y sentimiento de inferioridad.

Después de esta etapa nace en Ana el deseo de separación de la cultura burguesa que culmina en lo que Connell define como “momento de compromiso” con la masculinidad heroica en el instante en que comienza a sentir curiosidad por la política tras oír la discusión entre su padre y el antiguo compañero de trabajo que acababa de ser despedido con motivo de las huelgas.⁵⁴ Ahora, la joven se siente plenamente identificada con aquellos manifestantes a los que su padre, en un tono derrotista, califica como enemigos que desean destruir el orden existente a través de la revolución. Ella entiende que debe estar al lado de ellos, “de los que matan”. El crimen, como señala Lacan, está presente en el lenguaje, el universo simbólico común a todos los hombres. El origen del

⁵⁴ El término utilizado por Connell es “moment of engagement”.

ser humano está marcado por un tipo de violencia simbólica que se inicia a partir del deseo del otro en imponernos nuestra identidad.

El proceso de individuación de Ana es largo, conflictivo y doloroso. El primer contacto con la política supone la adquisición de un nuevo tipo de lenguaje agresivo hasta ahora desconocido para ella, donde la palabra “revolución” está estrechamente ligada a “destrucción del orden social”, es decir, la destrucción del sistema patriarcal.

Paradójicamente, la mujer debe adquirir las mismas cualidades, atributos y valores de las masculinidades hegemónicas para destruir un sistema que la oprime y que, como señala Paul Smith, “add up to social legitimacy of patriarchy” (4), oscureciendo e imposibilitando la aceptación social de otros tipos de masculinidad. El gran poder de influencia que Ana llega a ejercer sobre el grupo, al que define como “chiquillos que se esfuerzan en portarse como hombres” (213), tras el frustrado atentado, motiva la decisión de Agustín de matar a David por haber fracasado en el momento final.

Juegos de manos es literalmente una novela revolucionaria porque el contenido de la trama encierra un mensaje que reivindica el cambio social profundo e inmediato mediante el ejercicio de la “atípica” violencia de género. Esta es presentada como medio alternativo que puede contribuir a destruir las estructuras sobre las que se levanta la cultura de la injusticia social instaurada por el estado patriarcal. El trauma emocional infantil es el impulsor del deseo de Ana por el cambio que se inicia a partir de una primera proyección en las figuras parentales de todas las frustraciones individuales que surgen como consecuencia de una educación castrante y represiva. El deseo de violencia en la adolescencia aparece en el momento en que se enfrenta a la realidad de un sistema

que ejerce la misma opresión paterna de la que desea liberarse. Por lo tanto, los jóvenes se encuentran ante la alternativa del inmovilismo y la apatía social, justificando de esta manera el mismo sistema que los mantiene atrapados, o bien deciden luchar por elegir un nuevo destino y construir una nueva realidad en la que puedan ser protagonistas, para lo cual deben aceptar todas las consecuencias que requiere dicho sacrificio en un estado totalitario como el franquista. La ambigüedad del comportamiento humano tiene su origen en esta dicotomía existencial: deseo por el cambio frente a disposición al sacrificio, y en la cohabitación de emociones y sentimientos opuestos.

Partiendo de esta reflexión, Goytisolo elige dos aspectos comunes a los individuos que son los que ponen límite a sus ambiciones y establecen las grandes diferencias. El impulso agresivo es, indudablemente, uno de ellos. El segundo, es el de la masculinidad, entendida como cualidad universal del ser humano, independientemente de su sexo, y culturalmente vinculada a la violencia. La relación entre ambos aspectos es el tema que verdaderamente hace de esta novela una obra diferente e innovadora con respecto a las de su momento. Para el autor, la masculinidad agresiva es un mito generado por el hombre que no ha servido nada más que para construir una cultura de violencia de la que es también víctima, especialmente cuando aparece en su expresión extrema en forma de heroísmo. Este es el factor que empuja al personaje femenino de la novela a considerar dicha cualidad, concepto o idea como garantía de éxito para llevar a cabo su plan. De esta forma, la violencia femenina es una mimesis de la violencia masculina aunque motivada por diferentes factores; principalmente, constituye una reacción defensiva contra el dominio y el poder patriarcal bajo un permanente sentimiento de injusticia y opresión. Es

una violencia dirigida contra la autoridad patriarcal que simboliza la “Ley del padre”. Su destrucción supone la posibilidad del cambio pero también supone el sacrificio de los más débiles e inocentes.

VI

LA CONSTRUCCIÓN DISCURSIVA DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO EN

TIEMPO DE SILENCIO

Ella misma haciendo la casa con las manos quemadas de la cal mientras el alfeñique bebía por la tarde; ella misma pegada, golpeada, una noche, otra noche, pegada con la mano, con el puño, con una vara, con un alambre largo. . . . (*Tiempo de silencio*)

El distópico escenario provocado por la recesión económica de esta segunda década del siglo XXI, que azota cruelmente a los sectores más desfavorecidos de la sociedad española, y la crisis política, social y cultural derivada de la misma, estimula el interés por una nueva lectura de *Tiempo de silencio*. La novela nace como consecuencia de una de las detenciones del escritor por la policía franquista que le supone la suspensión de empleo y sueldo en el hospital de San Sebastián donde trabaja. El resultado del encierro que se autoimpone durante los meses de inactividad laboral da lugar al nacimiento de uno de los libros más influyentes de la España moderna, siendo rápidamente publicado en el extranjero.

Josep Maria Castellet, miembro del comité de lectura de la editorial Seix Barral que publicaría la novela en España, resume la trama en la ficha de lectura de la siguiente manera:

Pedro, joven investigador médico español, vive en una pensión madrileña, regentada por tres mujeres –abuela, madre e hija–. Una noche de juerga se emborracha, se acuesta con Dora –la nieta de la pensión– y es reclamado para un raspado de matriz, a consecuencia de un aborto mal hecho. Medio

borracho todavía, no se da cuenta de que está operando sobre un cadáver. Cuando lo averigua huye despavorido y sus amigos le esconden en una casa de prostitución, de donde es sacado por la policía y metido en la cárcel. Pero le sueltan pronto y se promete entonces con Dora. Sin embargo, un día, el prometido de la chica muerta se venga en Dora – apuñalándola– del crimen que cree que el médico ha perpetrado en su novia. Pedro vuelve a su pueblo. (Lázaro 238)⁵⁵

El silencio de Don Pedro, protagonista de la novela, ante el asesinato de Florita debido a la brutal práctica abortiva a la que es sometida, es la causa principal que determina su suerte final. Sin embargo, la fatalidad de su destino no es solo consecuencia de sus erróneas decisiones sino el resultado de la concatenación de situaciones y circunstancias personales y sociales influenciadas por el entorno y relacionadas con la vida de varias mujeres, las cuales comparten un pasado de maltratos físicos y psicológicos.

Muecas, padre de Florita, acude durante la noche a la pensión donde vive el joven médico investigador para que le acompañe urgentemente a su chabola donde su hija se encuentra al borde de la muerte. La joven ha sufrido la pérdida de mucha sangre debido a la práctica abortiva llevada a cabo por el Mago de la aguja y ordenada por su propio padre. El embarazo se debe a la violencia sistemática a la que ha sido sometida por su progenitor. A Don Pedro no le queda otra alternativa que intentar controlar la hemorragia, pero debido a su inestabilidad física y emocional a causa del alcohol ingerido durante la noche, la inexperiencia y la falta de medios adecuados para operar, no logra conseguirlo. Florita muere desangrada y a partir de ese momento la desgracia comienza a cernirse

⁵⁵ El personaje de Dora al que se refiere la ficha de lectura corresponde al de Dorita en la novela.

sobre la existencia del joven médico, quien decide omitir el hecho ocurrido en vez de denunciarlo.

Irónicamente, el protagonista es el único detenido por la policía aunque más tarde es liberado gracias al testimonio de Ricarda, madre de la joven y esposa de Muecas, quien declara a su favor eximiéndole de toda culpa. Sin embargo, a partir de ahora, Don Pedro se enfrenta a la justicia del pueblo, más implacable y severa, más arcaica e irracional, que sólo entiende de la reparación del honor mediante la venganza y la ley del ojo por ojo. Amador, su asistente en el laboratorio, le confiesa a Cartucho bajo amenazas que el médico es el culpable de la muerte de Florita. Este, vecino de Muecas, joven violento y siempre dispuesto a tirar de la navaja, con quien la joven ha mantenido algún que otro escarceo sexual, decide tomarse la justicia por su mano una vez que Don Pedro abandona la cárcel. Como “no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague” (285), decide reparar su honor apuñalando a la prometida del médico. Sin mujer y sin carrera como investigador, termina sus días ejerciendo bajo el anonimato en cualquier lugar de la geografía española.

Mucho de la realidad representada en la novela puede suponer un *déjà vu* para una generación de lectores familiarizados, a través del testimonio familiar, con la cruda realidad de una de las peores pesadillas en la historia de España.⁵⁶ El empobrecimiento de la población, el chabolismo, el insuficiente apoyo institucional a la investigación científica, la corrupción generalizada en la clase política y financiera, la sensación de

⁵⁶ Carlos Castilla del Pino describe la realidad del Madrid de los cincuenta en *Tiempo de silencio* como el Madrid de las restricciones de electricidad, con cartillas de racionamiento, con un hambre y un frío tremendo y una periferia donde había desmontes y cuevas en las que de manera hacinada vivían infinidad de “criaturas” (“Evocación” 162).

silencio intelectual ante la injusticia social y los continuos casos de violencia de género, son situaciones que aparecen también en la obra de Martín Santos y que nos acercan a la realidad del escenario imaginado de la posguerra. Salvando las abismales diferencias existentes entre aquella España y la de hoy, la crueldad de la violencia contra la mujer en la novela –incesto, muerte por aborto forzado y apuñalamiento– no varía con respecto a la de muchos casos actuales, demostrándose que la cultura del machismo tribal, el silencio y el conformismo siguen instalados en una sociedad más multicultural y más narcisista que la de la posguerra.

A pesar de que los medios de comunicación bombardean diariamente con noticias sobre discriminación femenina, agresiones y asesinatos de mujeres, en contraste con el sensacionalismo de la prensa franquista, y después de ocho años de promulgada la Ley Integral de Violencia de Género, una macro encuesta llevada a cabo en 2011 por el Observatorio contra la Violencia Doméstica refleja que más de dos millones de mujeres han sido maltratadas alguna vez por sus parejas sentimentales (“El muro”). En 2012, año en que son asesinadas cincuenta y dos mujeres, los profesionales españoles de la salud pública detectan unos doce mil casos de maltrato físico o psicológico hacia la víctima, incluyendo setecientos casos que afectan a mujeres embarazadas. En un sesenta y cinco por ciento de ellos, la agredida suele ser una mujer española de entre veinte y veintinueve años de edad (Sahuquillo). En 2013, cuarenta y ocho mujeres y cinco niños son las víctimas mortales de la violencia machista, aunque sólo diez de las asesinadas habían denunciado previamente los malos tratos recibidos por sus parejas. (Álvarez). A pesar de todos los casos de violencia de género registrados en España, el silencio de las víctimas

hacia el maltrato sufrido debido al miedo a las represalias y la negligencia del estado para garantizar su protección sigue formando parte del panorama actual (Sahuquillo y Vidales).

Javier Covarrubias, portavoz de AHIGE (Asociación de Hombres por la Igualdad de Género) señala que es todavía difícil identificar, no sólo casos de violencia psicológica o verbal contra la mujer sino incluso de violencia física porque en muchas ocasiones la víctima no es consciente de que los sufre ni el maltratador de que la ejerce (“Todavía”). En muchos casos, esta retira la denuncia debido al miedo a liberarse de la dependencia emocional y económica de su pareja, o, simplemente, por temor hacia su agresor. De hecho, ninguna de las dieciocho mujeres asesinadas desde enero a mayo de 2012 había denunciado ninguna situación de acoso o amenaza. Ante estos datos, Ana Mato, ministra de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad del gobierno español, denuncia que el silencio se convierte en el principal cómplice de los malos tratos. Después de consultar la hemeroteca de los principales diarios nacionales, la realidad de la España de hoy demuestra que todavía hay hombres que no denuncian este tipo de violencia y no se posicionan a favor de las víctimas porque entienden que el maltrato constituye una situación anecdótica que debe ser tratada como asunto privado de pareja, por lo que no hay que interferir.

El silencio, como señala Jo Labanyi, además de formar parte de la cruda realidad de la agresión a la mujer, constituye una doble función irónica narrativa en *Tiempo de silencio* –hablar por lo que se calla– que obedece a una voluntad crítica autoral por denunciar la represión de la voz femenina durante la etapa franquista donde los conceptos

de “mujer” y “silencio” son inseparables en el discurso machista tradicional. Por lo tanto, “cabe pensar que la insistencia de Martín Santos en el silencio femenino obedece, no a una ceguera ante la problemática de la representación de la mujer, sino a una voluntad crítica” (“Mujer y silencio” 153). Dicha opinión parte del hecho de que esta no tiene voz propia en la novela, siendo el narrador omnisciente el que siempre habla por ella. Además, la aparición de un único monólogo interior femenino que sólo refleja el pensamiento de la abuela desde su concepción machista de la realidad constituye otro ejemplo de la alienación de su identidad femenina provocada por la violencia doméstica padecida durante toda su vida. Para ella, los malos tratos recibidos por parte de su difunto esposo son justificados, ya que el papel del hombre es el de corretear tras las faldas y dar palizas a su mujer. La anciana, decana de la pensión que regenta y viuda de militar del ejército colonial español, como muchos cabezas de familia durante la posguerra, debe asumir el papel de patriarca de una familia compuesta únicamente por mujeres, lo cual estimula su identificación con el rol sexual masculino.

Al contrario de lo que ocurre en la vida real de la España de la posguerra, el propósito discursivo de la novela es el de anteponer la voz de la denuncia ante la injusticia de la doctrina del silencio y la conformidad social con el ejemplo de la decisión final de la esposa del Muecas, que contrasta con la actitud de la abuela durante toda la novela. Ambas mujeres padecen las consecuencias psicológicas producidas por el trauma de la violencia doméstica sufrida a lo largo de sus vidas. Pero, si por una parte la anciana continúa dependiendo emocionalmente de la memoria de su difunto esposo y sobrevive interiorizando el machismo castrense para ejercerlo como principio de autoridad familiar,

por otra, Ricarda llega a romper el silencio impuesto por la dictadura patriarcal que impera en su hogar en el momento en que decide denunciar a su esposo como culpable de la muerte de su hija.

La actitud de Ricarda satisface también el deseo del autor por crear un personaje femenino cuya participación en el resultado final de la trama rompa con la imagen arquetípica de sujeto pasivo que de ella se promueve a través de la propaganda oficial y la novela falangista en la España de los cuarenta. Su situación es, quizás, la que más indignación provoca en el lector por su condición de extrema dependencia emocional y económica hacia su esposo y maltratador, por su pasado marcado por la violencia física y psicológica, y por su incierto futuro tras la muerte de su hija y la encarcelación de Muecas. Su denuncia exime a Don Pedro de toda culpa ante las autoridades policiales, aunque es apartado definitivamente de su carrera como investigador por su negligencia profesional.

La implicación del protagonista en la muerte de Florita ha dado lugar a que la mayor parte de la crítica literaria se centre en el análisis de su conducta moral. *De Tiempo de silencio*, “considerada casi unánimemente como la genuina materialización textual innovadora de los sesenta” (Curiel Rivera 49), convertida en “una obra canónica de la narrativa española contemporánea” (Gómez 135), se ha escrito también sobre una amplia variedad de temas sobre la mujer. Este capítulo profundiza en el análisis de la construcción discursiva de la violencia de género en la novela desde las diferentes perspectivas narrativas que aparecen en el texto con el objetivo de aportar más significado al inacabado proyecto teorizador del realismo dialéctico emprendido por el

autor con su primer gran proyecto narrativo. Las diferentes formas de violencia, el proceso de su mecánica y la dinámica de sus contradicciones aparecen en la obra mediante las acciones individuales de los personajes, motivadas por la influencia de múltiples factores psicológicos, sociales y culturales que surgen de un mismo principio de realidad inmutable: el subdesarrollo cultural y económico de la nación española a lo largo de su historia.

Martín Santos aprovecha el escenario más extremo de la realidad de la posguerra, momento en el que el país se encuentra sumido en un gran retroceso cultural y en la extrema pobreza, para utilizar el problema de la violencia de género como factor vertebrador de la trama y causa del destino final de Don Pedro. Además, la alusión a la violencia existente en todas las etapas históricas de la formación de la nación española constituye el elemento central de la ironía narrativa para denunciar que el miedo, el silencio y el conformismo social han formado la raíz de los mitos del culto a la violencia machista y la cultura del rechazo a la otredad femenina. El miedo, el silencio y la conformidad son también las características que definen la conducta de Don Pedro, cuya actitud ante la injusticia es comparada por el autor con la de algunos representantes de la intelectualidad española exenta de coraje que calla ante la represión franquista.⁵⁷

⁵⁷ La figura de Ortega y Gasset, máximo representante de la intelectualidad liberal española que retorna del exilio, ignorando la cruda realidad de la dictadura franquista, es satirizada por el narrador de la novela. Así mismo, el contenido de su obra “El hombre y la gente”, y su concepto de mujer y feminidad son de la misma forma parodiados por la misma voz narrativa.

1. Contra Ortega y Gasset: el idealismo del hombre y el realismo de “la hembra” (y la gente)

Uno de los intelectuales españoles más influyentes de todos los tiempos y que ha estado constantemente en el punto de mira de la crítica de Martín Santos es Ortega y Gasset. Es conocida la relación amor-odio mantenida por el autor de la novela con el pensador, del que ha leído casi toda su obra. Por una parte, Martín Santos admira de Ortega su facilidad retórica y prosística para crear nuevos adjetivos que de la misma forma son trasladados al texto por el escritor. Pero por otra, lo considera un pésimo filósofo y parte de la realidad espiritual española que hay que destruir.⁵⁸ Carlos Castilla del Pino señala que “la lujuria adjetival de Martín Santos procede estéticamente de Ortega” y que “lo asesina [como sucede en la novela] porque lo tiene internalizado y necesita desprenderse de él” (162). Aporta además una explicación freudiana sobre el sarcasmo que aparece en la obra contra la conferencia que el filósofo pronuncia en el otoño de 1949 en el cine Barceló de Madrid dentro del ciclo de conferencias “El hombre y la gente”.⁵⁹ Así, la burla sería una forma de expresar el deseo por asesinar al padre espiritual que el hijo ha ido incubando para librarse de la sumisión a sus mayores y poder ser lo que quiere ser. Sin embargo Juan Benet, el escritor que mejor ha conocido la

⁵⁸ Martín Santos considera la obra de Ortega como de sentido destructivo, ya que piensa que la realidad espiritual española está por destruir. Opina que hay que acabar con la concepción del mundo impuesta, con mayor o menor intención, por Ortega, Unamuno, Laín o López Ibor (Lázaro 278).

⁵⁹ Dos días después de la conferencia de Ortega, el 23 de noviembre de 1945, el diario ABC de Madrid describe el evento como “un galope fugaz de imágenes luminosas, claras, sucintas y con un sesgo, a veces tan popular, que deslumbraban también por su llaneza; metafísicamente, en esa enunciación del curso estaban ya impresas todas las preocupaciones, todo el pensamiento de los hombres de esta época, con el idealismo de Hegel deshilachándose, desvaneciéndose ante lo que Ortega y Gasset llama la realidad radical, que es la vida, y, en último extremo, la vida humana es radical soledad” (“Don José Ortega”).

personalidad y el pensamiento de Martín Santos, ha desestimado dicha opinión, indicando que este no era el hijo espiritual de Ortega ni sentía la menor necesidad de asesinar a un padre, cualquiera que fuera, para llegar a ser lo que quería ser (140-41).

Tiempo de silencio se publica doce años después de la conclusión de las conferencias a la que también asiste el autor de la novela. La obra de Ortega se desarrolla al mismo tiempo que los movimientos feministas van concretando y consolidando sus reivindicaciones, alcanzando su punto álgido en Europa con el surgimiento del neofeminismo francés. Además, el movimiento feminista supone una seria amenaza política debido a su creciente capacidad de ejercer una gran presión social. La opinión de Ortega en “El hombre y la gente” sobre la obra de Simone de Beauvoir *Le deuxième sexe* (1949) es un ejemplo de su pensamiento sobre el género femenino. Este va adquiriendo un carácter reaccionario desde los años de la Segunda República, donde se destaca por su apoyo al voto femenino, hasta el momento de abandonar el exilio para instalarse definitivamente en España en 1945:

La susodicha manía igualitaria ha hecho que en los últimos tiempos se procure minimizar el hecho –uno de los hechos fundamentales en el destino humano– de la cualidad sexual. Simone de Beauvoir. . . ha escrito una obra voluminosa sobre “Le deuxième sexe”. A esta señora le parece intolerable que se considere a la mujer. . . como constitutivamente referida al varón y, por tanto, no centrada en sí misma, según, por lo visto, le acontece al varón. La señora Beauvoir piensa que consistir en “referencia a otro” es incompatible con la idea de persona, la cual radica en “la

libertad hacia sí mismo”. Pero no se ve claro por qué ha de haber tal incompatibilidad entre ser libre y consistir en estar referido a otro ser humano. . . . Volvamos, pues, sin sentir por ello un rubor que sería snobismo, a hablar con toda tranquilidad de la mujer como “sexo débil”. Es más, proclamémoslo con un sentido más radical. He dicho que junto al carácter de confesión el otro carácter primario con que la mujer nos aparece es su rango vital inferior sobre el ser humano. . . . En este carácter patente de debilidad se funda su inferior rango vital. Pero, como no podía menos ser, esta inferioridad es fuente y origen del valor peculiar que la mujer posee referida al hombre. Porque, gracias a ellas, la mujer nos hace felices y *es feliz ella misma; es feliz sintiéndose débil*. En efecto, sólo un ser inferior al varón puede afirmar radicalmente el ser básico de este, no sus talentos, ni sus triunfos, ni sus logros, sino la condición elemental de la persona. (cit. en Puleo 343-44)

Para Beauvoir, la mujer no tiene una realidad propia debido a que lo femenino constituye la suma de las perspectivas masculinas hacia ella. La mujer es “el segundo sexo” porque es la representación masculina de “lo otro”. Su tesis es compartida por el autor de la novela en la que incluye diferentes voces femeninas que son tuteladas por la voz narrativa omnisciente o masculinizadas por la transformación de la identidad del personaje debido a las consecuencias provocadas por los malos tratos, como es el caso de la abuela. El pensamiento de Beauvoir constituye una auténtica revolución cultural a la que Ortega se resiste porque para él la mujer continúa siendo el ideal y el encanto del varón, cuya

misión es la de exigir la perfección al hombre. Su crítica al concepto de “otredad” se debe a que es separado del de “persona” y para el filósofo, la personalidad femenina es más el resultado de su género que de su individualidad. Sin embargo, la opinión de que la mujer es feliz sintiéndose débil, no puede más que situarla a un nivel inferior al hombre.

Según recoge José Lázaro en la biografía sobre Martín Santos, el escritor se compadece del sufrimiento que la pensadora francesa y compañera sentimental de su admirado Sartre había padecido debido al tipo de vida que este le había provocado. Su opinión de que además de gran escritor y filósofo, Sartre es un ególatra y un gran egoísta surge después de la lectura de las memorias de Beauvoir (376). Es difícil establecer que la simpatía del escritor hacia ella sea una de las razones que motivan el sarcasmo contra Ortega. Lo cierto es que tanto la figura y la obra del filósofo como su audiencia femenina “alelada” durante la conferencia de Madrid son continuamente satirizadas por la voz narrativa de la manera más cruel y sarcástica, culminando con la burla y la ironía mordaz en el momento en que el narrador simplifica el contenido del discurso utilizando el ejemplo de la doble perspectiva de la manzana: la del filósofo, a imagen de la del “gran Maestro” o “el Buco” del famoso cuadro de Goya, y la del pueblo representado por la fealdad del pecado en la figura de la mujer.

Francisco de Goya es, quizás, el artista español que mejor ha sabido retratar la complejidad de la cultura española en todas sus dimensiones y contextos. Su cuadro “El aquelarre” o “Le Grand Bouc” (1798), como así se le llama en la novela, constituye la alegoría de la reproducción cultural del patriarcado mediante la imagen del miedo representado por la figura del diablo en forma de chivo que llega a provocar la

degeneración moral de la mujer. El “sordo”, al que de esta manera perifrástica alude el narrador para describir al gran artista que gracias a su problema auditivo pudo permitirse “el lujo” de esquivar los discursos espirituales a los que –según el autor– y –como el de Ortega– hay que destruir, supo plasmar en su amplia obra pictórica la concepción de un mundo que evoluciona bajo la cultura del miedo, el silencio y el conformismo social.⁶⁰ La comparación entre el artista –que no se deja imponer ninguna doctrina o intimidar por el poder– con la bajeza moral de la intelectualidad española ajena a la realidad de la posguerra y encabezada por un Ortega y Gasset que “con tan adornada pluma, con la certera metáfora desveladora que te perdonarán los niños muertos que no dijeras de qué estaban muriendo” (159), constituye una de las múltiples digresiones discursivas que aparecen en la obra.

En la pintura, el animal aparece rodeado por murciélagos alzando sus pezuñas ante un grupo de mujeres semidesnudas que le ofrecen el fruto de su pecado en forma de abortos o cadáveres infantiles. La génesis de la cultura occidental se encuentra en la parábola del engaño de la manzana, plano parodiado en el ejemplo utilizado por el narrador para menospreciar el contenido del discurso orteguiano en su conferencia. Además de las representaciones alegóricas como la del cuadro, parte de la temática pictórica goyesca se caracteriza por las representaciones expresionistas de mitos y ritos de la cultura tradicional de la brutalidad y el machismo ibérico. La imagen del buco subyugando a las mujeres que le muestran sus ofrendas macabras constituye el gran símil teogónico-expresionista utilizado por Martín Santos para desarrollar su pensamiento

⁶⁰ En 1819, a la edad de 72 años, Goya adquiere una casa cercana a Madrid conocida como “La quinta del sordo” porque el propietario padece el mismo problema auditivo que el pintor. Allí supuestamente crea las *Pinturas negras*, en las que se incluye el *Aquelarre*, antes de trasladarse a Burdeos en 1824.

sobre la relación entre mitología y literatura, y establecer su tesis novelística de que el miedo y el silencio generados mediante el uso de la violencia son la causa de la frágil cohesión de la nación española.

Los ejemplos de formas de arte y cultura popular hispánicos impregnados por los mitos y ritos sobre el machismo y la violencia de género que el escritor exhibe en la novela son retomados durante el franquismo para impulsar la cultura de la misoginia y el sometimiento femenino mediante la restauración del ideal de mujer sumisa y obediente. Martín Santos utiliza su obra para destruir “una Mitología enajenada, como encubrimiento de lo injusto” y crear “una Mitología progresiva, como pauta ejemplar de realización (Lázaro 278). Uno de los ejemplos de este pensamiento aparece en la sátira hacia la audiencia femenina de la conferencia. La estructura física del teatro es descrita mediante el establecimiento de un paralelismo entre esta y la pirámide de la escala social.

La parte inferior del edificio, donde se encuentran los espectadores de las clases populares, está compuesta por el “baile de criadas” que forman parte de “la turba sudadora” (160). En la parte superior se encuentra “una elegante de la très haute”, “señoras de la misma extracción [social]” y “balenciagamente vestida, tocada con un sombrero especialmente elegido para el acto. . . movía incesantemente una dama, a la altura de su rostro, sus dos manos admirables” (162). El ataque hacia las mujeres de todas las clases sociales presentes en el teatro constituye una doble crítica contra la desigualdad y el atraso cultural más pronunciado en el género femenino, que conduce hacia la falta de solidaridad y compromiso social. La imagen del cuadro de Goya ofrece un paralelismo entre el gran buco de la pintura, disertando entre un grupo de mujeres

sometidas a su voluntad, y la misma actitud de las asistentes a la conferencia de Ortega, desconocedoras, indiferentes o insensibles hacia la opinión que este tiene sobre ellas.

Por otra parte, la irónica respuesta narrativa de Martín Santos al perspectivismo orteguiano de la manzana está motivada por los principios de la fenomenología alemana, estudiada en su tesis doctoral, según los cuales el significado de la realidad reside, no en ella, sino en las varias perspectivas que tienen de ella los seres humanos. Para el escritor, toda percepción e idealización es subjetiva y traslada esta idea a la obra mediante la inclusión de digresiones, contrastes temporales entre acciones del presente y reflexiones simultáneas sobre hechos del pasado, abundancia de espacios y discursos superpuestos que ofrecen una perspectiva múltiple sobre la realidad. Para ello, también utiliza la voz narrativa omnisciente o los puntos de vista proporcionados por los personajes. Un ejemplo de este último aspecto aparece en la escena donde Don Pedro entra borracho en la habitación de Dorita y se acuesta con ella. Para el joven médico, el acto constituye la culminación del fracaso personal en su vida sexual. Para la abuela, el acontecimiento supone un éxito que contribuye a facilitar su interés por casar a la nieta con un hombre social y económicamente interesante. El lector debe discernir acerca de la posibilidad de la violación de la joven o el mutuo acuerdo del acto sexual.

La interna relación de dependencia entre los factores psicológicos de los personajes y los fenómenos sociales, históricos, políticos y culturales son los aspectos fundamentales a tener en cuenta para entender el significado de la obra en su totalidad, donde el miedo, el silencio y el conformismo constituyen las partes reconocibles de la totalidad del subdesarrollo cultural y económico de la España de la posguerra. El miedo

conduce a la inacción y a la parálisis moral de Don Pedro, promueve la perfidia de la abuela, esclaviza a la esposa analfabeta y pobre como Ricarda, y termina por aniquilar a las mujeres inocentes como Dorita o Florita. La extrema pobreza es un anestésico que libera a seres humanos como Muecas o Cartucho de sus miedos a cambio de convertirlos en fieras. Estos elementos son también protagonistas principales de la historia de España y constituyen los referentes del arte y la cultura del “vivan las caenas”.⁶¹ Ricarda es el único personaje que consigue romperlas a imagen de la ruptura simbólica de Martín Santos con el sistema totalitario mediante su primer gran discurso narrativo con el que inicia su inacabado proyecto de realismo dialéctico.⁶²

2. Realismo dialéctico y violencia de género: la importancia de la realidad oculta

Ernest Bloch, en su estudio sobre el pensamiento de Hegel, resume la idea de la que surge esta estrategia narrativa:

Los hechos no son, de por sí, en realidad, otra cosa que lo que el mar de los entronques dialécticos hace salir, diluido a la superficie asequible a los sentidos. Este mar, con sus corrientes, es lo que el conocimiento científico tiene que sondear, sin limitarse a ver la simple inmediatez de los hechos;

⁶¹ “Vivan las caenas” se convierte en el grito del pueblo partidario de la vuelta al absolutismo monárquico bajo el periodo del gobierno liberal durante el reinado de Fernando VII. En “El terror de 1824” (1875), Benito Pérez Galdós lo incluye en la descripción de la turba que acompaña al carro donde el militar Rafael del Riego, líder del alzamiento contra el rey que le obliga a aceptar la constitución liberal de 1812, es conducido a Madrid para ser juzgado y ejecutado por alta traición.

⁶² Existe un paralelismo entre la obra de Marx y la de Martín Santos en cuanto a que ambos dejan una obra inacabada. De la vasta obra del primero se han divulgado los principios más básicos con finalidad didáctica y guía para la acción política. Del marxismo sincrético de Martín Santos se identifican aspectos de un pensamiento que evita el dogmatismo y pretende formular una epistemología humanista.

estos no son otra cosa que simples indicios para el verdadero conocimiento. (283)

La realidad en cuanto a la dialéctica es procesal, regida y movida por la contradicción, e internamente relacionada y constituida por la oposición de fuerzas contrarias. El principal aspecto que caracteriza al realismo dialéctico es la historización de los hechos o acontecimientos.

Para José Ortega, el éxito de la obra de Martín Santos radica en que supone una ruptura con “el silencio literario de la escena española con una novela en la que intenta penetrar el fenómeno espiritual español mediante el realismo dialéctico, es decir, integrando dialécticamente el sujeto (héroe) y el objeto (mundo)” (35). El realismo dialéctico de *Tiempo de silencio* desnuda la realidad aparente de la violencia de género para mostrar la realidad oculta a través de la inmediatez del suceso diario y la técnica narrativa necesaria para impulsar a la reflexividad dialéctica del lector.

A su vez, José Lázaro estima que la novela de Martín Santos constituye “la primera fase del proceso dialéctico que había concluido con éxito: la denuncia de aquel tiempo castrante que aplastaba cualquier noble ideal bajo un manto de silencio” (280). Su proyecto literario consiste en llegar al realismo dialéctico desde el realismo social. Para crear una realidad desde una visión totalizadora es necesario destruir todos los mitos de la cultura y “pasar de la simple descripción estética de las enajenaciones, para plantear la real dinámica de las contradicciones *en actu*” (Lázaro 273). Para el escritor, la dialéctica es un proceso esencialmente humano de comprensión de los fenómenos culturales de contradicción, totalización y concienciación. El conocimiento de la dialéctica de la

violencia es imprescindible para interpretar la historia en su totalidad y por ello la expone con total transparencia. Además, es incluida en la novela como ejemplo que constituye la parte de un método de comprensión de la dinámica de los procesos culturales donde el conflicto entre fuerzas contrarias genera una nueva totalidad. De esta forma, la violencia de género es entendida como parte de una evidencia cotidiana, cuyo conocimiento es necesario para poder entender la totalidad del proceso dialéctico. La única posibilidad de captar la realidad dialéctica en su devenir se logra conociendo la experiencia de los personajes como parte activa en el mismo proceso.

La investigación del joven, ingenuo y vanidoso Don Pedro le lleva al encuentro de Muecas, menospreciando los peligros que supone adentrarse en el mundo subdesarrollado y salvaje del extrarradio madrileño. Ambos personajes representan diferentes estados de deshumanización a los que conducen dos mundos antagónicos que coexisten en la misma ciudad y se atraen inevitablemente, concluyendo con la destrucción de ambos. La suerte del joven médico investigador tras el intento de salvar la vida de Florita es producto de sus erróneas decisiones influenciadas, en gran medida, por una concatenación de situaciones en las cuales se ve finalmente atrapado. Su silencio es el resultado del miedo a las consecuencias legales y profesionales, amparándose en la infravaloración del ser humano que vive en la más absoluta pobreza y desprotección social, principalmente la mujer.

Según J. L. Suárez Granda, el realismo dialéctico de Martín Santos funciona como una herramienta de profundización en la realidad. Su propuesta literaria, diferente a la del realismo social utilizada por la mayoría de los autores de su tiempo, encuentra sus

bases en el existencialismo para el que la acción modifica la conciencia individual. Las principales características del realismo dialéctico que Suárez Granda encuentra en la novela son la oposición al idealismo, la participación e implicación del receptor como factores fundamentales en el proceso de concienciación, la revisión de la realidad que se busca alcanzar y la yuxtaposición de planos históricos. Sobre ello, el autor construye personajes que evolucionan a través de la experiencia cotidiana, expresando sus ideas y sentimientos, y utiliza una voz narrativa omnisciente que, interpretando los datos, combate al idealismo mediante la ironía. El uso del oxímoron de la familia protectora pero, al mismo tiempo, opresora, en un estado pobre y totalitario es quizás el mejor ejemplo que ilustra este aspecto narrativo.

Tiempo de silencio satiriza el concepto tradicional de familia, la institución más antigua de la civilización, utilizada por el franquismo como núcleo social primario y referente educativo del nuevo estado. El modelo satirizado es el de la “familia muequil”, como así define irónicamente el narrador a la comprendida por “el ciudadano Muecas bien establecido” (58). Está compuesta por el patriarca, “la mole mansa y muda de la mujer” y “sus dos hijas núbiles” (58). Los esposos comparten “el mismo ancho camastro con hij[as] ya crecid[as] a [las] que nada puede quedar oculto” (43). Esta circunstancia es un indicio no solo de la pobreza material de la familia sino también de la degradación moral del patriarca al sentir el deseo de violar a su propia hija aprovechando la estrechez de espacios en la chabola para una familia formada por un hombre y tres mujeres. Por todo ello, según resume finalmente el narrador, “la alianza matrimonial. . . carece de todo significado” (43). La familia de Muecas es otra de las realidades de la posguerra que

supone la contra imagen de la familia ideal presentada por la propaganda franquista en los medios de comunicación y publicaciones oficiales.

Muchas de las situaciones y fenómenos sociales observados por Martín Santos en el Madrid pobre de este periodo son similares a los que aparecen en la España actual. Esta percepción no se debe solamente a la influencia que la concepción materialista de la historia, entendida como una sucesión de acontecimientos negativos de carácter repetitivo, ejerce en el lector, sino a una realidad latente que, en el caso español, es producida por las consecuencias del capitalismo liberal que antepone el beneficio económico al bienestar del ser humano. Aunque la novela de Martín Santos se rige por su condición de psiquiatra, político y escritor, presentando un enfoque diferente de los asuntos tratados según la condición con que los aborda, los principios literarios marxistas que relacionan la ética, la estética y la violencia son utilizados para presentar el estado de pobreza material y cultural de la nación española mediante una perspectiva cíclica de su historia que se caracteriza por la repetición de situaciones que imposibilitan el cambio cultural como condición primordial en las transformaciones sociales.

La historia de España constituye un círculo vicioso de violencia y reconciliación, lo cual es también característico de la violencia doméstica. El narrador presenta este paralelismo incluyendo el último aspecto como parte de una realidad total, aunque oculta, que forma parte de aquellas características relacionadas con la leyenda negra de la cultura española y que desde el interior de la Península se asumen como herencia inseparable de la identidad nacional. El machismo, la Inquisición, la fiesta de los toros, o la imposibilidad de convivencia entre moros, judíos y cristianos constituyen algunos

ejemplos aparecidos en la novela y conocidos en el extranjero. A ellos, el autor añade el de la tradición de impunidad contra el maltrato a la mujer, la invisibilidad del problema por parte de la sociedad, o la consideración de que este forma parte del ámbito doméstico y familiar, lo que constituye todavía gran parte de la realidad de la España actual.

3. La experiencia de la violencia de género en los personajes: Ricarda como ejemplo de terapia dialéctica

La cultura del machismo condiciona la percepción que el hombre tiene de la mujer sobre su posición en la familia y la sociedad, contribuyendo a reforzar las categorías puras, binarias y jerárquicas de la masculinidad y la feminidad. Esta última cualidad es la identidad que la abuela desprecia y rechaza, proyectando en su hija Dora las cualidades masculinas que hubiera deseado en un hijo varón. Esta aparece como una mujer “subyugada o vencida” y “gravemente oscurecida por la madre prepotente y por la conciencia de su historia anterior” (41). Su madre achaca la culpa de su situación como madre soltera a la falta de un hombre en la familia, padre o hermano, que haya podido ejercer la autoridad patriarcal y prevenir esta situación. Dora es una mujer de débil personalidad, sin apenas poder de influencia sobre su hija Dorita, la cual queda a merced de los deseos de la abuela que quiere convertirla en hembra educada para el casamiento. La mentalidad de la anciana, a la que el narrador define como “la femineidad vuelta astucia” (97), está moldeada por un pasado protagonizado por un marido que la maltrata como cuota de su derecho a la conquista, dominio y uso de la mujer en el matrimonio. Su falta de conciencia femenina ha sido destruida como consecuencia de su propia experiencia vital. Su miedo a la soledad y a la pobreza, a la que conduce el estado de

viudedad, es lo que la empuja a ejercer el celestinismo con su nieta, cuyo desenlace desemboca en la tragedia de su asesinato al ser apuñalada por Cartucho como venganza por la muerte de Florita.

La abuela ve al médico, además de buen partido para Dorita, como hombre de escasa virilidad, igual que el “protervo” de su yerno. Así que, desconfiando de su capacidad viril para conquistar a la nieta, prepara el plan casadero y el escenario para que este se acueste con ella la noche en que llega borracho a la pensión antes de ser despertado por el Muecas. El narrador omnisciente, que interpreta y hace juicios de valor sobre la situación, ironiza en esta escena con los conceptos de percepción, intención y contexto para definirla como violación o acto carnal de mutuo consenso según le convenga a la joven. El médico sólo desea satisfacer su deseo sexual mientras que Dorita acepta el hecho de que el acto supone comprometerle definitivamente como futuro marido. Las pobres condiciones económicas y sociales y la manipulación de la abuela la empujan a pensar de esta manera sibilina.

Minsky señala el hecho de que la correlación entre pobreza y violencia de género ha sido históricamente ignorada como enfermedad de carácter social. En *Tiempo de silencio* se vinculan ambos aspectos presentándose no sólo como realidad ineludible de la posguerra sino como parte esencial de la identidad nacional y metáfora de la naturaleza autodestructiva de una sociedad española históricamente marcada por el rechazo a la otredad. Esta circunstancia forma parte del acervo cultural español que permanece intacto en el inconsciente colectivo. La violencia de género va dirigida hacia la persona que ha dejado de ser sujeto y es considerada como el “otro”, lo que desde una perspectiva

psicoanalítica podría describirse como portadora de las partes inaceptables del yo a las que hay que destruir.

Por otra parte, desde una perspectiva sociológica, la novela victimiza a todas las mujeres sin diferenciar su pertenencia a una clase o estatus social determinado. La abuela y Ricarda son víctimas de la violencia de sus respectivos esposos durante toda su vida matrimonial, aunque en el caso de la última es más extrema porque su estado de pobreza y marginación la aleja de cualquier tipo de protección social. Florita es la víctima pobre de la autoridad abusiva de su padre y Dorita, de la de una abuela que ejerce el rol patriarcal dentro de la familia. Todas son también víctimas de la política de género franquista que desampara legalmente a la mujer contra el maltrato e impide su emancipación social.⁶³

Florita es la primera víctima mortal en la novela. El caso de la joven, cuya educación familiar está marcada por la experiencia de tener que presenciar los malos tratos recibidos por la madre, explica cómo el fenómeno de la violencia de género produce una serie de secuelas psicológicas en la víctima y los miembros de su entorno familiar, provocando la alienación psíquica, la transformación de la conciencia y la deshumanización del individuo. El narrador describe irónicamente a su padre, Muecas, aludiendo a la descripción freudiana del hombre de la prehistoria en *Tótem y Tabú* (1918) para situarlo a la altura de aquel hombre de la prehistoria que no es conocido precisamente por los monumentos y utensilios que ha legado, o por su arte, su religión y su concepción de la vida que ha llegado hasta nosotros directamente transmitidos o por la

⁶³ La reinstauración del código civil de 1889 durante el franquismo obliga a la mujer a someterse a la autoridad paterna hasta la obtención de la mayoría de edad a partir de los 25 años.

tradicón en las leyendas, mitos y cuentos. Freud señala que “este hombre de la prehistoria [que] es aún, en cierto sentido, contemporáneo nuestro” (7), es conocido por su brutalidad y el ejercicio de la forma sexual primigenia, de naturaleza incestuosa, que fue prohibido por los pueblos primitivos después de advertir de los problemas de la consanguineidad en la procreación. El narrador se pregunta: “¿Por qué ir a estudiar las costumbres humanas hasta la antípoda isla de Tasmania?. . . como si no fuera el tabú del incesto tan audazmente violado en estos primitivos tálamos como en los montones de yerba de cualquier isla paradisíaca” (52). El incesto constituye la hipérbole de la deshumanización del mundo marginal y causa de la muerte de Florita que, además, constituye la metáfora del desangramiento de la nación española bajo el franquismo ante el silencio de la intelectualidad nacional.

José Lázaro recoge en la biografía sobre el autor que en la primera sesión organizada por la Academia Errante (como así se llama el grupo de tertulia al que pertenece Martín Santos), el escritor presenta una ponencia titulada “Lope de Aguirre ¿loco?” cuyo contenido gira sobre el mecanismo por el cual las personas aparentemente “normales” y empujadas a experimentar situaciones extremas terminan desarrollando conductas asombrosas y, a veces, espantosas. Martín Santos se apoya en la teoría de Aldous Huxley quien piensa que cada hombre es portador de una posibilidad de desarrollo patológico. Si la realidad experimentada no ofrece resistencias contra sus instintos primarios, este tipo de hombres puede llegar a poner en práctica todas las posibilidades monstruosas. Martín Santos ilustra estos tipos de comportamientos con los ejemplos de Calígula o Nerón.

Así, el escritor opina que cuando Lope de Aguirre se ve solo, en “el vacío total de la selva amazónica, . . . en medio de un gran río y a muchos cientos de millas de la posible vigilancia, de la posible autoridad, pudo ejercer una acción, digamos, catalítica en el desarrollo de las tendencias psíquicas patológicas que pudieran existir en Aguirre” (Lázaro 107). Muecas es uno de esos hombres portadores del germen de una posible patología y el hecho de vivir en la jungla del extrarradio madrileño, en condiciones extremas de marginación social, alejado de la civilización y olvidado por el estado, estimula sus instintos primitivos hasta el punto de ejercer su condición de patriarca familiar dando rienda suelta a sus impulsos violentos y lascivos contra las mujeres de su propia familia.

Ricarda vive en tal estado de sumisión a la autoridad del esposo que apenas habla. Durante la visita de Don Pedro y Amador a la chabola donde habitan, Muecas le dice a Florita que se calle y que no hable más cuando le pregunten, espetándole que debe imitar a la madre. Para el patriarca de la chabola, el silencio, la sumisión y hasta el martirio femenino son condiciones que la mujer debe aceptar o bien deben ser implementadas mediante la violencia. Por ello,

El Muecas. . . podía introducirse en aquel ámbito gratísimo [el colchón] con lo que su felicidad física aún crecía, bien fuera sencillamente y sin escándalo, bien –si mejor le parecía- después de haber repartido los golpes que le parecieran convenientes entre la grey soñolienta haciendo así otra vez evidente su naturaleza de señor. (72)

Ricarda ha sido condenada al sufrimiento durante toda su vida. Su esposo es un hombre que “la violó con dolor, la aliment[ó] luego con dolor, la hi[zo] trabajar con dolor y la prepar[ó] sucesivamente a lo largo de los años, al dolor” (240). Su aparente pasividad ante el abuso ejercido por su esposo hacia la hija es la actitud de una mujer aterrorizada al haber sido víctima del maltrato físico y psicológico, y que, atenazada por el miedo, parece no reaccionar ante dicha situación, aun cuando la víctima del abuso sexual es su propia hija.

Sin embargo, la transformación final de Ricarda se puede entender aplicando en el personaje la propia dialéctica a la psicoterapia de la cura en el proceso de contradicción, totalización y concienciación, desarrollada por Martín Santos. Según el escritor, “el buen psicoterapeuta debe ‘reconocer las nuevas totalizaciones que el neurótico realiza activamente, a partir de sus contradicciones’” (Lázaro 275). Desde esa perspectiva dialéctica y existencial, la psicoterapia debe transformar la neurosis desde sus raíces y para ello el paciente debe ser conscientes de sus limitaciones. Por lo tanto, este debe tomar conciencia para que dé comienzo la cura dialéctica en un proceso de totalización, cuyo significado es

lo mismo que concienciación, pero se trata de una concienciación en que aludimos sobre todo al momento integrado mediante el que lo nuevo concienciado se asimila, con el conjunto de la vida psíquica, en un todo dotado de sentido. El nuevo hecho psíquico comprendido se integra en la conciencia, junto con los hilos del sentido que lo ponen en relación con la totalidad del pasado. (Lázaro 276)

En el proceso de cura, el paciente debe integrar su pasado neurótico con lo que ha estado haciendo durante el tratamiento. Debido al trauma provocado por las condiciones de la muerte de su hija, Ricarda pasa por un primer momento dialéctico que consiste en la totalización consciente (concienciación) del pasado revivido y asumido. En el segundo momento, logra una totalización más compleja mediante la comprensión de este pasado en relación con el presente. En el tercer y último momento dialéctico, consigue integrar el pasado y el presente. El deseo por transformarlo es considerado por el autor como un acto de madurez en el personaje debido a la integración del sentido ético dentro del proceso.

De esta forma, Martín Santos pone en práctica su idea de la literatura como un escenario de confrontación entre la función relativamente pasiva de la descripción de la realidad social y la función activa de la creación de una mitología para uso de la sociedad. “En ambas funciones la literatura ejerce su capacidad para llegar a ser una técnica de transformación social. . . poniendo el dedo en las llagas sociales. . . suscitando la toma de conciencia de las mismas” (Gil Casado 129). La destrucción de los mitos del machismo y la violencia en la novela es un acto al servicio de la justicia social. Los mitos del miedo coartan la libertad de pensamiento, provocando la alienación del ser humano, la pérdida de su conciencia de ser y, como consecuencia, su deshumanización.

Jeff Hearn observa que el concepto y el significado de la violencia están compuestos de dos aspectos fundamentales e inseparables: el material y el discursivo. De la relación entre ambos se llega a la conclusión de que la violencia es histórica, social y culturalmente construida. Estos dos niveles también dan forma a las circunstancias personales y a las acciones que provocan la violencia del hombre contra la mujer. De la

misma forma, Martín Santos refleja cómo las construcciones históricas afectan a la forma en que la ley y las instituciones del estado se organizan y estructuran el significado de la violencia. El uso por parte del franquismo de los mitos y símbolos de aquella España que rinde culto a las formas violentas de masculinidad llega a construir un pensamiento y un lenguaje propios que provoca tal alienación cultural hasta el punto de provocar la incapacidad de un gran sector social para reconocer el sufrimiento de las víctimas de aquel periodo.

De esta forma, *Tiempo de silencio* es una obra que representa el fenómeno de la violencia de género –desde una perspectiva epistemológica marxista– desarrollando su temática desde la dialéctica de la ética y la violencia, promoviendo la crítica social, y motivando la lucha contra la alienación del ser humano. Este es considerado como principio, sujeto y protagonista de la historia entendida como repetición de acontecimientos negativos, sin olvidar que la violencia, como uno más de los vehículos de represión y control social durante el franquismo, también forma parte de la génesis de la historia y la cultura. La voz narrativa de la novela presenta esta simbiosis violencia-historia de manera irónica, desde la perspectiva masculina, para mostrar con todo detalle y crudeza sus consecuencias mediante el proceso de degradación del individuo en la España de la posguerra, la España del retraso cultural y la pobreza.

VII

CONCLUSIONES

He indicado anteriormente que el contenido de esta tesis se desarrolla partiendo de la convicción de que el significado de la masculinidad, como cualidad, concepto o idea construida culturalmente, depende de las relaciones entre hombres y mujeres en un contexto histórico determinado, en este caso, el del franquismo. Desde una perspectiva de género, este periodo se caracteriza por la normativización del rol sexual mediante la imposición oficial de modelos de masculinidad hegemónicos y autoritarios que justifican el dominio del hombre, y una política de segregación de sexos que contribuye a la infravaloración social de la mujer. Este escenario, cuyo origen se encuentra en la guerra, se consolida rápidamente durante los primeros años de la dictadura, provocando también la regeneración del machismo y la impunidad hacia la violencia de género en todos sus ámbitos, ya que la mujer se encuentra en un estado de gran dependencia legal y económica hacia la autoridad patriarcal, imposibilitando su emancipación social. Por lo tanto, su espacio durante este tiempo queda prácticamente reducido al hogar, convirtiéndose en el epicentro de los conflictos familiares cuando se reproducen en estas circunstancias anteriormente mencionadas.

Coincido con Connell en que la masculinidad no está asociada directamente a la violencia de género, sino que esta surge como consecuencia de las tendencias hacia la crisis en el orden de género. Así, observo que la ilegítima imposición del dominio masculino y el rechazo de la mujer a las condiciones que provocan su objetivación son las principales circunstancias que dan lugar al desarrollo de dichas tendencias, soliendo

derivar en situaciones conflictivas. En la literatura española de la posguerra aparece esta tensión de fuerzas opuestas de manera diferente. Por una parte, la novela profalangista funciona como vehículo de la propaganda franquista para divulgar los mitos imposibles de la masculinidad y el machismo que consiguen subyugar la voluntad de la mujer sin necesidad de la agresión. Por otra parte, existe una novela realista de contenido subversivo y disidente que destruye dichos mitos, presentando otros modelos de masculinidad que no se corresponden con los promovidos por la propaganda oficial y construyendo personajes femeninos que se rebelan ante las situaciones de maltrato e injusticia social.

Es esencial estudiar el significado de los mecanismos conscientes e inconscientes en la psique del individuo para entender el proceso de internalización de los mitos y su importancia en la creación de identidades culturales. La conducta humana es consecuencia de actos racionales e impulsos irracionales, factores psicológicos, sociales y culturales. Por ello, he utilizado la teoría freudiana y la teoría de las relaciones objetales como referentes teóricos que relacionan todos estos aspectos y ayudan a desvelar las causas que pueden llegar a convertir la masculinidad en un instrumento de represión social. La cultura patriarcal surge como consecuencia de la relación entre la fase edípica y los procesos de socialización, condicionando el desarrollo psicológico del individuo y determinando la construcción social del género. Las teorías de las relaciones objetales hacen hincapié en la figura materna, considerada como objeto al que el infante trata de devorar y destruir, como factor que condiciona al individuo a la hora de establecer posteriores relaciones con las mujeres en la edad adulta. Cuando estas dejan de tener

significado como objeto de amor y gratificación original, se convierten en un obstáculo que hay que destruir mediante la violencia.

El proceso de construcción de la masculinidad parece estar vinculado al conflictivo desarrollo de la identidad sexual individual y a un estado de crisis permanente en las relaciones de género, determinando la aceptación o negación de la subjetividad en la mujer. El análisis de las novelas de esta tesis demuestra que existe una analogía entre este proceso y el de construcción de una identidad masculina durante la posguerra, caracterizada por la imposición del rechazo a lo femenino como reacción hacia las reivindicaciones sociales de la mujer y sus ansias de emancipación social durante la República. Esta situación es considerada por el régimen como una amenaza contra el orden patriarcal tradicional y puede suponer el comienzo de la feminización de la nación. La respuesta del estado, con la colaboración de la Iglesia, es la creación de una cultura de hegemonía masculina y el sometimiento legal de la mujer a los principios de autoridad patriarcales.

Estas circunstancias se trasladan a la dinámica de las relaciones familiares y conyugales, cuyas consecuencias se traducen en los conflictos que originan la violencia doméstica, siendo la característica principal su naturaleza circular y repetitiva. *Nada* desarrolla esta tesis, convirtiéndose en una expresión narrativa subversiva contra la mimesis de la violencia de género franquista dentro del hogar. Las consecuencias de la guerra provocan la reducción de la mujer a la condición de objeto, condenada al papel de madre o monja. Así mismo, la memoria del conflicto bélico fratricida es llevada al hogar,

donde las mujeres son consideradas culpables del enfrentamiento entre los hermanos y por ello se convierten en chivos expiatorios y víctimas del maltrato masculino.

Siguiendo las explicaciones de Jessica Benjamin, para quien el origen de la violencia de género se encuentra en las relaciones de dominio, en el análisis de la obra de Laforet desarrollo la tesis de que la resistencia de la mujer al principio de autoridad patriarcal, que impone su condición de objeto, motiva la agresión masculina. Por lo tanto, si además existe un escenario político propicio que promueve su infravaloración social, como el de la posguerra, es más probable que este tipo de violencia se reproduzca culturalmente. El franquismo impulsa este modelo de relaciones mediante el aprendizaje en la escuela, controlada por la doctrina católica y la propaganda oficial del estado, en la que se incluye la novela falangista convertida en vehículo de reproducción de valores sociales afines a la ideología del régimen.

Sin embargo, las tres novelas analizadas ampliamente en esta tesis son ejemplos de la literatura de contenido subversivo y desarrollan la problemática de la política de género trasladada al ámbito del hogar, describiendo el desgraciado destino de la mujer al no encontrar alternativas a la dependencia económica y emocional de la familia. Esta situación la convierte en lo que Gema Junco ha acertado en definir como “prisionera del hogar” y víctima de las circunstancias de su tiempo. Estas condiciones se reproducen de forma extrema tanto en la casa de la calle de Aribau como en la chabola de Muecas. En ambos lugares, la mujer aparece como una de las grandes víctimas del franquismo debido a que el hogar llega a convertirse durante la posguerra en un espacio de opresión, constituyendo otro de los factores que provoca la crisis en el orden de género,

especialmente cuando esta no acepta una relación definida por el dominio masculino y la subordinación femenina. La representación novelística de su actitud rebelde contribuye a destruir el ideal franquista de patriarcado y hegemonía masculina.

En *Nada*, la represión y la violencia en el hogar no consiguen apartar a Gloria de su deseo de participación en la economía del hogar. Los modos de proceder violentos de Román y Juan fracasan como medios que garantiza la integración de la familia. El conflicto cainita es la gran metáfora de la historia de España, cuya integración territorial ha sido posible mediante la violencia. La consideración franquista de España como “una, grande y libre” ha ocultado la realidad de una nación culturalmente heterogénea donde algunas de sus regiones han demostrado a lo largo de la historia el deseo de formar un estado propio. El mensaje de Laforet también aparece en la novela de Martín Santos donde el narrador ironiza constantemente sobre la génesis de la nación española, forjada en un conflicto permanente que reprime cualquier voz discordante con la del pensamiento reaccionario. Sin embargo, Ricarda es el único personaje que se atreve a romper el silencio ante la injusticia que caracteriza el periodo de la posguerra, desafiando la autoridad de su marido al denunciarlo a las autoridades como culpable de la muerte de su hija.

Por otra parte, *Juegos de manos* es incluida en esta tesis como un ejemplo de anormalidad temática, aunque no de género, donde existe una parodia del culto que el estado franquista rinde a un modelo de masculinidad hegemónico y autoritario construido para ejercer el control social sobre la mujer. El modelo de masculinidad femenino es presentado como uno de los máximos exponentes del carácter constructivista del género.

Demuestra que la violencia femenina es el resultado de la adquisición de un modelo de masculinidad hegemónico y autoritario como el de las masculinidades heroicas.

Todas estas observaciones indican que los autores asocian la violencia contra la mujer como expresión patológica fruto de la política represiva franquista y lo expresan desde una perspectiva de género donde no ocultan su oposición al nuevo régimen. Así, la violencia aparece como vehículo integrador de la trama, provocando el sufrimiento o el fatal desenlace de víctimas y victimarios. En *Nada*, causa el dolor de las mujeres del hogar, aunque también el suicidio de Román, víctima de su propio narcisismo, al ser rechazado por la única mujer a la que no consigue maltratar. En *Juegos de manos*, David sufre las funestas consecuencias de la irrupción de un modelo de masculinidad femenino que pone a prueba la masculinidad del resto de los miembros del grupo. En *Tiempo de silencio*, Dorita y Florita son asesinadas, Muecas es detenido y el joven médico termina ejerciendo su profesión en algún pueblo de la España rural de la posguerra como castigo a su silencio.

Otro de los aspectos destacables en las tres novelas analizadas es la inexistencia o el rechazo a la figura paterna real o simbólica, como la “Ley del padre”, que ejerza el principio de autoridad. En *Nada* ninguno de los hombres de la casa consigue ponerlo en práctica debido a su rivalidad permanente, lo cual constituye la principal causa del grave conflicto familiar. En la novela de Goytisolo, los jóvenes repudian la figura de Guarner, a quien intentan asesinar, porque el anciano representa aquellos valores patriarcales que estos detestan al provocarles un sentimiento de represión y castración permanente. En *Tiempo de silencio*, Martín Santos ridiculiza la figura de Ortega y Gasset como uno de los

padres de la intelectualidad española indiferente ante la injusticia y, por el contrario, utiliza la imagen de Goya como ejemplo de la España cultural que no calla y que no rinde tributo al poder. El primero decide regresar de su corto exilio y acepta vivir en un estado totalitario, contrastando con la decisión del pintor de expatriarse para siempre en Francia.

El rechazo del hombre a una autoridad patriarcal provoca que la mujer tienda a adquirir un rol masculino con el fin de obtener determinados beneficios en un entorno social donde debe competir con este. En *Nada*, una de las razones por las que Angustias es maltratada por sus hermanos se debe a su intento por rivalizar con ellos en el rol de proveedora y actuar de manera paternalista con respecto a la educación de Andrea. En *Juegos de manos*, Ana adquiere el rol masculino para obtener el protagonismo necesario en el plan de asesinato de Guarner. En la novela de Martín Santos, la abuela de Dorita aparece como mujer patriarcal, aunque no necesariamente masculinizada, cuya actitud sibilina está condicionada por la necesidad de asegurarse una vejez comfortable.

Concluyendo, el valor de la novela española de la posguerra también radica en su oposición al franquismo mediante la crítica al orden de género, abordándolo mediante la exhibición de un problema social que todavía constituye una de las lacras de la actual sociedad española. Durante la dictadura, la violencia de género forma parte de una realidad socialmente visible, aunque oculta para la propaganda del estado. *Tiempo de silencio* permite establecer una conexión entre el escenario de la posguerra y el de la sociedad actual a través de este tipo de violencia, demostrando que la cultura del machismo, el silencio y el conformismo social no ha desaparecido completamente. Las políticas de género impulsadas por los gobiernos progresistas no han conseguido

erradicarla. Sin embargo, las instituciones y los medios de comunicación ejercen una gran labor educativa y concienciadora mediante la denuncia constante de este problema.

Este aspecto permite finalizar recomendando un estudio más amplio sobre el tema de esta tesis desde el ámbito de la cultura, lo cual considero esencial a la hora de enfocar futuros proyectos que aborden el estudio de la relación entre el modelo de masculinidad franquista, transmitido a las generaciones posteriores a la posguerra, y la violencia de género en la España actual. La posibilidad de que esta sea consecuencia de la cultura machista desarrollada durante el franquismo ha sido aceptada por algunos críticos en diferentes ámbitos de la cultura. Es imposible ignorar la actitud de muchos hombres y mujeres ante temas de género, pareciendo estar anclada en los principios doctrinales nacionalcatolicistas que aun perviven en la sociedad española actual.

Un ejemplo de ello es el libro de Costanza Miriano, *Cásate y sé sumisa* (2013), publicado por el Arzobispado de Granada y duramente criticado por todas las fuerzas políticas españolas. La obra constituye uno de los ejemplos actuales de la influencia de la Iglesia en la cultura machista. La ministra de Sanidad, Ana Mato, ha pedido su retirada del mercado al considerarlo una falta de respeto hacia la mujer y, además, podría incurrir en apología de la violencia de género. El contenido del texto parte de la aseveración de que no puede existir paridad en los derechos de hombres y mujeres porque no son iguales, y de que el matrimonio implica la obediencia y sumisión de la mujer.

Con respecto a este pensamiento, Inés Alberdi, directora de UNIFEM (Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer) vincula la influencia de la cultura católica a la violencia de género cuya semilla se encuentra en la profunda creencia de que

la mujer es inferior al hombre. Opina que mientras que las democracias han avanzado en la consecución de derechos sociales, la jerarquía eclesiástica apenas ha evolucionado en ese aspecto. Alberdi critica, además, el hecho de que la Iglesia no fomente la movilización social contra el maltrato a la mujer o haga manifestaciones públicas a favor de la igualdad (Sánchez Mellado).

Mercedes Cabrera, ministra de Educación, Política Social y Deporte del anterior gobierno socialista, afirma que el pasado no democrático de España pesa todavía sobre asuntos tan dramáticos como la violencia de género, herencia de una época donde las mujeres no eran ciudadanas de pleno derecho (“Cabrera resalta”). La investigadora Pura Sánchez también opina que la represión durante la Guerra Civil y el franquismo tienen mucho que ver con el machismo y los brotes de violencia (“La represión”). Estas opiniones coinciden con la de Desiderio Vaquerizo, autor de la novela *El callejón del lobo* (2006) donde profundiza en los mecanismos psicológicos y culturales presentes en las situaciones de violencia de género durante los años del franquismo en la región extremeña (Martos).

Comparto la opinión del escritor en que la segregación por sexos y la inexistencia de los temas de género en la educación de varias generaciones de españoles ha contribuido a la internalización de interpretaciones erróneas sobre el ideal de mujer como “víctima y esclava”, justificando así su posición de inferioridad en la sociedad. Detrás del maltrato y las agresiones se encuentra la herencia de la mentalidad de aquella época, aun arraigada en la sociedad española. Por ello, insisto una vez más en la necesidad de profundizar en el estudio de la violencia de género durante el franquismo por las razones

anteriormente mencionadas, así como en el uso de la novela española de la posguerra como documento histórico sobre este periodo que contribuya a la educación en temas de género.

BIBLIOGRAFÍA

- Abellán, Manuel L. *Censura y creación literaria en España (1939-1976)*. Barcelona: Península, 1980. Impreso.
- Adler, Alfred. *Conocimiento del hombre*. Madrid: Espasa-Calpe, 1968. Impreso.
---. *The individual Psychology of Alfred Adler: A Systematic Presentation in Selections from his Writings*. New York: Basic Books, 1956. Impreso.
- Adler, Alfred, and Colin Brett. *Social Interest: Adler's Key to the Meaning of Life*. Oxford, England: Oneworld Publications, 1998. Impreso.
- Adorno, Theodor W., Else Frenkel-Brunswik, Daniel J. Levinston and R. Nevitt Sanford. *The Authoritarian Personality*. New York: Harper, 1950. Impreso.
- Agustí, Ignacio, and Pablo C. Moya. *Mariona Rebull*. Madrid: Castalia, 2006. Impreso.
- Aldecoa, Ignacio. *El fulgor y la sangre: novela*. Barcelona: Editorial Planeta, 1962. Impreso.
- Álvarez, Rafael J. y Olga R. Sanmartín. “La crisis prolonga el tiempo de maltrato y reduce el número de denuncias”. *El Mundo*. El Mundo, 27 Jun. 2012. Web. 5 Ago. 2014.
- Avilés, Juan. “La lógica del terrorismo: el caso de los atentados anarquistas en España, 1892-1897.” *Ucm.es*. Universidad Complutense de Madrid, 2007. Web. 7 Oct 2014.
- Balint, A. “The Concepts of Subject and Object in Psychoanalysis”. *British Journal of Medical Psychology* 31 (1958): 83-91. Impreso.
- Beauvoir, Simone. *Le deuxième sexe*. Paris: Gallimard, 1968. Impreso.
- Benet, Juan. “Luís Martín-Santos, un memento”. Ed. Juan Benet. *Otoño en Madrid hacia 1950*. Alianza: Madrid, 1987. 109-141. Impreso.
- Benjamin Jessica. *Like Subjects, Love Objects: Essays on Recognition and Sexual Difference*. New Haven: Yale University Press, 1995. Impreso.
---. *The Bonds of Love: Psychoanalysis, Feminism, and the Problem of Domination*. New York: Pantheon Books, 1988. Impreso.
- Bloch, Ernest. *El pensamiento de Hegel*. México: Fondo de Cultura Económica, 1978. Impreso.

- Bowker, Lee H. *Masculinities and Violence*. Thousand Oaks, CA: Sage Publications, 1998. Impreso.
- Box, S. "Group Process in Family Therapy: A Psychoanalytic Approach." *Journal of Family Therapy* 20 (1998): 123-132. Impreso.
- Boyer, Patsy H. "Toward a Baroque Reading of 'El verdugo de su esposa'" *María de Zayas: The Dynamics of Discourse*. Eds. Amy R. Williamsen and Judith Whitenack. New Jersey: Associated UP, 1995. 52-71. Impreso.
- Brodie, F. and Wright, J. "Minding the Gap not Bridging the Gap: Family Therapy from a Psychoanalytic Perspective." *Journal of Family Therapy* 24.2 (2002): 205-222. Impreso.
- Brown, J. "Shame and Domestic Violence: Treatment Perspectives for Perpetrators from Self Psychology and Affect Theory." *Sexual and Relationship Therapy* 19.1 (2004): 39-56. Impreso.
- Brown, Sandra L. *Counseling Victims of Violence*. Alameda: Hunter House, 2007. Impreso.
- "Cabrera resalta la relación entre la violencia doméstica y el franquismo". *Público*. Público, 2 Dic. 2008. Web. 30 Jul. 2014.
- Calderón, de B. P. *No hay cosa como callar*. Barcelona: Francisco Suriá y Burgada, 1700. Impreso.
- Calderón, de B. P, and Gwynne Edwards. *La hija del aire*. London: Támesis, 1970. Impreso.
- Calderón, de B. P, and Magallón J. Pérez. *El médico de su honra*, Madrid: Cátedra, 2012. Impreso.
- Castilla del Pino, Carlos. "Evocación de Luís Martín-Santos". *Olvidos de Granada* 13 (1986): 159- 162. Impreso.
- Caño, Xavier. *Maltratadas: el infierno de la violencia sobre las mujeres*. Madrid: Temas de hoy, 1995. Impreso.
- Cela, Camilo J. *La familia de Pascual Duarte*. Barcelona: Ediciones Destino, 1973. Impreso.
- Cela, Camilo J, and Jorge Urrutia. *La colmena*. Madrid: Cátedra, 2000. Impreso.

- Celani, D. P. "Applying Fairbairn's Object Relations Theory to the Dynamics of the Battered Woman." *American Journal Psychotherapy* 53 (1999): 60-72. Impreso.
- Chodorow, Nancy. "Gender, Relations and Difference in Psychoanalytic Perspective." *Feminism and Psychoanalytic Theory*. New Haven: Yale University Press, 1989. Impreso.
- . *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*. Berkeley: University of California Press, 1978. Impreso.
- "Cierra el Centro Reina Sofía para el estudio de la violencia". *El País*. El País, 4 Oct. 2011. Web. 30 Jul. 2014.
- Clare, A. *On Men: Masculinity in Crisis*. London: Chatto & Windus, 2000. Impreso.
- Colina Martín, Sergio. "Literatura y orfandad en la Barcelona de posguerra (2): los hermanos Goytisolo". *Espéculo: revista de estudios literarios* 45 (2010): *MLA International Bibliography*. Web. 4 Ago. 2014.
- Connell, Raewyn. *Masculinities*. Berkeley: University of California Press, 1995. Impreso.
- Curiel, Rivera A. *Novela española y boom hispanoamericano: hacia la construcción de una deontología crítica*. Mérida: Universidad Nacional Autónoma de México, 2006. Impreso.
- Di Febo, G. "'Nuevo Estado', nacionalcatolicismo y género". *Mujeres y hombres en la España franquista: sociedad, economía, política, cultura*. Ed. Nielfa Cristóbal, G. Madrid: Editorial Complutense, 2003. 19-43. Impreso.
- Dinnerstein, D. *The Mermaid and the Minotaur*. New York: Harper and Row, 1976. Impreso.
- "Don José Ortega y Gasset ha inaugurado en Madrid su curso sobre 'El hombre y la gente'". *Abc*, 25 Nov. 1949: 11. Impreso.
- Dyer, R. "Male Sexuality in the Media." *The Sexuality of Men*. Eds. A. Metcalf and M. Humphries. London: Pluto, 1985. Impreso.
- Edwards, Tim. *Cultures of Masculinity*. London: Routledge, 2006. Impreso.
- "El muro de silencio de la violencia de género: 18 víctimas cero denuncias". *La Razón*. La Razón, 17 May. 2012. Web. 5 Ago. 2014.
- Espigado Tocino, Gloria. "Las mujeres en el anarquismo español (1869-1939)". *Ayer* 45 (2002): 39-72. Impreso.

- Fairbairn, W R. D. *Psychoanalytic Studies of the Personality*. London: Routledge, 1994. Impreso.
- Fernández, Flórez D. *Lola: Espejo Oscuro*. Barcelona: Círculo de lectores, 1965. Impreso.
- Formica, Mercedes. "El domicilio conyugal". *Abc*, 7 Nov. 1953. 9. Impreso.
- Foster, David Williams. "Nada de Carmen Laforet (ejemplo de neo-romance en la novela contemporánea)." *Revista Hispánica Moderna* 32 (1966): 43-55. Impreso.
- Freud, Sigmund. *Tótem y Tabú*. Madrid: Alianza Editorial, 1983. Impreso.
- Freud, Sigmund, and James Strachey. *Three Essays on the Theory of Sexuality*. New York: Basic Books, 2000. Impreso.
- Freud, Sigmund, and Philip Rieff. *Three Case Histories*. New York: Simon & Schuster, 1996. Impreso.
- Freud, Sigmund, Todd Dufresne, and Gregory C. Richter. *Beyond the Pleasure Principle*. Peterborough, Ont: Broadview Press, 2011. Impreso.
- Fromm, Erich. *The fear of freedom*. London: Routledge & Kegan Paul. 1942. Impreso.
- García Serrano, R. *La fiel infantería*. Madrid: Actas, 2004. Impreso.
- Gil, Casado P. *La novela social española, 1920-1971*. Barcelona: Editorial Seix Barral, 1973. Impreso.
- Gilmore, D. *Manhood in the Making: Cultural Concepts of Masculinity*. New Haven, Conn: Yale University Press, 1990. Impreso.
- . *The People of the Plain: Class and Community in Lower Andalusia*. New York: Columbia University Press, 1980. Impreso.
- Girard, René. *El chivo expiatorio*. Barcelona: Anagrama, 1986. Impreso.
- . *La voix méconnue du réel*. Paris: Grasset, 2002. Impreso.
- Godelier, M. *Lo ideal y lo material*. Madrid: Taurus, 1989. Impreso.
- Gómez, M. "El mal de España: parodia de la visión organicista de la nación en *Tiempo de silencio*, de Luís Martín Santos". *Nueva Revista de Filología Hispánica* 1 (2011): 135-149. Impreso.

- Gómez Nicolau, Emma. "El destino natural de las mujeres. La legitimación de la violencia de género a través de la prensa sensacionalista del franquismo". *Nósis* 22 (2013): 136-159. Web. 6 Nov. 2014.
- González, B. A. "The Character and His Time: From *Juegos De Manos* to *Reivindicación del Conde Don Julián*." *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 9.1 (1984): 31-44. *MLA International Bibliography*. Web. 4 Ago. 2014.
- Goya, Francisco J. *El aquelarre*. 1798. Óleo sobre lienzo. Museo Lázaro Galdiano, Madrid.
- Goytisolo, Juan. *Juegos De Manos*. Barcelona: Ediciones Destino, 1965. Impreso.
- Guntrip, Harry. *Schizoid Phenomena, Object-relations, and the Self*. New York: University Press, 1969. Impreso.
- Halberstam, Judith. *Female Masculinity*. Durham: Duke University Press, 1998. Impreso.
- Hearn, Jeff. *The Violences of Men: How Men Talk About and How Agencies Respond to Men's Violence to Women*. London: Sage, 1998. Impreso.
- Hernando, Julio F. *Poesía y violencia: representaciones de la agresión en el Poema de Mío Cid*. Palencia: Cálamo, 2009. Impreso.
- Horney, Karen. "The Dread of Women". *International Journal of Psychoanalysis* 13 (1932): 348-60. Impreso.
- Horrocks, R. *Masculinity in Crisis: Myths, Fantasies, Realities*. Basingstoke: Macmillan, 1994. Impreso.
- Izquierdo, María Jesús. "Los órdenes de la violencia: especie, sexo y género." *El sexo de la violencia: género y cultura de la violencia*. Ed. Vicenç Fisas. Barcelona: Icaria, 1998. 61-91. Impreso.
- Jordan, Barry. "At the Margins of Social Realism: The Early Goytisolo." *Symposium: A Quarterly Journal In Modern Literatures* 44.2 (1990): 88-101. *MLA International Bibliography*. Web. 4 Ago. 2014.
- . *Nada. Critical Guides to Spanish Texts*. London: Grant and Cutler, 1993. Impreso.
- Junco, Gema. "Women Under Franco: The Reinstatement of the 1889 Civil Code and its Implications." *Making Waves* 2 (2004). 23-30. Web. 4 Aug. 2014.

- Klein, M. "Early Stages of the Oedipus Complex." *Love, Guilt and Reparation and Other Works, 1921-1945*. London: The Hogarth Press, 1985. 186-198. Impreso.
- . "Notes on some schizoid mechanisms." *The Writings of Melanie Klein*, 3. London: Hogarth Press, 1975. 186-198. Impreso.
- . "The Oedipus Complex in the Light of Early Anxieties." Ed. J. Steiner. *The Oedipus Complex Today: Clinical Implications*. London: Karnac Books, 1989. 11-82. Impreso.
- . *The Psychoanalysis of Children*. London: Hogarth Press, 1959. Impreso.
- Klein, Randall S. *Object Relations and the Family Process*. New York: Praeger, 1990. Impreso.
- "La represión de la mujer en el Franquismo explica la violencia de género y el machismo". *Universia*. Universia, 1 Aug. 2006. Web. 30 Jul. 2014.
- Labanyi, Jo. *Constructing Identity in Contemporary Spain: Theoretical Debates and Cultural Practice*. Oxford: Oxford University Press, 2002. Impreso.
- . "Mujer y silencio en *Tiempo de silencio*". *Luis Martín-Santos: actas de las IV Jornadas Internacionales de Literatura, San Sebastián, 23-26 de abril de 1990*. Ed. Iñaki Beti Sáez. Universidad de Deusto, Facultad de Filosofía y Letras: San Sebastián, 1991. 153-162. Impreso.
- Laforet, Carmen. *Nada*. Barcelona: Ediciones Destino, 1994. Impreso.
- Lamar Morris, Celita. "Carmen Laforet's *Nada* as Expression of a Woman's Self-determination." *Letras Femeninas I (1975)*: 40-47. Impreso.
- Las Hurdes*. Dir. Luis Buñuel. Eli Lotar (B&W). 1933. Film.
- Lázaro, José. *Vidas y muertes de Luis Martín-Santos*. Barcelona: Tusquets, 2009. Impreso.
- Lorente Acosta, Miguel. *Mi marido me pega lo normal. Agresión a la mujer: Realidades y mitos*. Barcelona: Ares y Mares, 2001. Impreso.
- MacInnes, John. *The End of Masculinity: The Confusion of Sexual Genesis and Sexual Difference in Modern Society*. Buckingham: Open University Press, 1998. Impreso.
- Maqueda Abreu, María Luisa. "La violencia de género. Entre el concepto jurídico y la realidad social". *Revista Electrónica de Ciencia Penal y Criminología*. 8.2 (2006): 1-13. Web. 23 Jun. 2011.
- Martín-Santos, Luis. *Tiempo De Silencio*. Barcelona: Seix Barral, 1993. Impreso.

- Martos, Elena. "Violencia de género en el franquismo". *Diario de Córdoba*. Diario de Córdoba, 15 Oct. 2006. Web. 30 Jul. 2014.
- "Masculinidad". *Rae.es*. Diccionario de la lengua española. Web. 7 Oct. 2014.
- Mayock, Ellen. "Las aplicaciones de *Usos amorosos de la posguerra española en Nada*." *Los discursos de la cultura hoy*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 1996. 31-35. Impreso.
- Melzer, Scott A. "Gender, Work, and Intimate Violence: Men's Occupational Violence Spillover and Compensatory Violence." *Journal of Marriage and Family* 64.4 (2002): 820-832. Web. 23 Jun. 2011.
- Minsky, Rosalind. *Psicoanálisis y cultura: estados de ánimo contemporáneos*. Madrid: Cátedra, 2000. Impreso.
- Miriano, Constanza. *Cásate y sé sumisa*. Granada: Nuevo Inicio, 2013. Impreso.
- Mizrahi, Irene. *El trauma del franquismo y su testimonio crítico en Nada de Carmen Laforet*. Newark, Del: Juan de la Cuesta, 2010. Impreso.
- Montero, Rosa. "Honor". *El País*. El País, 30 Sep. 2014. Web. 24 Nov. 2014.
- Montero Moreno, A. *Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939*. Madrid: Biblioteca de autores cristianos, 2000. Impreso.
- Montseny, F.: "Dos mujeres, dos frases, dos libros". *La Revista Blanca*, 1 de noviembre de 1925. Impreso.
- Morcillo, Aurora G. *True Catholic Womanhood: Gender Ideology in Franco's Spain*. DeKalb, Ill: Northern Illinois University Press, 2000. Impreso.
- Moreno Fernández, Agustín. "Descripción y fases del mecanismo del chivo expiatorio en la teoría mimética de René Girard." *Endoxa. Series Filosóficas* 32 (2013): 191-206. Impreso.
- Morgan, David. "Class and Masculinity." *Handbook of Studies on Men & Masculinities*. Ed. Kimmel, Michael S. Jeff Hearn and Raewyn Connell. Thousand Oaks, Calif: Sage Publications, 2005. 165-177. Impreso.
- Nash, Mary. *Defying Male Civilization: Women in the Spanish Civil War*. Denver, Colorado: Arden Press, 1995. Impreso.
- . *Mujer, familia y trabajo en España (1875-1936)*. Barcelona: Anthropos, 1983. Impreso.

- Ortega, José. "Realismo dialéctico de Martín-Santos en *Tiempo de silencio*". *Revista de Estudios Hispánicos* 3 (1969): 33-42. MLA International Bibliography. Web. 6 Jul. 2014.
- Pardo, Bazán E. "La vida contemporánea". *La Ilustración Artística*. 1740 (1915): 302. Web. 7 Oct. 2014.
- Pardo, Bazán E, and de R. F. C. Sáinz.. *Obras Completas*. Madrid: Aguilar, 1973. Impreso.
- . *Obras Completas (novelas y cuentos)*. Madrid: Aguilar, 1964. Impreso.
- Parsons, Talcott and Robert. F. Bales. *Family, Socialization and Interaction Process*. London: Routledge & Kegan Paul, 1956. Impreso.
- Pascual, Ángel M. *Don Tritonel De España*. Bilbao: Departamento Nacional de Propaganda, Frente de Juventudes, S.E.U, 1987. Impreso.
- Pemán, José María. "De doce cualidades de la mujer". *Narraciones y ensayos, III*. Madrid, 1947. Impreso.
- Pérez, Genaro J. *Formalist Elements in the Novels of Juan Goytisolo*. Potomac, Md: J. Porrúa Turanzas, North American Division, 1979. Impreso.
- Pérez Galdós, B. "El terror de 1824". Madrid: Alianza, 1976. Impreso.
- . "La mujer del filósofo", en Robert, R.: *Las españolas pintadas por los españoles, I*. Madrid: Imprenta de J. B. Morete, 1871. 122. Impreso.
- Petersen, Alen. *Unmasking the Masculine: 'Men' and 'Identity' in a Sceptical Age*. London: Sage, 1998. Impreso.
- Pitt-Rivers, Julian. *The People of the Sierra*. Chicago: University of Chicago Press, 1961. Impreso.
- Puleo, Alicia H. *La filosofía contemporánea desde una perspectiva no androcéntrica*. Madrid: MEC. Secretaria de Estado de Educación, 1996. Impreso.
- Reich, Wilhelm. *The Mass Psychology of Fascism*. New York: Farrar, Straus & Giroux, 1970. Impreso.
- Roca I Girona, J. *De la pureza a la maternidad. La construcción del género femenino en la posguerra española*. Madrid: Ministerio de Educación y Cultura, 1996. Impreso.

- Rodoreda, Mercé. *La Calle de las camelias*. Barcelona: Editorial Bruguera, 1982. Print.
---. *La plaza del diamante*. Barcelona: EDHASA, 1979. Impreso.
- Rodríguez Monegal, Emir, et al., “Entrevista con Juan Goytisolo”. *Juan Goytisolo*,
Colección Espiral, 8. Madrid: Fundamentos, 1975. 116. Impreso.
- Rodríguez Sánchez, M^a de los Ángeles: “Aproximación a una escritora revolucionaria en
el sexenio: Guillermina Rojas y Orgis”. *XIV Congreso de la Asociación
Internacional de Hispanistas (2001, New York)*. Newark, Del.: Juan de la Cuesta,
2004. Impreso.
- Rutter, Michael. *Maternal Deprivation Reassessed*. Harmondsworth: Penguin, 1972.
Impreso.
- Ruíz, María Teresa. “Bernal Francés: romance de adulterio fallido”. *Acta Poética* 26
(2005): 261-279. Web. 6 Nov. 2014.
- Sahuquillo, María R. “Los sanitarios detectan en un año 12.000 casos de maltrato”. *El
País*. El País, 17 Dic. 2013. Web. 5 Ago. 2014.
- Sahuquillo, María R. y Raquel Vidales. “La ONU condena a España por no proteger a
una niña a quien mató su padre”. *El País*. El País, 4 Ago. 2014. Web. 5 Ago.
2014.
- Salaverría, José M. *La afirmación española: El muchacho español, Los conquistadores,
La afirmación española*. Madrid: Aguilar, 1953. Impreso.
- Sánchez, Pura. *Individuas de dudosa moral: la represión de las mujeres en Andalucía,
1936-1958*. Barcelona: Crítica, 2009. Impreso.
- Sánchez-Mellado, Luz. “La Iglesia no sale a la calle contra la violencia de género.” *El
País*. El País, 18 Ene. 2009. Web. 30 Jul. 2014.
- Sanz, Villanueva S. *La novela española durante el franquismo: itinerarios de la
anormalidad*. Madrid: Editorial Gredos, 2010. Impreso.
- Smith, Colin. *Poema de Mío Cid*. Madrid: Cátedra, 1994. Impreso.
- Smith, Paul. *Boys: Masculinities in Contemporary Culture*. Boulder, Colo: Westview
Press, 1996. Impreso.
- Stith, S., and S. Farley. “A Predictive Model of Male Spousal Violence.” *Journal of
Family Violence* 8 (1993): 183-201. Impreso.

- Suárez Granda, J. L., *Guías de lectura. Tiempo de silencio. Luís Martín-Santos*. Madrid: Alhambra, 1989. Impreso.
- Taylor, I. *Crime in Context: A Critical Criminology of Market Societies*, Cambridge: Polity, 1999. Impreso.
- Thomas, Michael. "Symbolic Portals in Laforet's *Nada*." *Anales de la novela de posguerra* 3 (1978): 57-74. Impreso.
- "Todavía hay mucho silencio en la sociedad sobre la violencia de género". *La Tribuna de Toledo*. La Tribuna de Toledo, 22 Oct. 2013. Web. 5 Ago. 2014.
- Torrente, Ballester G. *Javier Mariño, historia de una conversión*. Madrid: Editora Nacional, 1943. Impreso.
- Ugarte, Michael. *Trilogy of Treason: An Intertextual Study of Juan Goytisolo*. Columbia: University of Missouri Press, 1982. Impreso.
- Utrera Macías, R. "Raza, novela de Jaime de Andrade, seudónimo de Francisco Franco". *Anales de literatura española* 21 (2009): 213-230. Impreso.
- Vega, Lope , and Gregory J. Racz. *Fuenteovejuna*. New Haven: Yale University Press, 2010. Impreso.
- Vincent, M. "La reafirmación de la masculinidad en la cruzada franquista." *Cuadernos de Historia Contemporánea* 28 (2006): 135-151. Impreso.
- Walker, L, E. *The Battered Woman*. New York: Harper Perennial, 1979. Impreso.
- Wilkinson, R. *Unhealthy Societies*. London: Routledge, 1996. Impreso.
- Winnicott, D. "Transitional Objects and Transitional Phenomena." *International Journal of Psychoanalysis*. 34 (1953): 89-97. Impreso.
- Zayas, y S. M, and Fernández A. Yllera. *Parte segunda del Sarao y entretenimiento honesto: (desengaños amorosos)*. Madrid: Cátedra, 1983. Print.

VITA

ALFREDO M. PASTOR

Born, Nerva, Spain

- 2009-2014 Doctoral Candidate
Teaching Assistant
Graduate Student Mentor
FIU Dissertation Year Fellowship (Spring and Summer 2014)
FIU Doctoral Evidence Acquisition Fellowship (Summer and Fall 2011)
Florida International University
Miami, Florida
- 2009 M.A., Spanish
Graduate Assistant
Florida International University
Miami, Florida
- 2008 B.A., Spanish. *Summa Cum Laude*
Florida International University
Miami, Florida
- 2003 A.S., Business Administration and Management
Spanish Tutor
Students Helping Students Award (2000)
Miami Dade College
Miami, Florida

PUBLICATIONS AND PRESENTATIONS

Pastor, Alfredo. "La incursión del autor en la voz narrativa para la incriminación de los personajes homosexuales de *La colmena*". *Ideology, Politics and Demands in Spanish Language, Literature and Film*. Ed. Teresa Fernández Ulloa. Newcastle Upon Tyne: Cambridge Scholars, 2012. 193-204. Impreso.

Pastor, Alfredo. "La ciudad y los perros: el fracaso del bootcamp latinoamericano". *Hispanet* 3 (2010): 1-19. MLA International Bibliography: EBSCO Web.

Pastor, Alfredo. "Cabeza de Vaca como héroe épico primitivo: encuentros y desencuentros en la crónica, el cine y el teatro". *Hispanet* 2 (2009): 1-16. MLA International Bibliography. EBSCO Web.

Pastor, Alfredo. "Protesta masculina y acción directa en *Juegos de manos* de Juan Goytisolo". 95th Annual Conference AATSP: Building Bridges to the Future: Innovation, Technology, Advocacy. July 8-11, 2013. San Antonio, TX.

Pastor, Alfredo. "Masculinidad y violencia de género en la España franquista: interpretación novelística de la experiencia histórica." 10th SouthEast Coastal Conference on Languages & Literatures. April 3-5, 2013. Georgia Southern University. Savannah, GA.

Pastor, Alfredo. "La incursión del autor en la voz narrativa para la incriminación de los personajes homosexuales en *La colmena*". I Simposium Internacional sobre ideología, política y reivindicaciones en lengua, literatura y cine español. July 7-8, 2011. UNED, Santander, Spain.

Pastor, Alfredo. "Evolución en el vuelo de *La gaviota*: del costumbrismo andaluz hacia el realismo literario". Symposium on Nineteenth Century Spanish and Spanish American Literatures. April 1-2, 2011. Florida International University. Miami, FL.

Pastor, Alfredo. "Feminización y masculinización del otro en la comedia americana de Fernando de Zárata *La conquista de México*". Third Florida Cervantes Conference: "Cervantes y su época". April 17, 2010. Florida International University. Miami, FL.

Pastor, Alfredo. "Desencuentro entre diferentes culturas de masculinidad en la comedia americana de Fernando de Zárata *La conquista de México*". 5th Interdisciplinary Colloquium on Spanish and Latin American Literatures, Linguistics, and Cultures. "Mundos en contacto/Worlds in Contact". University of Florida. Department of Spanish and Portuguese Studies. February 25-27, 2010. Gainesville, GA.